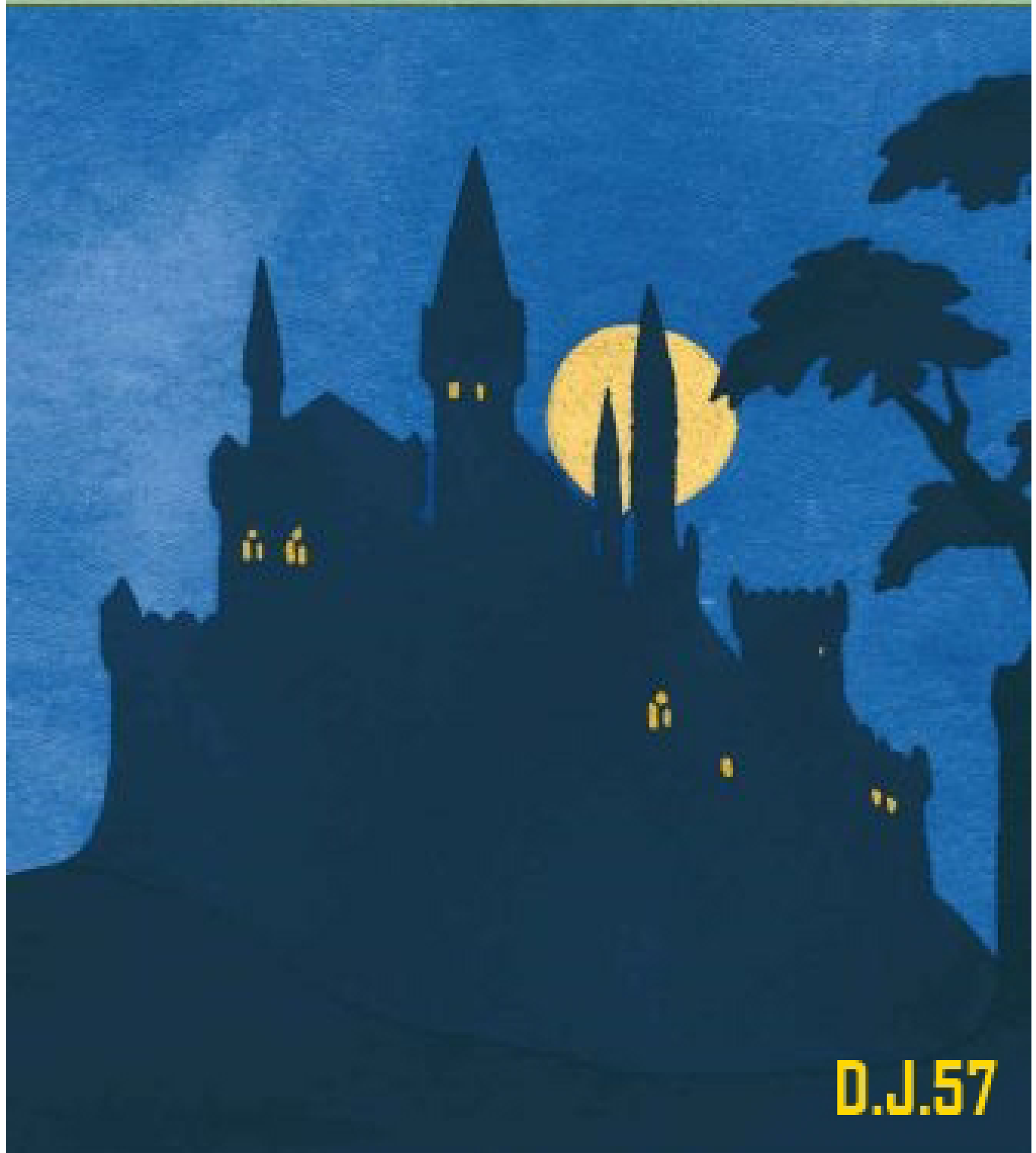


OCHO FANTASMAS INGLESES

SARAH PERRY, ANDREW MICHAEL HURLEY, MARK HADDON,
KAMILA SHAMSIE, STUART EVERS, KATE CLANCHY,
JEANETTE WINTERSON Y MAX PORTER

Siruela Nuevos Tiempos



D.J.57

OCHO FANTASMAS INGLESES

ANDREW MICHAEL HURLEY

SARAH PERRY

MARK HADDON

KAMILA SHAMSIE

STUART EVERS

KATE CLANCHY

JEANETTE WINTERSON

MAX PORTER

Ocho fantasmas ingleses

SARAH PERRY
ANDREW MICHAEL HURLEY
MARK HADDON
KAMILA SHAMSIE
STUART EVERS
KATE CLANCHY
JEANETTE WINTERSON
MAX PORTER

Traducción del inglés
de Esther Cruz Santaella



Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2019

Título original: *Eight Ghosts*

En cubierta: ilustración de © Classic Stock / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© De la edición, English Heritage, 2017

De los relatos, © Sarah Perry, 2017

© Andrew Michael Hurley, 2017

© Mark Haddon, 2017

© Kamila Shamsie, 2017

© Stuart Evers, 2017

© Kate Clanchy, 2017

© Jeanette Winterson, 2017

© Max Porter, 2017

© De la traducción, Esther Cruz Santaella

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-33-8

Conversión a formato digital: María Belloso

*El futuro es como un muro ciego o una niebla densa
que oculta todo a nuestra vista: el pasado está vivo
y móvil en los objetos, con un tinte brillante o solemne,
con un interés inmarcesible.*

Extraído de «On the Past and Future», en *Table-Talk;
or, Original Essays* de William Hazlitt, 1821.[\[1\]](#)

ENTRE ESTAS CUATRO PAREDES

DE CÓMO LOS CASTILLOS, ABADÍAS Y CASAS DE INGLATERRA INSPIRARON LAS HISTORIAS DE FANTASMAS

Las ruinas de Minster Lovell Hall —una elegante casa señorial del siglo XV en Oxfordshire— se hallan en una localización prometedora para los entusiastas de los fantasmas, entre el cementerio de la iglesia de St. Kenelm y un tramo solitario del río Windrush. El panel informativo del English Heritage anuncia que el lugar está abierto a «cualquier hora razonable del día», algo que probablemente no incluya el anochecer en un día de lluvia intensa. Y sin embargo esas fueron las condiciones en las que me planté solo delante de la casa, pensando en el rumor sobre el descubrimiento de un esqueleto en el sótano en 1718; supuestamente, se trataba del cuerpo de Francis Lovell, que se había escondido ahí después de la batalla de Stoke en 1487, al final de la guerra de las Rosas, y había muerto de hambre.^[2] A mi alrededor todo eran sonidos, algunos explicables (el arrullo de las palomas posadas en las ruinas de la torre, el rumor del Windrush), otros no tanto. De repente, noté una forma grande y gris sobre mi cabeza. Miré hacia arriba y vi un pájaro —una garza real, creo— deslizándose para aterrizar en el estanque contiguo.

Si hubiese echado a correr sin levantar la vista, habría tenido una historia de fantasmas que contar. Mientras caminaba de vuelta a la casa en la que me alojaba, fui pensando en inventarme una de todos modos, solo para comprobar el efecto de decirle a mi anfitriona: «Acabo de ver un fantasma en Minster Lovell Hall...». La mentira me habría parecido justificada por su valor lúdico, y es posible que me olvidase de que estaba mintiendo nada más empezar a relatar la historia. Si la hubiese contado lo bastante bien, mi anfitriona la habría ido repitiendo por ahí. Quizá ella a su vez la hubiese adornado, consciente o inconscientemente, y todas esas ocasiones en las que se hubiese vuelto a contar

habrían sido un homenaje a la fascinación que despiertan las ruinas de Minster Lovell.

La difusión de mi cuento habría sido bastante folclórica, por el hecho de haberse comunicado de boca en boca, sin una excesiva meticulosidad respecto a los hechos. Desde finales del siglo XVIII, hemos mantenido nuestras obras de ficción y de no ficción en estantes separados. Sin embargo, una historia de fantasmas siempre debería parecer que es de no ficción o «verídica», por usar el término preferido entre los investigadores victorianos tardíos de la Society for Physical Research.

Es frecuente que se insista desde su principio en la veracidad de un cuento. He aquí el título de la que se ha calificado, por su tono forense, como la primera historia de fantasmas moderna: *A true Relation of the Apparition of one Mrs Veal the next day after her death to one Mrs Bargrave, at Canterbury, the eight of September, 1705* («Una narración veraz de la aparición de una tal señora Veal al día siguiente de su muerte a una tal señora Bargrave, en Canterbury, el 8 de septiembre de 1705»). La historia, de Daniel Defoe, comienza así:

Lo que viene a continuación es algo tan extraño en todas sus circunstancias, y lo sé de tan buena tinta, que ni mi lectura ni mis conversaciones me han aportado nada igual. Habrá de agradar al inquisidor más ingenioso y serio. La señora Bargrave es la persona a la que se apareció la señora Veal tras su muerte. Es mi amiga íntima, y puedo dar fe de su reputación durante los quince o dieciséis años pasados...

Esta presentación de credenciales se convertiría en un mecanismo familiar que utiliza ya Oscar Wilde en su parodia *El fantasma de Canterville* (1887). En palabras de lord Canterville: «Me siento en la obligación de contarle, señor Otis, que al fantasma lo han visto varios miembros vivos de mi familia, así como el rector de la parroquia, el reverendo Augustus Dampier, que es miembro del King's College de Cambridge».

Ya sean nominalmente reales o ficticios, los fantasmas tienden a ajustarse a unos patrones estándar. En el siglo XIX, Charles Dickens escribió que estos se reducen «a unos pocos tipos y clases generales; pues los fantasmas tienen poca originalidad y “caminan” por rutas ya marcadas». Tales palabras salen de la boca del viejo —e irritantemente sagaz— narrador de *Un árbol de Navidad* (1850), una historia menor de fantasmas escrita por Dickens. Ese desencanto con el

mundo de los fantasmas es ajeno al propio Dickens, quien afirmó: «Siempre me he interesado muchísimo por el tema y nunca he perdido a sabiendas la oportunidad de indagar en él». Sin embargo, la mayoría de los fantasmas sí es convencional en cuanto a apariencia y comportamiento, bien porque así son ellos o bien porque así es buena parte de la gente que habla sobre ellos.

Los fantasmas femeninos de castillos o casas grandes, por ejemplo, suelen ser «damas» y tienden a ser blancas. Se han visto damas blancas (entre otros) en el castillo de Beeston, en Cheshire; el castillo de Rochester, en Kent; y el castillo de Goodrich, en Herefordshire. Hay melancólicas damas aristocráticas disponibles también en color verde (castillo de Helmsley, Yorkshire) y azul (castillo de Berry Pomeroy, en Devon, conocido popularmente como el lugar más encantado del English Heritage, y que cuenta además con una dama blanca).

La falta de cabeza es otra queja común entre los fantasmas. El icono de la decapitación, sir Walter Raleigh, se aparece en el castillo de Sherborne Old, en Dorset, mientras que un tamborilero descabezado tamborilea en el castillo de Dover. En la vecindad del castillo de Okehampton, en Devon, lady Mary Howard (n. 1596) se pasea en un carruaje hecho con los huesos de sus cuatro maridos muertos, elegantemente decorado con un cráneo en cada esquina y conducido por un cochero sin cabeza. Al amanecer del antiguo día de Navidad (el 6 de enero), un carruaje tirado por caballos sin cabeza cruza las ruinas de la abadía de Whitby y pasa por el borde del acantilado, lo que me lleva a apreciar el empeño de mi ordenador en sugerirme «descerebrado» en vez de «descabezado».

No podemos cerrar el tema de los espíritus tipo sin mencionar a los monjes fantasma. Hay uno (o más) en la abadía de Waverley, en Surrey; en la abadía de Bayham y en las torres Reculver, en Kent; en los prioratos de Thetford y Binham, en Norfolk; en Hardwick Old Hall, en Derbyshire; en la abadía de Rufford, en Nottinghamshire; en la abadía de Thornton, en Lincolnshire; en la abadía de Roche y en el castillo de Conisbrough, ambos en South Yorkshire; y en la abadía de Whalley, en Lancashire.

Llegados a este punto, se hace necesaria una digresión histórica con el objetivo de señalar que los monjes —como principales cronistas de la vida medieval— fueron también unos de los primeros escritores de historias de fantasmas. En torno a 1400, por ejemplo, un monje de la gran abadía cisterciense de Byland, en North Yorkshire, transcribió doce historias de fantasmas en las páginas que quedaban en blanco al final de una popular enciclopedia, el *Elucidarium* (llamado así porque arrojaba luz sobre temas de teología y

creencias populares). El recopilador anónimo de historias de fantasmas tenía la ya mencionada preocupación por la veracidad. Era cuidadoso en cuanto a la localización de las escenas —mencionaba muchos lugares de la zona— y da el nombre de los protagonistas en más de la mitad de los relatos. El segundo cuento, por ejemplo, trata sobre «una batalla milagrosa entre un espíritu y un hombre que vivía en la época de Ricardo II»: un sastre de nombre Snowball que se encontró con el fantasma cuando iba de camino a su casa, en Ampleforth, muy cerca de Byland.

Uno de los fantasmas adoptaba la forma de una voz sin cuerpo, que gritaba «cómo, cómo, cómo» a medianoche cerca de un cruce de caminos. Seguidamente, se convertía en un caballo pálido y cuando el perceptor (William de Bradeforth) ordenaba marchar al «espíritu, en nombre del Señor y por el poder de la sangre de Jesucristo», el fantasma se retiraba «como un trozo de lienzo que despliega sus cuatro esquinas y vuela inflado». En otras historias, el espíritu es más corpóreo, un retornado como los que se asocian al folclore escandinavo: un cadáver animado y torpe. En la tercera historia, el retornado — el espíritu de un hombre llamado Robert, de la vecina Kilburn, que ha estado asustando a los lugareños y haciendo que los perros ladraran— acaba capturado en un cementerio y amarrado en los peldaños de la iglesia, tras lo cual empieza a hablar «no con su lengua, sino desde las entrañas, como si la voz saliera de un barril vacío». La historia termina —al igual que la mayoría de historias de fantasmas de Byland y muchas otras relatadas por monjes a lo largo de la Edad Media— con la víctima/protagonista confesando sus pecados y recibiendo la absolución. Los monjes tendían a concluir sus relatos de esta manera, subrayando con ello la eficacia de la oración a la hora de liberar las almas del purgatorio.

Incluso después de la disolución o supresión de los monasterios, los católicos siguieron creyendo en ese tipo de fantasmas previos a la Reforma: un alma que regresa y pide oraciones. Dado que el protestantismo había despachado la idea del purgatorio, todo aquel que conservase esas creencias empezó a parecer primitivo y supersticioso. De ahí que los monjes siniestros poblasen la ficción gótica, el género inmediatamente anterior a las historias de fantasmas modernas.

La ficción gótica (una reacción romántica contra el neoclasicismo dominante) tuvo su auge más vistoso a finales del siglo XVIII. Promovía lo antiguo, lo violento y lo macabro. Los monjes espectrales (así como las damas blancas y montones de decapitados) asociados a numerosas propiedades del English Heritage probablemente se implantasen durante esta fase gótica, cuando

lo monacal parecía ser el epítome de la decadencia y la hipocresía del mundo medieval que había llevado sus monasterios a la ruina. Matthew Gregory Lewis creó el modelo con *El monje* (1796), seguido de cerca por obras sensacionales como *El italiano o el confesionario de los penitentes negros* (1797) de Ann Radcliffe, *González the Monk* (1805) de William Henry Ireland y *Melmoth el errabundo* (1820) de Charles Maturin.

La vena anticatólica todavía se detecta quizá en la obra del distinguido anticuario y escritor de historias de fantasmas M. R. James, sobre todo en lo diabólico del epónimo *El conde Magnus* (1904). (Fue James, por cierto, quien primero transcribió y publicó —transcribió, no tradujo— las historias de Byland; disfrutó con el latín «tan refrescante» en el que estaban escritas).

Los escritores góticos se sentían atraídos por los monjes no solo por su teología exótica, sino también por lo pintoresco de sus hospedajes. Después de todo, la literatura gótica recibió ese nombre de su asociación con los edificios y ruinas «góticos», los monasterios y castillos con sus pasadizos subterráneos, las amenazadoras cresterías y las escaleras desmoronadas. Sin embargo, el nivel de histeria de esta literatura era insostenible, y su energía se canalizó —suavizando de paso los siniestros trasfondos— en las novelas de amor históricas más decorosas de Walter Scott. El nuevo sensacionalismo residía en las historias de fantasmas, cuyos autores trataban de apartarse del materialismo implícito en el darwinismo, del mismo modo que los escritores góticos se habían rebelado contra el racionalismo del siglo XVIII.

Se podría decir que las historias de fantasmas fueron la primera forma de «literatura de género», y durante un tiempo los avances científicos complementaron lo espectral, más que negarlo. Existe una analogía, por ejemplo, entre la telegrafía y la telepatía. Esos nuevos fantasmas vagaban en libertad por el mundo, y los escenarios típicos —castillos o monasterios en ruinas—, ya no eran necesarios...

Los fantasmas emigraron a zonas residenciales, donde les esperaba un público cautivo. En prácticamente todas las casas victorianas el comedor habrá albergado una sesión de espiritismo, cuyos refinados participantes no esperaban que se les presentase el típico aparecido frankensteiniano torpón, propio de las historias de fantasmas medievales; no había la fe suficiente como para que un ser así cobrase vida. Se aceptaba que la vida después de la muerte quedara probada de forma indirecta, a través de una voz incorpórea, un descenso de la temperatura o un movimiento de la güija. Si los participantes conseguían conjurar una manifestación sobrenatural, esta sería efímera y transparente.

La caza de fantasmas se fue haciendo cada vez más doméstica, y pasó a ocuparse de rostros aparecidos en ventanas, golpes de puertas, crujido de suelos y arañazos tras los rodapiés. (En las historias de fantasmas victorianas y eduardianas, los ingenuos protagonistas atribuirían primero esos ruidos a las ratas, aunque estas dejaron de invocarse tan a la ligera tras el gran papel que tuvieron en los horrores de las trincheras de la Primera Guerra Mundial). Un clásico del género de las casas encantadas es *Relato de los extraños sucesos de la calle Aungier*, escrito por Sheridan Le Fanu en 1851. En esta historia —cuya brillantez sugiere ya el propio título, con lo lúgubre que suena «Aungier»—, dos estudiantes de Dublín alquilan una casa que había pertenecido a un juez conocido por sus sentencias de horca. Una noche, tumbado en la cama, uno de los jóvenes se hace consciente de «una suerte de preparativos horrendos aunque indefinidos puestos en marcha en un barrio desconocido [...]». El propio Le Fanu pasaba noches despierto sumido en horribles elucubraciones y tenía una pesadilla recurrente: una casa grande que se derrumbaba con él dentro, dormido. Cuando murió en su cama —de un ataque al corazón y con una expresión sobresaltada en el rostro—, el médico comentó: «¡Al final se cayó la casa!».

También una cama es el punto focal de una de las mejores historias de fantasmas de M. R. James, *¡Silba y acudiré!* (1904). El suceso fantasmal comienza al aire libre. Un académico muy racionalista llamado Parkins está paseando por una playa desolada y gris de Suffolk. Llega al lugar donde hubo una preceptoría templaria en la que desentierra un silbato de hueso. Se lo lleva a la posada en la que está alojado y en su habitación lo hace sonar temerariamente, levantando con ello un viento que se agita al otro lado de las ventanas. Es en la habitación donde al final tiene lugar la manifestación, en forma de unas sábanas arrugadas (inolvidables para quien haya visto el cortometraje de Jonathan Miller basado en esta historia y estrenado en 1968). Mi lectura de este desenlace es que el «sincero y arisco» Parkins se lleva su merecido por partida doble. En primer lugar, está la manifestación. En segundo, el hombre queda reducido a un temblor temeroso ante un objeto tan trivial como una sábana.

La más famosa de todas las apariciones domésticas la relató el célebre cazafantasmas y charlatán Harry Price en su libro de 1940 *The Most Haunted House in England* («La casa más encantada de Inglaterra»), es decir, la rectoría de Borley, en Essex. Cuando Price se iba de retiro a Borley —cosa que hizo con regularidad durante diez años—, se llevaba su «equipo de caza de fantasmas», que incluía una botella de brandi (por si alguien se desmayaba) y un par de «fundas de fieltro para calzado, para moverse en silencio por la casa sin

perturbar a seres humanos ni a “entidades” paranormales en caso de que produjeran “fenómenos”». He aquí un ejemplo de cazafantasmas «dandi».

Cualquier clase de casa puede estar encantada. Dickens hablaba de la «casa evitada», la finca abandonada y misteriosa que queda en evidencia por la formalidad de las residencias convencionales que tiene a cada lado (a las que quizá avergüence). En la literatura, las casas encantadas tienden a ocupar la escala más alta del mercado. En el relato de Walter de la Mare *Out of the Deep* («De las profundidades», 1923), el protagonista, Jimmie, hereda la «horrible mansión vieja de Londres» de su tío. En *Moonlight Sonata* («Sonata de luz de luna», 1931) de Alexander Woollcott, uno de los dos protagonistas reside en «la ruinosa casa señorial de la familia, que había heredado con indignación». De nuevo, los *poltergeists* no necesitan una casa ni grande ni señorial. Se presentarán en cualquier sitio en el que haya muebles que tirar.

Haunted Houses («Casas encantadas»), un poema de 1858 de Henry Wadsworth Longfellow, comienza así:

*Todas las casas en las que han vivido y muerto hombres
son casas encantadas...*

Y cuantas más muertes, mejor, sinceramente. Por eso mismo fui a Minster Lovell Hall al anochecer. Es eso lo que me hace ir a cualquier propiedad del English Heritage: mientras los visitantes más diligentes están en la sala contigua escuchando hablar de la cornisa dentada y las molduras de las puertas, yo remoloneo en la sala anterior, fijándome en el espejo nublado, desafiando a cualquier rostro del pasado para que se aparezca junto al mío.

En resumen, lo que espero es ver un fantasma y disfrutar la sensación de asombro que —estoy seguro— acompañará al respingo de puro miedo.

ANDREW MARTIN

OCHO FANTASMAS INGLESES

SARAH PERRY



HUYEN DE MÍ QUIENES ANTES ME BUSCABAN[3]

—¿Te he hablado alguna vez de mi amiga Elizabeth? —me preguntó Salma.

Estábamos en la cafetería de la mansión Audley End. Habíamos ido a pasear a su bebé (afortunadamente dormido para entonces) por las estancias sombreadas de aquel lugar y a contemplar mientras tanto, con el debido respeto, las escayolas de los techos y las extintas aves acuáticas que vadeaban aguas en ninguna parte al otro lado de las cristaleras.

—No, que yo recuerde.

—Bueno, tanto como amiga... —Salma hizo una pausa y con la mano derecha meneó el carrito adelante y atrás. Su rostro, que solía mostrar una mirada alegre y benévola, estaba alterado. Vi en él una mueca de desprecio pasajera—. Nunca fuimos íntimas.

—No me habías hablado de ella antes.

De nuevo esa mirada de desprecio, que contenía además un cierto toque de repugnancia. Me resultaba inquietante, así que aparté la vista y miré al punto en el que la pradera de césped daba paso a una casona más apartada.

—Trabajó aquí, el año pasado o el anterior, no sé. Ahora está muerta. —Lo dijo con tan poca expresividad que no supe cómo responder—. Mira, tráeme un café, y algún dulce si acaso, que te voy a contar una historia.

No podía quejarme mucho ante la perspectiva de oír uno de los relatos de Salma, dado que tenía el don de sacar una anécdota de una hora a partir de un

incidente de un minuto. Diligente, le llevé una cafetera bien caliente y un platito con algo dulce. Su hijo se había despertado y tenía hambre, y Salma lo amamantaba con satisfacción; entretanto, la cafetería había empezado a llenarse, de manera que lo que me contó a continuación llegó a mis oídos y a los de nadie más. Todo esto ocurrió hace al menos diez años: no he vuelto a ver a Salma desde entonces, pero aquella historia se quedó conmigo, como algo que me hubiesen contado de pequeña para asustarme.

Elizabeth (me dijo) era una de esas personas atractivas y atrayentes a las que quisieras detestar, pero es imposible. La ropa vieja y andrajosa le quedaba como si fuese de terciopelo y seda; era una belleza; tenía muchos amigos y parecía que sus padres nunca le hubieran hecho ningún mal. De niña era una artista dotada y más tarde se convirtió en una dotada restauradora. Había vivido en París, donde reparó el telón de una ópera dañado en un incendio, y en una ocasión descubrió un mural *art nouveau* oculto tras la escayola en una casa en Norfolk. A finales del último verano del siglo pasado, la llamaron para trabajar en Audley End. Había nacido en Essex, así que estaba familiarizada con la mansión, con su largo camino de acceso bordeando el césped soleado y con el famoso seto de tejo recortado que simulaba nubes de tormenta. Por entonces estaba casada, y si bien el trabajo de una semana en su condado natal carecía del glamur de un tapiz bohemio en Praga, le permitiría alojarse con su esposo en la casa en la que se había criado, junto a unos padres por los que sentía devoción.

La tarea para la que la habían contratado no tenía nada que ver con ninguna que hubiese desempeñado antes. Sus herramientas de trabajo eran la lana y las sedas, y tenía las yemas de los dedos rugosas por los pinchazos de las agujas. Pero en Audley End iba a ser una de las tres personas que devolverían su antigua gloria a un gran panel jacobino. Se trataba de una pieza tallada en roble que había perdido brillo y lustre.

La mujer llegó temprano a la casa, alegre como siempre, si bien algo nerviosa, y salieron a recibirla a la puerta.

—¡Vaya! Pase, pase. Elizabeth, ¿verdad? No me gusta abreviar los nombres. Yo, por ejemplo, me llamo Nicholas, nada de Nick. Bueno, pues aquí estamos: todo listo.

Habían llegado al salón principal. En los estandartes suspendidos sobre sus cabezas se leían inscripciones en latín. Las persianas estaban bajadas. Un par de botas excéntricamente grandes colgaba sobre una escalera de piedra blanquecina que conducía a una galería de piedra igual de blanquecina, y había un nido de avispa cubierto por una vitrina de cristal, sobre un pedestal. Era una mañana

cálida, con una neblina blanca y alta que prometía un día sofocante, y sin embargo, mientras estrechaba las manos de sus compañeros, Elizabeth tiritaba por el frío gélido que subía del suelo de piedra.

—Buenos días —dijo como saludo a los jóvenes a los que Nicholas dio paso animadamente.

—Ade —se presentó el primero, sonriendo mientras le estrechaba la mano a Elizabeth—. Este es Peter, que no habla mucho.

Peter también sonrió, con una expresión teñida de una especie de placer burlón que hacía redundantes las palabras. Elizabeth sintió de repente esa cálida camaradería que va vinculada a un propósito común.

—Bueno —intervino Nicholas, orgulloso, como si él mismo hubiese tallado el panel—. ¿Qué le parece?

A decir verdad, la primera respuesta de Elizabeth fue de desagrado. El panel, vasto y oscuro, ocupaba toda la anchura del salón. En el centro tenía una puerta en arco cubierta de terciopelo rojo y flanqueada por cuatro bustos enormes que parecían los reyes y reinas de una baraja de cartas. El conjunto estaba engalanado con guirnaldas talladas y ramilletes de melocotones, uvas y peras hechos en madera, todos en apariencia excesivamente maduros; los ojos de Elizabeth se detuvieron en una granada abierta que dejaba a la vista su depósito de semillas, y la mujer casi creyó percibir el aroma de la fruta pudriéndose. Aquí y allá se veían más rostros: hombres verdes sonrientes y mujeres sin extremidades, con pechos bulbosos y duros. Todo era de estilo jacobino, admirable a su manera; no obstante, Elizabeth se notó reticente a cruzar la mirada con todos aquellos ojos imperturbables.

Observándola, Nicholas esbozó una sonrisa.

—Curioso, ¿verdad?

El hombre se le acercó entonces en un gesto de confianza; durante un instante, pareció que iba a desvelarle un secreto, pero evidentemente cambió de opinión. Juntó las manos y se las frotó con energía.

—No es lo que uno elegiría para su salón, pero bien merece una buena limpieza. De modo que... —Hizo un gesto hacia una mesa de caballete sobre la que, encima de una sábana blanca, había trapos, pinceles, frascos de cera y botes de disolvente—. Ade es el experto, ¿no? Genial, maravilloso. Les dejo trabajar. Estaré en la cafetería a la hora del almuerzo.

Antes de salir por la puerta escarlata les dedicó una despedida general, aunque a Elizabeth le pareció que a ella le lanzaba una mirada cómplice al pasar

por su lado.

La mañana avanzó muy rápido. Los rituales de preparación se desarrollaron en un silencio sociable, roto solo por las advertencias de Ade, que era experto en trabajos en madera y tenía clavadas las astillas que lo atestiguaban. A Elizabeth la pusieron a cargo de una pareja de monarcas situada a la izquierda de la puerta principal, y de los pedestales correspondientes. Incluso desde detrás de las persianas bajadas se notaba el calor del día, que llegado el mediodía había logrado borrar el último rastro de frío gélido. La primera tarea de Elizabeth era retirar el polvo que se había instalado en los ojos vacíos de las figuras talladas y en la fruta partida. La aversión que sentía por el panel se disipó conforme la iban cautivando la veta de la madera y la habilidad de las manos que la habían tallado.

Poco después de mediodía, por acuerdo común, dejaron de trabajar. Ade y Peter tenían otro compromiso, así que se marcharon en una furgoneta, con la promesa de regresar a última hora del día. Sola en el salón, Elizabeth notó que el frío regresaba: con las manos apretadas contra la espalda dolorida, contempló el panel, y el panel la contempló a ella. Entonces se echó a reír y se fue a buscar a Nicholas.

Parecía que el hombre la había estado esperando: en cuanto abrió la puerta de la cafetería desierta, Nicholas le hizo señas para que se acercase.

—¿Cómo va la cosa? —le dijo.

—Bien, creo. Aunque no paro de estornudar con el polvo.

—Siento que la hayan dejado sola esta tarde. ¿Le supone alguna molestia?

—No, en absoluto.

—¡Maravilloso! ¿Y qué le parece a usted?

—¿El panel? No encaja en mi estilo, pero es muy exquisito, ¿no cree? Me ha dado por pensar que más de uno tuvo que sudar sangre sobre esa madera.

Su interlocutor no se rio, sino que adoptó una expresión seria, casi cómica en su gravedad.

—Tiene una historia curiosa —respondió.

—No me sorprende.

—No, no... —Nicholas empezó a jugar con un botón del puño—. No en un sentido normal y corriente. Dicen que está maldito. Ya, claro, ríase. Muy bien, muy apropiado.

—¡Pues cuénteme! ¿Maldito cómo? ¿Y por culpa de quién?

Reticente y encantado a partes iguales, según parecía, Nicholas se inclinó

hacia delante con las manos entrelazadas.

—Sabrá usted, claro, que la casa se levanta sobre un terreno consagrado. El primer propietario sacó un buen pellizco de la disolución de los monasterios, y después de echar a los monjes, convirtió la abadía en su casa particular durante un tiempo.[4]

—¡Menudo canalla!

—La historia de siempre. La abadía ya olía un poquito a chamusquina: uno de los monjes se había ahorcado en el claustro, un pecado imperdonable, desde luego. Contaban que sus hermanos lo llegaron a despreciar tanto que al final ni lo miraban a la cara, y al diablo con la tolerancia cristiana. Supongo que simplemente la aversión llegó demasiado lejos. Un inciso: ¿no tiene usted un calor insoportable? Voy a por agua.

Nicholas regresó con un vaso que Elizabeth se bebió agradecida, y reanudó la historia.

—La abadía terminó en ruinas y alguien heredó el terreno. Se trazaron planos nuevos, se pusieron otros cimientos y todo era más espléndido, con una chimenea más grande y pinturas más costosas en las paredes. En su época, el panel tallado fue la joya de la corona: podríamos decir que estaba a la última. Al poco de terminarlo, uno de los trabajadores se mató clavándose una herramienta de hierro en el ojo. Cuentan que tenía heridas por toda la cara, como si le hubiese costado varios intentos conseguirlo. Nadie asistió a su funeral. —Nicholas la miró y en sus ojos había una expresión de deleite ante el desasosiego de Elizabeth—. El tiempo pasó. La moda cambió y pintaron el panel de blanco: pero uno de los trabajadores bebió pintura y murió entre dolores agónicos quince días después, corroído por dentro. Dicen que ni su mujer ni sus hijos, ni ninguno de sus compañeros de trabajo lo visitaron mientras estaba moribundo. De nuevo surgió otra moda y contrataron a unos hombres para quitar la pintura del panel y restaurarlo a su forma original. El último día, un hombre desapareció; lo buscaron y lo encontraron colgado del cinturón en la casona que hay subiendo la colina. A su alrededor, vieron ceniza de pipa esparcida y el corazón de una manzana: parecía que otras personas habían estado allí pasando el rato, fumando o comiendo, mientras observaban sin más cómo se colgaba.

Elizabeth estaba horrorizada, aunque no quería que se le notase.

—Esta no sería una auténtica casa de campo si no tuviese su propio fantasma —afirmó.

—No es muy acertado hablar de «fantasma» en este caso: no hay sábanas

blancas ni damas grises. ¡No es que a medianoche salga del panel un monje con capucha, vamos! Más bien es... una sensación, si me apura. Una sensación de desolación, de abandono..., el miedo a provocar en otros secretamente repugnancia y lástima, incluso en la propia familia. ¿Acaso no hemos sentido todos ese miedo en mitad de la noche?

A Elizabeth siempre la habían querido y siempre lo había sabido, pero de todos modos asintió y sonrió.

—¿Y dicen que es el panel el que genera esa sensación?

—Eso parece. Ha habido otros incidentes: una mujer de la zona que vino a hacerle fotos sufrió el ataque salvaje de un perro manso que ella misma había criado desde cachorro... Pero bueno, nada que haya inquietado a guionistas de documentales cutres.

—¡Mantendré la cabeza fría entonces!

—Hágalo, hágalo. En fin, seguro que tiene usted hambre. No deje que mis historias la aparten de su sándwich de tomate y queso.

Y, tras arreglarse el cuello al modo de un hombre que ha cumplido una buena jornada laboral, Nicholas se marchó.

Algo intranquila, Elizabeth se quedó un rato mirando una fotografía enmarcada de una familia victoriana que colgaba de la pared. Reflejaba la luz estival, pero el cristal era desigual, de forma que durante un momento le pareció ver que a la muchacha alta de la imagen se le movían las medias arrugadas en los tobillos huesudos.

Cuando terminó de comer, Elizabeth regresó al salón principal. A esas alturas, le parecía imposible que antes hubiese hecho tanto frío como para darle tiritera: en el aire caliente flotaban partículas de polvo, la cera había empezado a derretirse en los tarros y había un aroma dulzón y acre que le producía somnolencia. Una vez sola con su instrumental, recorrió lentamente el salón: ahí estaba el avispero en su vitrina y allí, el caparazón de una tortuga vaciado de su cuerpo cálido y suave, hueco, colgado en la pared. Lo imaginó pateando ciegamente contra la madera en un anhelo estúpido por encontrar a su yo vivo.

Mientras maldecía de buen humor a Nicholas por haberle metido en la cabeza unas ideas espeluznantes, cogió las herramientas y retomó la tarea. Le dolía la cabeza, por el calor y el olor de la cera y los disolventes que flotaba en el aire, y sintió que un palpito dolorosamente intenso se le instalaba en los oídos. Pensó durante un instante en la abadía que había habido allí: se imaginó un claustro de piedra blanquecina y a unos hombres devotos paseando por el

empedrado, cantando en voz baja. Se le vino a la cabeza la imagen de un hombre ahorcado y se preguntó vagamente si habría usado el cinturón anudado y si se habría colocado el nudo contra la garganta, acelerando así las cosas. Fuera, en el césped, graznó un cuervo; se hizo entonces el silencio, y si el animal esperaba respuesta, no hubo ninguna.

Sentada ya junto al panel, Elizabeth sintió que le sobrevinía una somnolencia irresistible. La tortuga hueca de la pared estaba quieta; las avispas, en su vitrina, inmóviles tras el cristal; e incluso el polvo había dejado de moverse en los rayos de luz. Con un gesto pesado, pasó la mano por el rostro sonriente de una mujer sin extremidades y le pareció que debía disculparse por establecer un contacto tan íntimo. «Lo siento», dijo Elizabeth, mientras le quitaba el polvo del ojo vacío a la figura: «Lo siento mucho». El dolor de cabeza se agravó y Elizabeth se recostó un momento sobre el panel. La madera estaba dura y fría; de nuevo sonó el graznido del cuervo, y desde algún lugar distante se oyó hablar a un desconocido. El aire, pesado, la presionaba. Elizabeth se quedó dormida.

En su sueño, le pareció que el panel se ablandaba como cera sometida al calor, que había adquirido la suave y flexible calidez de la piel: era como si lo notase moverse contra su mejilla. El aire se hizo más acre y dulce. Sin duda, era la fruta que se abría, la granada que florecía, mohosa en su hendidura; pero también era el olor de la carne, sudando en el calor vespertino. No: desde luego no era roble sobre lo que descansaba, sino cosas vivas, o cosas muertas no hacía mucho. El torso de la mujer sin extremidades subía y bajaba, su sonrisa se hizo más amplia, no tenía la boca oscura, sino más bien carmesí, y una lengua humedeció los labios. «Lo siento mucho», dijo Elizabeth, suspendida entre el sueño y la vigilia, insegura ante la naturaleza de su disculpa, sabiendo tan solo que era necesaria. Adormilada, se inclinó hacia la mujer, y la mujer hizo lo propio... Y en el momento previo a despertarse, notó contra su boca la presión de otra boca, muy suave, muy caliente. Un beso tierno, pero un beso que, con una sensación de aborrecimiento, la despertó de golpe.

Habían pasado horas desde que se había dormido. Le dolían las rodillas de tenerlas presionadas contra el suelo de piedra y el calor se había disipado, dejando tras de sí ese frío húmedo que ya conocía. Durante un momento prolongado fue incapaz de moverse: no podía soportar mirar a la mujer tallada, con sus pechos duros y su sonrisa, y quizá descubrir entre los labios la punta de una lengua húmeda. Se quitó de encima su propio estupor riéndose ante su absurda locura, pero pese a todo no logró salir del salón principal todo lo rápido

que le habría gustado. Se alegró mucho al ver acercarse, desde el umbral de la casa ya, una furgoneta blanca: Ade y Peter volvían de su otro trabajo.

—Buenas tardes —dijo Elizabeth, levantándose el sombrero en un irónico saludo. Al parecer no la habían reconocido, pues no hubo respuesta a su animado recibimiento—. ¡Soy yo, Elizabeth!

Ade, al volante, no giró la cabeza; junto a él, el silencioso Peter la miraba impasible. Entonces, de repente, se le alteró el gesto, como si le hubiese llegado un olor pestilente. Fue algo leve pero inconfundible: el desprecio de un hombre asqueado. Luego la furgoneta siguió su avance y Elizabeth se quedó allí sola. Desconcertada, los vio marcharse. Y a pesar de todo lo que le habían contado, pensó tan solo que habrían estado ocupados con algún asunto que no había ido bien y les había puesto de mal humor. En cualquier caso, en los minutos que quedaban antes de que su marido llegase para recogerla y llevarla a casa, Elizabeth ansió disfrutar por un momento de algo amable y normal. Sacó el teléfono y llamó a su madre.

—¿Mamá? Ay, vaya día. ¿Qué hay de cena? ¿Y cómo os ha ido? —Esperó, pero no hubo respuesta—. ¿Mamá? —Insistió, y luego añadió, pueril en su ansiedad—: ¿Mami? ¿Estás ahí?

De nuevo el silencio. Y luego la voz de su madre, pero de un modo como nunca antes la había oído. Se había endurecido, tenía aristas. Contenía una especie de ira fría e indiferente.

—No llames aquí. No vuelvas a llamar aquí nunca más.

Se oyó el clic de un teléfono al colgar y Elizabeth notó en el estómago una punzada de terror agitándose. Pensó entonces que aquello debía tener alguna explicación: un cruce de líneas, exasperación por la insistencia de algunos vendedores... En ese momento, a lo lejos, sobre el puente y por la carretera blanquecina apareció un cochecito: rojo, ruidoso y conocido. Llena de gratitud, corrió por el camino de grava hacia el vehículo, evocando todo lo que amaba en su esposo: el pelo que le clareaba en la coronilla, las manos capaces al volante... «¡Gracias a Dios!», pensó. «¡Gracias a Dios!».

El coche se detuvo a cierta distancia y entre risas Elizabeth siguió corriendo: cómo le gustaba a su marido bromear y jugar. En cualquier momento saldría del coche y correría hacia ella con los brazos abiertos. Pero no lo hizo. El sol oscurecía el parabrisas y Elizabeth no alcanzaba a verle la cara a su marido. Imposible no olvidarse ya de Nicholas y sus historias (los hombres ahorcados, el ojo perforado por el hierro...): tenía que ser todo una broma de mal gusto muy

elaborada. Llegó hasta el coche y dio unos golpecitos en la ventanilla, con igual dosis de afecto que de impaciencia. La ventanilla no se movió. Toda su alegría se hundió y en su lugar sintió una especie de terror, de pánico. Pronunció el nombre de su esposo tres veces. Tres veces él no respondió. Al final se arrodilló suplicante junto al coche, con las manos apoyadas en la puerta y el rostro a la altura del cristal.

—¿Cariño? ¿Mi amor?

Su marido miraba hacia el otro lado, hacia la casona blanca situada en lo alto de la colina. Ahí estaba el pelo castaño claro que le era tan familiar a Elizabeth, creciendo sobre el cuello que tan bien ella conocía. Sin embargo, percibió algo distinto.

—¿Cariño? —insistió.

Y lentamente (mucho, como con la mayor de las reticencias) el marido se dio la vuelta. Al verle la cara, Elizabeth notó que le había cambiado por completo. Había desaparecido la sonrisa tímida e inteligente, el repentino destello de bondad. En su lugar había una máscara fija de desprecio implacable: muy dura, muy firme, como hecha de un material inflexible. Entonces, el rostro se movió y hubo un último rayo de esperanza: todo había sido un juego, su marido iba a sonreír, como siempre había sonreído. Pero lo que le salió al hombre fue un mohín, como si estuviese viendo alguna transgresión contra la que cualquier instinto humano natural se rebelase de forma violenta. Movié la mano en el volante, el motor inactivo rugió y, a toda velocidad y sin mirar atrás, se marchó.

—Como te dije antes —continuó Salma, acariciando suavemente la tersa mejilla de su crío—, ahora está muerta. Se cortó las venas en una bañera llena de agua caliente, aunque no a lo largo, como hay que hacerlo, así que no funcionó. Al final, tuvo que abrirse la cabeza contra el lavabo. Pasó mucho tiempo hasta que la encontraron.

El niño abrió sus ojos azules como el crepúsculo. Miró a su madre. Ella le devolvió la mirada. Tendría que haber sido una estampa bonita, pero en ese momento me impactó ver que Salma no parecía tan encantadora como me había resultado siempre: tenía los ojos pequeños, con un brillo similar al de las piedras húmedas.

—Mucho mucho tiempo —repitió.

Percibí un tono de dureza en su voz que no me gustó nada.

—Nadie la buscó, ya ves. Nadie la quería. Nadie la echó de menos.

ANDREW MICHAEL HURLEY



EL ÚLTIMO CASO DEL SEÑOR LANYARD

Por mi parte, agradezco que exista esa norma de decencia no escrita que nos obliga a no hablar mal de los muertos. Aunque quizá esa compasión esté movida por un deseo mayor de comprobar que las aflicciones y problemas de un hombre mueren con él. De ese modo, esperamos que con las nuestras ocurra lo mismo cuando llegue la hora.

Así pues, esta mañana, en el obituario de James Lanyard no se hacía mención alguna a las verdaderas circunstancias que lo habían llevado a retirarse de la vida pública y profesional estos últimos diez años, más allá de unas pocas palabras para lamentar la enfermedad nerviosa que le había sobrevenido durante los juicios jacobitas y que había puesto fin a lo que fue una carrera larga y formidable en la abogacía.^[5] Quizá haya quien recuerde los rumores sobre lo que había ocurrido en el castillo de Carlisle, aunque solo quienes estuvimos allí presentes sabemos lo alejados que están de la realidad. Se habló de fantasmas y espíritus (y de cómo habían acechado al señor Lanyard hasta el día que murió en su casa, en los límites del parque Heath), pero esas son historias de las que se cuentan junto a una chimenea, nada apropiadas para el mundo real.

Al igual que la mayoría de los asistentes jurídicos del Colegio de Abogados, yo también había oído hablar de James Lanyard mucho antes de conocerlo, y cuando empecé a trabajar en su despacho, su reputación se materializó con total exactitud. En el tribunal era imponente y mostraba un conocimiento de la ley que solía dejar en ridículo a su oponente y acabar con el acusado en el patíbulo.

Cuando había la más mínima posibilidad de lograr una condena, la perseguía con olfato de sabueso y mordida de terrier. E incluso cuando no la había, obligaba al caballero de la defensa a dar todo de sí para lograr la absolución.

Tras la victoria en Culloden, no me sorprendió en absoluto que lo eligiesen a él para representar a la Corona en el juicio contra los rebeldes. Condenó a nueve hombres a pena de horca, arrastre y descuartizamiento en los terrenos de Kennington Common, y unas semanas después, el conde de Kilmarnock y lord Balmerino fueron decapitados en Tower Hill.

Aquel agitado verano de 1746, había un claro interés por administrar justicia rápida para apagar cualquier foco restante de rebelión, por lo que, una vez cumplido su deber en Londres, mandaron al señor Lanyard al norte para preparar las audiencias de Carlisle.

Unas semanas antes, nos habían llegado rumores al colegio de Lincoln's Inn de que en la ciudad quedaba poco sitio donde alojarse, así que acordé con antelación pernoctar en casa del doctor McEwan, conocido del hermano del señor Lanyard y cirujano en el 34º Regimiento de Infantería. En cualquier caso, no me imaginé que la ciudad estuviese tan atestada.

Aparte de los rebeldes capturados cuando el castillo cayó en manos del duque de Cumberland, estaban enviando allí a otros prisioneros de municipios situados a ambos lados de la frontera, en los que no había medios para retener a una gran cantidad de ellos o para mantenerlos a salvo de represalias. A esos prisioneros los acompañaba una larga procesión de abogados, asistentes jurídicos, agentes de seguros, médicos, hombres convocados para el gran jurado y el jurado ordinario, testigos, familiares, alguaciles y muchísimos otros sirvientes y personas útiles de eslabones más bajos de la cadena.

Para empeorar el problema de la superpoblación, resultaba que las dependencias del castillo no eran en general muy aptas para su uso, por lo que los soldados se habían acuartelado en la ciudad. A ellos se sumaban los franceses, quienes, al considerárseles prisioneros de guerra más que traidores, estaban meramente confinados al interior de las murallas. Se los veía aquí y allá, por las esquinas, vendados y mendigando; los había que parecían seguir vivos a duras penas.

A pesar de ello —afirmó el doctor McEwan aquella noche durante la cena—, podían sentirse afortunados de no estar encerrados en las mazmorras del torreón.

Perrin, uno de los asistentes auxiliares del señor Lanyard, evocó entonces los

cuentos infantiles de caballeros y castillos, y dijo imaginarse cadenas en las paredes y huesos por los rincones. La idea irritó al señor Lanyard e hizo sonreír a McEwan, que cortó un trozo de corteza de la panceta para su mono capuchino (recibido en pago, nos contó, por haber curado a un marinero afectado por la plaga). Era un animalillo arrugado y demacrado, que se movía revoltoso en una jaula pequeña, con la mano derecha mustia, colgándole como un brazalete. En cuanto aparecimos en el comedor, se había puesto a gritar, y McEwan trataba de apaciguarlo con las sobras de su plato.

El pobre animal llevaba meses intranquilo, nos dijo el hombre, desde que McEwan había iniciado sus idas y venidas al castillo para atender a los prisioneros.

—Es por el olor de aquel sitio. Creo que no le gusta —sugirió McEwan—. Seguro que me traigo una parte de las mazmorras a casa.

A esto se sumaba el ruido constante de la calle, y al animal tampoco le gustaba que la gente se presentase ante la puerta pidiendo comida. No toleraba que lo observaran caras desconocidas; ni conocidas, según parecía, pues siempre que entraba un sirviente, saltaba como si le pusieran fuego bajo la jaula. Por su parte, Willis, el otro asistente auxiliar, no dejó de mirar durante toda la comida por encima del hombro, como esperando que el mono se escapara y saltase sobre él.

—No me sorprendería nada que dentro de poco no quedasen hombres en prisión a los que juzgar —añadió McEwan mientras le pasaba el pulgar por la frente al mono, que masticaba el trocito de grasa que tenía en la mano.

—¿Tan mal están las cosas? —le pregunté.

—Trescientos hombres en un espacio que se recorre en menos de doce pasos, señor Gregory. Diría que están peor que mal.

—¿Cree usted que los traidores merecen un mejor alojamiento, doctor? —intervino el señor Lanyard—. ¿Cree que deberían liberarlos para que se paseen por las calles como los franceses?

—A todos esos hombres no los van a declarar culpables, señor Lanyard. Eso debería saberlo.

—A todos esos hombres no los van a declarar culpables, se lo aseguro. Pero eso no quiere decir que quienes al final salgan libres sean inocentes.

—Cierto. De todos modos, inocente o culpable, yo no dejaría a ningún hombre morir por inmundicia.

—El general de brigada me ha contado que no han sido más de una docena

—añadió el señor Lanyard, asintiendo cuando el criado le ofreció más vino—. Y todos ellos por heridas sufridas durante el sitio. Son víctimas de la batalla, doctor, no de la falta de higiene.

—El general de brigada se refiere a la docena que me han enseñado a mí —respondió McEwan.

—No entiendo qué quiere decir con eso, señor —dijo Willis.

—Para sus registros solo desean confirmar la muerte de los oficiales —aclaró McEwan—. Los nombres de los demás no valen nada, políticamente hablando al menos. Diría que no van a sacar nada de que se sepa que el viejo Jimmy, el del refugio del valle, ha fallecido, ¿no cree, señor Lanyard?

El capuchino gritó y sacó la mano buena entre los barrotes de la jaula, pidiendo más comida.

—Yo no soy político —replicó el señor Lanyard—. El uso que se haga de esos nombres no es de mi incumbencia. Ni tampoco las condiciones de las celdas desde las que un hombre llegue al tribunal. Mi única responsabilidad es tratar de mandarlos allí de vuelta.

—Bueno, espero que nunca tenga motivos para ver ese sitio —añadió McEwan, y cortó otro trozo de carne—. No nos manejamos tan bien cuando estamos encerrados en la oscuridad. Los hombres, digo. Tropezamos hacia atrás.

—Eran unos bárbaros mucho antes de que los encerrasen en el castillo —aseguró el señor Lanyard.

—Unos auténticos bárbaros —corroboró Perrin.

—Aun así, estoy seguro de que se alegrarán de que por fin haya venido a juzgarlos, señor Lanyard. Al menos ahora, de un modo u otro, les liberarán —apuntó el señor McEwan.

Le dio unos pedazos más al mono por entre los barrotes, pero, pese a tener un puñado de comida, el animal trinaba y chillaba, y Willis acabó derramando el vino en la mesa.

La casa del doctor McEwan era de tamaño modesto y no solía recibir en ella a cuatro invitados de golpe. Por tanto, aunque el señor Lanyard sí tenía una habitación para él, a Perrin, a Willis y a mí nos instalaron en el salón situado junto al comedor, en jergones. Era un sitio frío y estrecho, y no tan apartado como para no oír el incesante clamor de la calle. De todos modos, había un montón de gente que llegaba a Carlisle sin ningún tipo de alojamiento, así que Willis se alegró al menos de tener una puerta recia que lo separase de la mascota

del médico, sobre todo cuando el animal empezó a hacer de nuevo sus ruidos de madrugada. Gritaba y cloqueaba, y al lanzarse de un lado a otro de la jaula hacía que la argolla chirriase contra el gancho de la percha que sostenía su habitáculo. Di por hecho que lo habrían molestado los sirvientes que se retiraban a descansar o los que empezaban sus tareas matinales. Sin embargo, si el animal era tan propenso a armar escándalo al despertarse, entonces —pensé— McEwan le tendría prohibido a todo su personal atajar por el comedor a deshoras; por otro lado, estuvo gritando mucho más tiempo del que le habría llevado a cualquiera pasar por allí. Me pareció que debía de haber alguien mirándolo, sacándolo de quicio para entretenerse.

Los días que siguieron los pasamos enteros en el castillo, haciendo cribas entre los muchos volúmenes de pruebas para que el gran jurado decidiese a cuáles de los alrededor de trescientos prisioneros llevar ante el tribunal. Algunos estaban demasiado enfermos como para someterse a juicio, otros murieron antes de que se tomase una decisión sobre ellos y otros más eran claramente unos bobalicones con pocas entendederas para saber ni siquiera por qué habían estado luchando. Para reducir más el número, los jueces ordenaron que se sorteara entre los prisioneros de bajo rango quiénes irían a juicio y a quiénes deportarían, pese a que el señor Lanyard se mostró reacio a aceptar dicho sistema.

De tanto en tanto, veía que sacaban a hombres encadenados del torreón y los metían en carros. Hombres de un tipo al menos: en los huesos. Tan decrepitos como los edificios del patio.

Durante el sitio del invierno anterior, Cumberland se había referido al castillo como «un gallinero viejo», y aunque esa expresión fuese solo una manera de intentar que a sus hombres les resultase menos desmoralizante la tarea que se traían entre manos, no distaba mucho de la realidad. La artillería de Cumberland había quebrado unos muros que llevaban largo tiempo en ruinas.

La desolación del lugar empeoraba además a causa del clima. Pese a que agosto acababa de empezar, el otoño había llegado pronto a esa parte del país y la llovizna que se vertía sobre el castillo parecía deshacer el color de las paredes. La arenisca goteaba en tonos de rojo y marrón, como la paleta de un pintor que alguien hubiese volcado y dejado escurrir hasta quedar limpia.

En el viejo palacio en el que nos habían dejado un lugar para trabajar —a nosotros, la fiscalía—, las ventanas estaban cubiertas de condensación, incluso teniendo las chimeneas prendidas, y supuse que la salud del señor Lanyard se resentiría. En el tribunal siempre se presentaba como un hombre con una

fortaleza física igual a la intelectual, pero en privado —con la toga ya colgada y la peluca en la percha— se quejaba de toda una serie de dolencias. El clima frío y húmedo le empeoraba el lumbago y llevaba años sufriendo ardores por úlceras en el estómago.

Quizá por ese motivo —me digo como consuelo— no me sorprendió su aspecto encorvado durante aquellas semanas que pasó sentado en la mesa, leyendo con detenimiento los montones de papeles. No era raro verlo molesto, y pese a las sales y linimentos que le ofrecía McEwan, aliviaba los dolores como solía hacerlo siempre, con media botella de burdeos en la cena. Tampoco hablaba mucho, si bien es cierto que, al igual que Perrin, Willis y yo, él también estaba ocupado con la lectura de informes y declaraciones de testigos, y cartas y peticiones, tan numerosos y complejos que nos llevó varias semanas examinar su contenido de un modo más o menos satisfactorio.

No, no fue hasta que comenzaron los juicios, la segunda semana de septiembre, cuando me di cuenta de que había algo extraño en su comportamiento.

Los dos primeros días de audiencias transcurrieron bien, y el señor Lanyard logró controlar sus dolores lo bastante como para asegurarse un buen número de condenas. Se mostraba elocuente y astuto en sus interrogatorios y los jueces elogiaron su labor preparatoria. Sin embargo, en los aplazamientos se lo veía tenso y desarrolló el hábito de rozarse el dorso de la mano, como si le hubiese pasado por encima una araña. Sufría además de náuseas y con frecuencia llamaba a los criados para que le trajeran más agua. Era el olor del tribunal, quizá, lo que le afectaba.

A los prisioneros les daban un baño somero en el patio de fuera antes de presentarlos ante los jueces, aunque eso solo servía para que en cierto modo pareciesen más desgraciados. Las barbas les goteaban como las colas apelmazadas de las ovejas, sangraban por heridas que no se curaban y, pese al cubo de agua que los soldados le habían tirado a cada uno, seguían llenos de heces hasta las rodillas, como si acabaran de salir de una cloaca. El hedor se hacía tan intenso por las tardes que uno de los jueces, el señor Clark, ordenó limpiar el suelo cada tres audiencias. Con paja fresca esparcida y los bancos rociados de romero, el aire mejoraba considerablemente, y aun así parecía no suponer ninguna diferencia para el señor Lanyard. Sudaba y tragaba, y apenas lograba exponer sus preguntas completas sin que la voz se le deteriorase hasta acabar en un ataque de tos.

En dos ocasiones, el señor Clark le preguntó si quería pedir un aplazamiento, pero el señor Lanyard insistió en continuar hasta el final de la sesión; para entonces, habían condenado a la mitad de los veintidós hombres enjuiciados ese día. No obstante, he de decir que el motivo de ese resultado fue la abrumadora cantidad de pruebas en contra de ellos, más que cualquier capacidad analítica o descubrimiento por parte del señor Lanyard. Durante toda la tarde, mi jefe había luchado por poder hablar y cuando se sentaba para escuchar a la defensa, se movía y removía en el asiento y se ponía el pañuelo en la nariz tan a menudo que empezó a parecer algún tipo de maniobra de distracción.

Ni siquiera al regresar a la casa del doctor McEwan esa noche se sintió mejor, y no comió por miedo a que la cena saliese por donde había entrado. McEwan le aconsejó que se tomara unas hojas de menta de su huerto, pero la sola idea de que algo le pasara entre los labios hacía palidecer al señor Lanyard, que se quejó de nuevo del olor de los hombres en el tribunal; de cómo se le pegaba a la ropa.

—El capuchino también lo huele —aseguró, mientras el animal agitaba la jaula.

Quizá estuviera en lo cierto. Parecía sentir una especial aversión por el señor Lanyard: enseñó los dientes afilados y se puso a chillar con todas sus fuerzas hasta que McEwan acabó por ordenar que lo sacaran del comedor.

Los dos días siguientes transcurrieron de un modo muy similar; el señor Lanyard dormía mal y apenas comía. En el tribunal, mientras esperaba a que la defensa terminase, lo veía inspeccionar su reflejo en la jarra de agua, fijándose en su hombro izquierdo para luego girarse todo lo discretamente que podía y mirar detrás, como si hubiese alguien ahí.

El sexto día de juicios resultó ser el último del señor Lanyard. Después de eso, no pudo más y no volvió a poner un pie en un tribunal.

Su último caso fue el de un hombre llamado Fraser, capturado cuando cayó el castillo. Al igual que muchos de los prisioneros escoceses, hablaba poco inglés, por lo que la duración del procedimiento se duplicó, dado que las preguntas y respuestas debían pasar por el intérprete en una y otra dirección.

Ese caso era como muchos otros que habíamos ido escuchando día tras día. El hombre pertenecía a un clan y su jefe le había ordenado luchar, razón por la cual no había podido negarse a combatir. De haberlo hecho, le habrían arrebatado el ganado y le habrían destrozado la casa. Esa afirmación la

corroboró el testigo de la defensa, que había visto cómo obligaban al señor Fraser a servir de la manera más brutal, aunque la refutaron otros dos hombres capturados después del sitio que habían decidido colaborar con la acusación.

El primero, del clan Cameron, aseguró que conocía bien a Fraser y que lo había visto liderar tropas en la batalla de Falkirk. El segundo, del clan Gordon, coincidió con esa afirmación y añadió que había estado acuartelado con Fraser en Carlisle para contener a Cumberland en su persecución del ejército del Joven Pretendiente hacia el norte. Juró por la vida del rey Jorge que lo que decía era cierto; cuando el señor Lanyard le expuso esto al prisionero, mientras se pasaba un pañuelo por la frente, este respondió:

—*Tha e coma mu Rìgh Deòrsa.*

—Dice que al testigo no le importa nada el rey Jorge —explicó el intérprete.

—¿No? —dijo el señor Lanyard, tosiéndose en el puño—. Entonces ¿por qué testifica contra usted?

El intérprete le hizo la pregunta a Fraser, quien respondió:

—*B'fhearr leis gu robh mi marbh.*

—Dice que el señor Gordon quiere verlo muerto, señor —aclaró el intérprete.

—Entonces es que el señor Gordon está seguro de su culpabilidad —replicó el señor Lanyard.

—Discúlpeme, señor —interrumpió el intérprete—, el acusado dice que el señor Gordon quiere verlo muerto, pero no por traición.

—¿Ha cometido usted algún otro crimen? —preguntó el señor Lanyard.

Fraser respondió que no, pero que el señor Gordon creía lo contrario.

El señor Lanyard frunció el ceño y añadió:

—¿Que cree lo contrario? ¿De qué crimen lo acusa?

Mientras el intérprete le planteaba la pregunta a Fraser, el señor Lanyard sacudió la mano como si le hubiesen tocado. Miró hacia atrás, o hacia abajo, más bien.

—¿Tiene algún problema, señor Lanyard? —preguntó el señor Clark.

El señor Lanyard se tocó los dedos y miró fijamente los tablones desnudos del suelo.

—No, señoría.

—¿Tiene algo más que preguntarle al acusado? —añadió el señor Clark.

El señor Lanyard se secó la frente con la manga de la toga.

—¿Podría solicitar que limpien el suelo, señoría? El olor es agobiante.

—El suelo se limpiará al término de la sesión. Si no se encuentra bien, ordenaré un aplazamiento.

—Un momento, señoría —respondió el señor Lanyard.

Se dejó caer en la silla y se bebió el agua que le serví, aunque no había hecho más que darle un trago cuando sacudió el brazo como si se lo hubiesen apretado por el codo y empapó los papeles que tenía delante.

—¿Qué ocurre, señor Lanyard? —le pregunté, pero él estaba mirando detrás de su asiento.

Empezaron a oírse murmullos por la sala y el señor Clark dio unos golpes con el mazo.

—Señor Lanyard, se lo vuelvo a preguntar: ¿se encuentra indispuerto?

—¿Quién es? Hay alguien aquí. Mi mano —respondió el señor Lanyard.

La sostuvo en alto, con el brazo estirado, como si no le perteneciese. De la palma y los dedos le goteaba el mismo lodo líquido que empapaba las espinillas de Fraser.

El acusado y los testigos se miraron unos a otros y el ruido en la sala aumentó lo bastante como para que el señor Clark hiciera sonar el mazo una segunda vez.

El señor Lanyard se retorció de nuevo y le apareció manchada la otra mano.

—¿Qué clase de brujería es esta? —dijo.

Se levantó de la silla lo más rápido que le permitió su cuerpo, mientras movía los ojos como observando el avance de una avispa por todo el tribunal. Soltó un grito y se agazapó junto a una de las ventanas, cubriéndose las orejas con las manos, como si un ruido muy fuerte y penetrante hubiese estallado de repente.

Todos los hombres de la sala estaban de pie a esas alturas, sin que las demandas de silencio del señor Clark surtieran ningún efecto. Fraser, Cameron y Gordon discutían mientras los alguaciles los mantenían separados. Y entretanto el señor Lanyard sollozaba como un niño. Siguió allí enroscado, atrapado en su propia toga, una vez que se hubo desalojado la sala y llegó el doctor McEwan.

De vuelta en casa de McEwan, el señor Lanyard aún parecía agitado, e incluso después de que le quitasen la ropa para lavarla y lo vistiesen con una camisola limpia, insistía en que seguía oliendo a mazmorra. Y a sangre. Como si fuese un vapor presente en la habitación.

McEwan ordenó a los sirvientes que llenaran la bañera de cobre e instó al señor Lanyard a intentar quitarse la peste de la piel a base de friegas. Pero no parecía que estuviese escuchando. Tenía la cabeza igual de agitada que los ojos, que vagaban de un rincón a otro de la habitación.

—Hay alguien aquí, igual que en el tribunal.

—Solo estamos el señor Gregory y yo. Nadie más —respondió McEwan.

—Hay alguien más —insistió el señor Lanyard.

—Procure dormir algo, señor. Por la mañana se sentirá mucho más aliviado de esos pensamientos, seguro —le dijo McEwan.

Lo dejamos descansar y bajamos a comer, aunque ninguno de nosotros tenía mucha hambre. Perrin y Willis apenas tocaron la comida y salieron al jardín a tomar algo de aire.

—Se pondrá bien —comentó McEwan—. Estoy seguro de que recuperará el vigor.

Sin embargo, yo sabía que eso eran solo palabras de consuelo y que el médico no concebía que el señor Lanyard fuese a ser capaz de continuar. Tenía la mente y el cuerpo totalmente agotados.

McEwan se disponía a retirarse a dormir, pero cuando iba por la mitad de la escalera oímos al señor Lanyard llamarnos y al capuchino chillar. Se había escapado de la jaula.

El médico fue el primero en llegar a la habitación; lo seguimos los dos criados y yo. Encontramos al animal aferrado a la espalda del señor Lanyard. Cada vez que intentábamos agarrarlo por una extremidad o por la cola, se zafaba de nuestro alcance y clavaba las garras en un trozo distinto de carne, haciendo al señor Lanyard gritar de dolor. Tenía la camisola destrozada ya y salpicada de sangre, y el cuero cabelludo, sin peluca, trazado por arañazos.

Supongo que fue el ruido de Perrin y Willis al entrar en la habitación lo que por fin hizo que el animal saltara al suelo y se dirigiese hacia la puerta abierta. Sin embargo, antes de que lograra escapar, Perrin le lanzó una manta por encima y, con la ayuda de Willis y los sirvientes, lo mató a patadas.

Mientras se llevaban el bulto, McEwan se puso a curar las heridas del señor Lanyard, esforzándose todo lo posible por mantener las manos firmes. Cuando hubo terminado, lo bajéacompañé al comedor y le pedí a un criado que le trajera un coñac. McEwan parecía abrumado por el remordimiento, aunque yo le

aseguré que no era su culpa. Los animales eran animales. No sabían comportarse de otro modo. Me respondió que no podía culpar a los dos asistentes por querer defender a su superior, y que el animal no debía haber estado suelto por la casa, pero que el capuchino no había tenido intención de atacar al señor Lanyard mientras dormía. Alguna otra persona lo había atraído hasta allí.

—¿Un intruso? —le pregunté.

—Puede llamarlo así si quiere —respondió McEwan.

Se bebió el coñac y no dijo nada más.

No fue hasta unos meses después —tras haber acabado los juicios y que el sustituto del señor Lanyard hubiese enviado a docenas de hombres más a la horca en los siguientes días de mercado— cuando el doctor McEwan me escribió para expresarme su pesar adecuadamente, no solo por lo que había ocurrido, sino por los escabrosos rumores que habían empezado a asociarse con mi antiguo jefe. Con el tiempo, había logrado ordenar sus ideas y, a condición de que yo no se lo contase a nadie, me ofrecía su relato de lo que había visto en la habitación del señor Lanyard: lo que él sospechaba que había asustado al capuchino aquella noche y desde hacía ya muchos meses. Solo lo había visto durante un instante, antes de que las sábanas quedaran revueltas por el frenesí del ataque del animal, pero había habido alguien más tumbado junto al señor Lanyard. Podía jurar que así era, aunque no supiera con seguridad de quién se trataba.

Sin embargo, a él se le parecía al niño que había visto sacar de la mazmorra una noche durante el invierno. Un manojito pálido de huesos. No tendría más de once o doce años. Reclutado junto a su padre, que había muerto durante el sitio.

McEwan contaba que el soldado que lo había llamado para acudir al torreón sabía que debía deshacerse del chiquillo, pero la compasión había sacado lo mejor de él y quería que el médico le confirmase al menos que estaba muerto. Y lo estaba, escribía McEwan. Llevaba días muerto. Aunque no de ninguna enfermedad que flotara en el pernicioso aire de la mazmorra o viniera provocada por el charco fétido de las excreciones diarias que les llegaba a los hombres por las rodillas.

El guarda le había contado que, al fondo de la celda, había una abertura por la que chorreaba agua de lluvia, y los hombres se turnaban para chupar las piedras. Parecía que aquel niño había pasado demasiado tiempo pegado al muro y, en medio de la oscuridad, los otros le habían partido el cráneo y luego lo habían ahogado.

MARK HADDON



EL BÚNKER

Nadine regresaba de un turno de día en el hospital cuando ocurrió por primera vez. El aire viciado por el sudor, el tabaco y los abrigos húmedos del piso de arriba de un autobús doble de la línea 23, después una caminata sobre el río expuesta al viento, por ese arcoíris fino y blanco de hierro forjado, hasta detenerse justo en la mitad, como siempre hacía, para inclinarse sobre la barandilla y fingir durante unos segundos que volaba en el aire, como los cuervos que jugaban allí arriba con la corriente ascendente.

Luego, pasar junto a la lavandería, la casa de apuestas y el *pub* The Trawlerman, y entrar en el Co-operative a por el *Telegraph* y el cartón de leche que su suegra casi seguro se habría olvidado de comprar.

Atravesó el vestíbulo frío y embaldosado del conjunto de apartamentos The Mansions y entró en el ascensor. Un anillo de luz le rodeó la punta del dedo al pulsar el botón de la quinta planta. Las puertas se cerraron, la holgura del cable se tensó hacia arriba y Nadine ascendió por el edificio.

A mitad de camino entre la segunda y la tercera planta, notó algo amargo en el fondo de la garganta. Las piernas le flaquearon y tuvo que agarrarse a la barandilla metálica para mantenerse en pie. El acero pulido de la pared del ascensor, la señal de emergencia, sus propias manos: nada parecía real. Se oyó un crujido fuerte, como un chispazo, y el mundo se encogió hasta convertirse en un único punto luminoso, como la pantalla de un televisor al apagarse. Flotó brevemente en absoluta oscuridad, hasta que la luz y el ruido regresaron como

una riada y Nadine se vio de pronto de pie no en el ascensor, sino en el arcén de una carretera transitada, contemplando una hilera de casas sucias de ladrillo rojo bajo la lluvia. La calle estaba llena de gente, gente que corría, gritaba, lloraba. Había una mujer allí quieta sin más, con la mirada fija en la distancia; otra dejó caer unas bolsas de la compra a sus pies, y una lata de pudín de arroz Ambrosia rodó hacia la alcantarilla entre una harina esparcida que se volvía lechosa sobre el pavimento mojado.

Un coche, un Panda blanco y azul celeste, se detuvo chirriando junto al bordillo, a su lado, y de él bajó un policía.

—¿Nadine Pullman?

Estaba demasiado estupefacta como para responder, estupefacta por ser visible, por que alguien supiera su nombre, por no estar solamente mirando esa escena, sino además formar parte de ella.

—Suba. —Nadine no se movió—. Le estoy notificando un B 47, entre en el puñetero coche o le juro por Dios que...

Nadine subió al coche. El policía volvió de un salto al asiento del conductor y pisó el acelerador. Una mujer con gabardina verde oliva agarró el retrovisor y gritó pidiendo ayuda. Se apartaron del bordillo con un rugido del motor y la mujer cayó de espaldas, con el retrovisor arrancado entre las manos.

El coche se inclinaba y chirriaba al doblar las esquinas. Un camión Bedford que avanzaba en zigzag estuvo a punto de chocarse con ellos.

—¿Qué es lo que está pasando?

Era su voz, pero no lo era.

—¿Qué cojones cree usted que está pasando?

Llegaron hasta la cima de una colina y derraparon hacia una callejuela.

—¡Salga!

El policía dejó la llave en el contacto. Tres hombres subían corriendo por una escalera de cemento construida sobre una ladera cubierta de hierba alta. Uno de ellos llevaba un delantal de carnicero. Nadine oía sirenas.

—¡Rápido!

Tropezó y perdió un zapato. El policía la agarró del brazo y la arrastró escaleras arriba, dejándola con los tobillos rasguñados y las medias rotas. Luego tiró de ella para cruzar una gruesa puerta doble que daba a un descansillo atestado y ahí la soltó. Un hombre y una mujer subieron corriendo las escaleras tras ellos, agitando unos certificados color crema con sellos rojos.

Un hombre calvo con gafas bramó:

—¡Los dos últimos!

Cuando la pareja cruzó el umbral, el hombre calvo cerró la pesada puerta, que sonó como un gong. La bloqueó dando un cuarto de vuelta a las cuatro palancas de las cuatro esquinas.

Se oyó otro crujido como un chispazo, todo se redujo a un punto luminoso similar al anterior y, tras unos segundos de oscuridad, Nadine estaba tumbada en el suelo del ascensor. ¿Cuánto tiempo había pasado fuera? ¿Segundos? ¿Minutos? La puerta se abrió y el señor Kentridge, del piso 17, se la quedó mirando fijamente.

—¿Se encuentra mal, señora Pullman?

Nadine se puso en pie con lentitud, mientras le explicaba que estaba «en esos días del mes» y que a veces se mareaba y se quedaba como aturdida.

—Necesito ir a sentarme.

El vecino levantó las manos, sin ganas de seguir hablando de ese tema. Nadine caminó hasta la puerta de su piso, manteniéndose en pie gracias a la pared, y ahí se giró para asegurarse de que el señor Kentridge había entrado en el ascensor y había bajado.

La madre de Martin estaba dormida en el sofá amarillo, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el antimacasar. Bennie dormitaba en su regazo, con el pulgar en la boca. Nadine quería un té, pero no se fiaba de manejar el hervidor de agua, las cerillas y el gas con las manos tan temblorosas. En vez de eso, abrió la ventana para fumarse un Kensitas. El sol empezaba a caer y las farolas, a encenderse, mientras los edificios oscuros se convertían poco a poco en calendarios de adviento.

El pánico en las calles, la puerta metálica verde, el compartimento estanco. No había ninguna duda. El señor Kentridge no había sospechado nada y eso era cierto consuelo. Se masajeó la frente, como si el problema fuese un dolor de cabeza y nada más. Desde kilómetros de distancia oyó la triste canción de un ferri que salía del puerto. Esa imagen imborrable de los últimos minutos de su tío, tan nítida que a veces se olvidaba de que no la había visto con sus propios ojos: los vecinos sacándolo a rastras de su casa en el campo hasta la estrecha franja de bosque, junto a las vías del tren... Nadine había visto a su tío un par de días antes del final, delirando sobre hundimientos, órdenes de disparar y agujeros negros. El desesperado deseo de su tía por salvarlo frente a la convicción de que la batalla estaba perdida. «No hay nada que hacer, Nadine.

Por favor. Tenemos que irnos de aquí». La esperanza de que los médicos llegasen primero. Aunque a saber qué destino era peor...

—¿Mami...?

Bennie se estaba despertando.

Decían que si habías estado allí una vez, podías darte por perdido. Pero ¿quién iba a ser tan estúpido como para divulgar su buena suerte si hubiese visitado el otro mundo y hubiera vuelto simplemente chamuscado?

—¿Mami...?

Nadine preparó estofado de cordero con zanahoria. Recordaba, olvidaba y recordaba, y en todas esas ocasiones sentía un jarro de agua helada bajándole por la espalda. Edith se quejó de la cadera. Nadine se oyó a sí misma siendo compasiva y se sorprendió por su capacidad para disimular. Bennie estaba echando los dientes. Nadine le frotó las encías con aceite de clavo. ¿Qué sería de Bennie? No solo por la ausencia de una madre, sino por el estigma de haber tenido a esa madre en particular.

Martin volvió pasadas las siete. Nadine confiaba en que él se diese cuenta de su angustia, pero estaba preocupado por alguna complicación en el taller con un tresillo y una factura sin pagar. Después de la cena, Martin echó una partida de *cribbage* con su madre y jugó al caballito con Bennie, hasta que lo llevó a la cama. Luego los tres escucharon a Joan Sutherland en la radio.

Nadine estaba tumbada bajo las mantas, incapaz de dormir, con Martin al lado, muerto para el mundo. Qué hombre tan dulce para ser tan grande. Nadine lo había visto levantar un coche para cambiarle la rueda. Se conocieron en un concierto, una tarde en el Wellesley Room: Martin, absurdo con un traje que le quedaba pequeño, el *Amanecer* de Haydn antes del intermedio, la *Grosse Fuge* de Beethoven después. Dos violines brillantes pobremente aprovechados. Martin podría protegerla. Nadine lo había pensado antes siquiera de hablar con él.

Nadine tenía dos padres. Uno sobrio, otro borracho. El primero se convertía en el segundo al ponerse el sol. Los golpes no eran lo peor. Era la espera durante los intervalos lo que la carcomía por dentro. Llevó a Martin a casa a tomar el té y Martin le sostuvo la mirada al padre durante los diez segundos más incómodos de su vida. Su padre nunca volvió a tocarla. Pero ¿y ahora? Lo de ahora no era un padre borracho. No era una rueda pinchada sin un gato a mano.

En la penumbra, por encima de ella las molduras de escayola se convertían lentamente en monstruos.

Tres días sin incidentes alentaron en Nadine la esperanza de que se había escapado por los pelos, y la carga de su terrible secreto se fue haciendo poco a poco más liviana mientras cambiaba apósitos y vaciaba bacinillas. El hombre que se había caído del andamio hacía dos meses dio sus primeros pasos y montaron una fiesta.

El cuarto día, estaba sentada en uno de los bancos exteriores de la cantina del personal, junto al seto de endrino que ocultaba a medias la sala de calderas. Se estaba comiendo el bocadillo de mostaza y carne en conserva que se había preparado esa mañana y que había envuelto en papel encerado para poder llevarlo en el bolso. De nuevo, el sabor agrio, el crujido como un chispazo, la oscuridad y, de repente, tenía en las manos un cuaderno que lucía en la cubierta una corona negra y las palabras «LIBRO DE DETECCIÓN Y REGISTRO DE ARMAS ATÓMICAS. Suministrado por el Servicio de Publicaciones de la Corona. Código 28-616». Percibía olor a sudor y a excrementos humanos. En la pared de su derecha, había montada una cuadrícula de cajitas de madera, como las que usaría un bibliotecario para guardar fichas. Vio en ella una etiqueta que ponía «MUERTOS» y otra que ponía «CONFIRMADOS».

Había tres hombres con chaquetas militares de color azul colombino apoyados en una mesa amplia. Tras ellos, una pared de metacrilato con un mapa grande del país estructurado en cuadrículas y subdividido. La estancia no era mucho más grande que una pista de *squash*. No había ventanas. Uno de los hombres levantó la vista. La barba incipiente y los ojos rojos sugerían que llevaba varios días sin dormir ni afeitarse.

—¿Y bien...?

—Dos nuevas detonaciones. Detonación uno: 80 kilómetros, rumbo 152 grados. —Las palabras salían de la boca de Nadine, pero no tenía ni idea de lo que significaban—. De 6 a 8 megatones. Base aérea de Scampton.

—Santo cielo —dijo el hombre—. ¿Y la segunda...?

—La segunda...

Nadine tenía la mente en blanco.

—Por Dios bendito, no tenemos todo el día —intervino el hombre de los ojos rojos.

Su colega, un tipo desgarrado con barba de brujo y claramente nada acostumbrado a llevar uniforme, se dirigió a él:

—Me temo que tenemos todo el tiempo del mundo.

El hombre de los ojos rojos volvió a hablarle a Nadine:

—Señorita Pullman.

—Un poco de amabilidad no estaría mal —intervino el hombre de la barba.

—Señorita Pullman —el hombre de los ojos rojos ignoró a su colega—, el aire se acaba. El agua se acaba. Tiene usted un trabajo que hacer y esa es la única razón por la que está aquí. Ponerse enferma no es una opción. Bloquearse mentalmente no es una opción.

Se produjo de nuevo el crujido como un chispazo y, tras un breve periodo de oscuridad, se encontró tumbada de espaldas, con la mirada fija en un cielo azul, y el endrino y dos personas preocupadas observándola desde arriba. El doctor Cairns le tendió una mano para ayudarla a ponerse en pie. La hermana Collins la condujo hasta el banco. Sudor frío y tripas revueltas.

—Enfermera Catterick, tráigale a la enfermera Pullman un vaso de agua fría.

Ya solo era cuestión de tiempo. Sus amigos y colegas no la iban a entregar, pero la gente hablaba, y bastaba con una persona que valorase su propia seguridad más que tu vida. Al doctor Peterson se lo habían llevado en una furgoneta negra, se llevaron a la enfermera Nimitz, al apuesto muchacho de Trinidad con drepanocitosis también se lo llevaron...

Nadine se marchó a casa pronto, con el luminoso sol del otoño poniéndose sobre un mundo al que ella ya no pertenecía. Había una feria en Queen's Gardens: una cría de elefante encadenada sobre un nido de paja, caballos pintados que daban vueltas, un alegre órgano y olor a azúcar quemado.

No tenía ni idea de qué esperar a partir de ese momento. A su tío lo habían borrado de la memoria familiar, como si la ignorancia fuese una forma de protección, y lo que oía en otros lugares era una mezcla de chismes, medias verdades y alarmismo. Algunos decían que se trataba de una demencia contagiosa; otros, que eran ecos de hechos pasados; otros lo consideraban premoniciones de acontecimientos que estaban por llegar. El fin del mundo, susurraban algunos.

No había artículos en la prensa. No se hablaba de ello en la radio ni en la televisión. Echando la vista atrás, su propia falta de interés le parecía vergonzosa: ni una sola vez se había parado a ponerse en el lugar de esa gente; veía todo ese sufrimiento y solo pensaba en el alivio de que les estuviese pasando a otros.

Tenía a Bennie en las rodillas cuando ocurrió una tercera vez. «Al trote, al trote...». Edith se había ido a su habitación con *La indomable Sofía* y una taza de chocolate —aderezada, o no, con un chorrito de Bowmore— y Bennie tenía unas ganas locas del alboroto que la edad y la cadera de Edith hacían cada vez más imposible. «Al galope, al galope...».

En esa ocasión fue más rápido, más parecido a atravesar una puerta que a hacer un viaje. Nada de amargor, solo un crujido veloz, Bennie cayéndose de espaldas sin que pudiera agarrarlo y luego Nadine despertándose de un sueño ligero en un dormitorio estrecho con ocho literas. A medio camino entre un submarino y un internado. Tenía la piel pegajosa y el pelo lacio. Había una mujer de uniforme esperando para ocupar su puesto bajo la sábana sucia y la manta caqui. Las palabras «Cuerpos de Vigilancia Civil» se curvaban en un avión rojo sobre el hombro de la mujer. Nadine bajó la vista y vio que había estado durmiendo con un uniforme idéntico, de color azul grisáceo. Otras quince mujeres estaban saliendo de las camas. Quince mujeres distintas esperaban para ocupar sus lugares.

Había alguien cantando.

—*I never knew I'd miss you... Now I know what I must do... Walking back to happiness... I shared with you.*

—Por Dios bendito, Rita. Calla ya, haz el favor.

—A ver, haya paz...

Las mujeres cruzaron el pasillo y entraron en la sala que Nadine reconoció como la de la vez anterior: los fluorescentes, los mapas en paredes de metacrilato. Nadine era el vagón de cola. El hombre de los ojos rojos se plantó delante de ella y cerró la puerta, de forma que se quedaron solos en el pasillo. Traqueteo de maquinaria en algún lugar y leve olor a humo de diésel. Nadine vio entonces que el hombre tenía un triángulo de carne cerosa en la barbilla donde no le crecía la barba incipiente. A lo mejor se había quemado de pequeño.

—Necesito saber una cosa. Una cosa solamente.

—¿Qué?

—¿Es usted capaz de hacer su trabajo?

Nadine cerró los ojos y miró en su mente, y vio fragmentos de algo que se había roto o desarmado... un mono de trabajo hecho de algodón blanco... la onda electromagnética y la onda óptica... el sonido de alguien llorando al otro lado de un teléfono...

—¿Señorita Pullman...?

Sintió un pánico creciente y un doloroso anhelo de estar en algún lugar seguro, sin responsabilidades. Empezó a sollozar.

—Creo que eso es un «no» bastante concluyente.

Martin estaba sentado en la mecedora junto a la cama. Esta vez Nadine había pasado más tiempo fuera.

—¿Dónde está Bennie...?

—Se ha dado un golpe en la cabeza. Mi madre lo ha llevado a la feria. Manzana caramelizada y algodón de azúcar. Luego puede montarse en el tiovivo y marearse hasta decir basta.

—Te lo debería haber contado. Antes.

Martin le agarró la cara por las mejillas y negó con la cabeza. ¿Estaba despidiéndose de ella? ¿Estarían los médicos tamborileando con los dedos en la mesa del salón, concediéndoles unos últimos momentos de gracia? Bajo el miedo sentía un alivio que no se había esperado.

—Vamos a ir a un exorcista.

De no haber sido por la firme confianza que mostraba la mirada de Martin, Nadine habría dudado de si su marido estaba en sus cabales. Había oído hablar de exorcistas solo en historias de tercera o cuarta mano. Siempre dio por sentado que eran producto de imaginaciones desesperadas.

—Hay cosas que nunca te he contado. —Martin se puso en pie—. Cosas que era más seguro que no supieras. —Le tendió el abrigo negro de lana gruesa que había dejado sobre el brazo de la mecedora—. Ponte esto. Tenemos un largo y frío camino por delante.

Entraron sigilosos en un callejón de Weaver's Lane. Atajaron por el cementerio de St. Saviour's. Martin era un hombre grande que llamaba la atención, pero las pocas personas con las que se cruzaron en las calles oscuras apenas les hicieron caso. Solo un perro se inquietó con su presencia y se puso a gruñir desde el extremo de una cadena, con los pelos del cogote erizados y la cabeza gacha. Quizá fuera la extrañeza de la noche, o el creciente desapego que sentía Nadine hacia su propia vida, pero le parecía estar recorriendo una ciudad que era casi idéntica, aunque no del todo, a aquella en la que vivía.

—A veces te decía que me quedaría trabajando hasta tarde. Y no siempre era verdad —le dijo Martin—. Nunca te he hablado de mi hermana. La perdimos. Prometí que no perdería a nadie más. He hecho esto por otras diecinueve

personas. Y confiaba en no tener que hacerlo nunca por ti.

Se dirigían hacia abajo, hacia los muelles. Pescado y aceite marino en el viento. Las luces del The Raleigh aún encendidas, sus parroquianos, borrosos tras un cristal húmedo y neblinoso. Cruzaron por un laberíntico desfiladero de almacenes. Una rata enorme pasó al trote junto a ellos, indiferente, como un agente de seguros diminuto que llegara tarde a la oficina. Una media luna perfecta les iluminaba el camino.

Doblaron una esquina y la luna se la tragó un barco de vapor de doble chimenea, rojo y crema, atado al muelle y con ojos de buey en tres cubiertas, de proa a popa.

Martin la llevó hasta los pies de una escalera de incendios de hierro que subía empinada hacia una puerta enmarcada por dos ventanas sucias e iluminadas; bien podrían haber correspondido a los ojos del despacho de un supervisor del puerto, de no haber sido por la ausencia de letreros. Subieron los escalones resonantes.

La exorcista era una mujer rechoncha, sin nada reseñable, con una rebeca verde hiedra abrochada con unos botones alargados de color nuez. Saludó a Martin con el asentimiento mudo de cabeza que se le dedica a un colega.

—Así que esta es Nadine...

Había un calendario de mesa. Un jarrón con lirios marchitos. Una reproducción enmarcada de *La caída de Ícaro* de Bruegel, rota por una esquina. Una tabla de billar romano apoyada en una pared que habría parecido estrambótica cualquier otro día. Nadine ocupó el sillón vacío.

—Me temo que no tenemos tiempo para cumplidos. —La mujer era más dura de lo que aparentaba—. Debe confiar en mí absolutamente y hacer todo lo que yo le diga. No hay otra alternativa. —Nadine miró a su alrededor y Martin asintió—. La próxima vez que cruce usted, estaré esperándola al otro lado. No mencionaremos este encuentro. No hablaremos de Martin ni de su hijo. No hablaremos de este mundo. ¿Me entiende?

La mujer se inclinó hacia delante y Nadine vio una pulsera de amuletos que se le deslizó bajo el puño de la rebeca: una cadena de plata de la que colgaban un cuervo, una luna y un martillo, todo en miniatura, todo de plata.

—La entiendo.

—Haré todo lo posible por encontrarle un camino de vuelta a casa. No puedo adelantarle cuál será. Solo puedo decirle que todavía no he fracasado ni una vez.

—En algún lugar próximo, sonó dos veces la campana de una capilla de marineros—. He de irme. Tengo un trabajo complicado que hacer. —La exorcista se incorporó lentamente. Parecía que le dolía algo—. La próxima vez que me vea, estaré cambiada. —Cogió un bolso de macramé y un impermeable azul oscuro del respaldo de la silla—. Descanse un poco.

Y se marchó.

Martin se sentó en el brazo del sillón y abrazó a su mujer. Pese a todas las preguntas que tenía, Nadine sabía que plantear cualquiera de ellas era como abrir la puerta del avión en pleno vuelo. Mejor no ver la distancia que tenía que caer. Lo que más deseaba era estar con Bennie.

—¿Te acuerdas del primer paseo largo que dimos? —Martin metió una de las diminutas manos de Nadine entre sus enormes zarpas—. ¿Cerca de Minehead? —Aquel día, un nubarrón se había levantado sobre Selworthy Beacon y la luz del sol fue sustituida de repente por un cielo color pizarra y granizos como castañas. Habían corrido de la mano hasta un fortín, donde sobresaltaron a un perro de aguas dormido, sin dueño, que luego los acompañaría el resto del paseo—. Venga, vamos a repetirlo...

Nadine apoyó la cabeza en la confiable masa que conformaba Martin.

—Vale.

—Bueno... Te recogí en casa de tus padres. Eran las nueve y media de la mañana. Llevabas la falda naranja con círculos amarillos...

Una hora, dos... Nadine se quedó dormida y al despertarse no reconoció lo que había a su alrededor. Sintió miedo durante un instante, hasta que vio a Martin, aunque solo para sucumbir a un miedo distinto al recordar por qué estaba allí, con los lirios marchitos y la mesa de *bagatelle*. Volvió a dormirse y a despertarse, y bebió un vaso de agua tibia de la jarra que había en la mesa. Estaba de pie, junto a la ventana, observando los suaves borrones de luz color melocotón que señalaban las grúas y los mastodontes anclados, cuando abandonó el mundo por última vez.

Ningún sabor en la boca, ningún ruido, nada de oscuridad. De pronto estaba sentada ante una mesa de formica en una cantina. En el lado opuesto de la mesa vio al hombre desgarrado con barba. Tras él, sentada, una mujer de uniforme a la que Nadine no reconoció, con un ojo estrábico y el pelo negro, muy negro. Había un pasaplatos y un aroma rancio a verduras hervidas. Miró a su alrededor en busca de la exorcista, pero no había nadie más en la sala. La formica se había despegado del conglomerado en la esquina de la mesa.

—Le pido disculpas por la conducta descortés del comandante Pine. Es una persona correcta, aunque hay muchas maneras de ser correcto. —Ahora pudo percibir que el acento del hombre era un escocés suave de las tierras bajas—. En épocas mejores, se la habría atendido mejor. —El hombre suspiró—. Pero en épocas mejores nuestra vida no dependería de un hombre como el comandante Pine.

Su compañera se recostó en la silla y no dijo nada; parecía estar supervisando el aprendizaje de su colega.

Este se aclaró la garganta y leyó de un fajo de papeles grapados.

—Durante su formación, firmó usted unos documentos según los cuales, si estando de servicio en el grupo n.º 20 de los CVC quedaba incapacitada física o mentalmente... —Soltó el papel—. Y otra serie de rollos burocráticos rimbombantes con los que no voy a aburrirla. —Se frotó los ojos—. Quieren que firme un formulario. Es increíble. Porque, claro, seguro que el último hombre sobre la faz de la Tierra será un mojigato del Gobierno que se irá arrastrando por los eriales chamuscados para revisar que toda la documentación esté en regla. —La mujer no parecía ni sorprendida ni agraviada por la diatriba. El hombre deslizó un folleto desde el otro lado de la mesa—. Como era de esperar, le facilitan una guía muy útil sobre la situación.

Expulsión. Instrucciones de supervivencia a corto plazo. Nadine ojeó las páginas. «Los tubérculos de huertos y jardines pueden ser otra fuente de alimento relativamente poco contaminada...». En un diagrama enseñaban a matar un perro mal dibujado, aunque no quedaba del todo claro si era como medida de protección o para su consumo. Nadine se quedó absorta mirando los dorsos de unas manos que eran y no eran las suyas: la suciedad bajo las uñas, el leve azul de la sangre de retorno. Eran tan reales... Nunca había oído a nadie hablar de lo increíblemente convincente que resultaba todo.

—Sabe usted lo mismo que el resto. —El hombre se encogió de hombros—. Leeds ha caído. Manchester ha caído. La destrucción se extiende desde Holy Loch hacia el sur. En otras circunstancias, rezaría para que Dios la acompañase, pero mi fe en ese tipo está un tanto mermada últimamente. —Se puso en pie y volvió a colocar la silla debajo de la mesa, haciendo rechinar las patas contra el linóleo—. Le deseo un buen viento del mar del Norte y un alijo de judías enlatadas. —Hizo un gesto señalando la puerta—. Acabemos ya con esta historia tan espantosa.

La mujer los siguió al pasillo. ¿Dónde se había metido la exorcista? Nadine estaba cada vez más segura de que algo había salido mal. El hombre se hizo a un

lado para que ella pasara primero a las escaleras. Se sintió mareada. Nada de aquello era real. Tenía que recordarlo.

El hombre esperó unos segundos antes de decir:

—Preferiría que todo esto se desarrollara sin que hubiese ninguna escena desagradable.

Nadine subió al descansillo de cemento por el que había entrado por primera vez al edificio. Había una escotilla grande color crema abierta que dejaba a la vista un compartimento estanco no mucho mayor que el cubículo de un aseo. Juntas de goma, manómetros y una luz de advertencia roja en una jaula de alambre recia. La pared del fondo era una escotilla cerrada, idéntica. ¿Y al otro lado?

—Fuera hará frío.

La mujer de pelo negro le tendió un abrigo negro de lana gruesa, igual que el que Nadine se había puesto antes esa misma noche para su largo paseo, aunque más viejo y más sucio, con un pedazo de forro colgando por debajo del dobladillo. Los mundos se solapaban uno sobre otro, como una catedral en la cristalera de una cafetería, como la playa y el bautismo en la misma fotografía.

Y entonces los vio, a la sombra del puño de la chaqueta militar de la mujer: un cuervo, una luna, un martillo.

—Gracias.

El hombre miraba fijamente a la pared por encima del hombro de Nadine, sin querer cruzar la mirada con ella. Nadine entró en el compartimento. No iba a darse la vuelta. No iba a tratarlo como a una persona de verdad. Lo que hizo fue concentrarse en una gota larga color crema, en un punto en el que un pintor había empapado de más la brocha. ¿Eran los ecos de un mundo ya desaparecido? ¿Era el futuro? Le parecía inconcebible que su propia mente pudiera conjurar un universo tan rico en detalles.

—Le deseo suerte —dijo el hombre.

Las bisagras chirriaron y, con un beso dulce, una junta se unió a la otra. Se oyeron cuatro sonidos metálicos amortiguados al girarse los cierres en el descansillo. Luego nada, solo el sonido de su respiración en la cámara de acero.

Cerró los ojos y se imaginó inconsciente en el sillón de aquella pequeña habitación, con Martin junto a la ventana, esperando a que le devolvieran a Nadine. Fuera, los estibadores gritaban y unos atareados remolcadores se afanaban en el rompecabezas de los grandes cargueros. Plátanos, carbón y café. Bennie seguro que estaría ya despierto, con ganas de saber dónde estaba su

madre.

Nadine abrió los ojos. Vio una verja sucia que le llegaba a la cintura. Vio un par de botas negras de goma abandonadas. Vio una papelera con el letrero «SOLO MONOS CONTAMINADOS». ¿Cómo se suponía que le iba a ayudar un abrigo de lana? ¿Se habría engañado a sí misma? ¿Había visto lo que quería ver en el brillo de otra pieza de bisutería distinta?

La luz roja se encendió y empezó a girar. Entonces sonó la alarma, estúpidamente alta para un espacio tan pequeño. Se tapó las orejas. ¿Cinco, seis segundos? La alarma se detuvo y se apagó la luz. Se quitó las manos de las orejas y oyó el leve siseo de la compensación de las presiones de aire. La puerta grande se desbloqueó sola y dejó entrar una fina línea de luz gris y un olor dulce, chamuscado, que le erizó el vello de la nuca. Se puso el abrigo de lana para aprovechar el leve consuelo que le ofrecía y abrió la puerta con cuidado.

El Panda había ardido y tenía la chapa negra, llena de ampollas. Un óxido naranja se comía ya el metal desprotegido, los neumáticos habían desaparecido, el cristal, también. Ninguno de los edificios tenía ventanas. Muchos muros estaban derruidos. Los tejados eran pecios de maderas negras. Una niebla espesa y sucia ocultaba el extremo más alejado del parque, al otro lado de la carretera. Todos los parches de hierba estaban muertos. Bajó las escaleras. En un muro cercano, había dos siluetas que parecían las sombras de unos niños, si es que los niños podían dejar atrás sus sombras. El compartimento estanco hizo un ruido seco al cerrarse lentamente tras ella. Nadine se quedó escuchando. Era el tipo de silencio que solo había percibido los días tranquilos en las montañas.

Había un perro quemado junto al coche quemado.

Percibió movimiento por el rabillo del ojo. Se giró y vio a un vagabundo al fondo del callejón sin salida, con una niña de siete u ocho años agarrada de la mano. Tenían los rostros manchados. El hombre llevaba tres abrigos sucios y una palanca. La niña tenía una herida abierta en la mejilla.

—¡Eh! ¡Señora!

La mujer tenía razón. El aire era frío como el hielo. Se metió las manos en los bolsillos del abrigo de lana. Había algo duro y pesado en el bolsillo derecho. Sacó una pistola deslustrada, chata. En un lateral de la culata gruesa y cuadrada estaban estampadas las palabras «WEBLEY & SCOTTLTD, LONDON & BIRMINGHAM». El guardamonte era un aro rudimentario y el percutor parecía un abrelatas antiguo. Al apretar levemente el gatillo vio que la maquinaria estaba engrasada y lista.

—¿Estaba usted en ese búnker del demonio, ¿verdad?! —El hombre empezó a acercarse, cojeando y arrastrando a la niña tras él—. ¡Esto ha sido por su culpa! —Sacudió la palanca, señalando los muros derruidos, la hierba muerta—. ¡Por culpa de todos los que están ahí!

De repente, Nadine lo entendió todo. «Debe confiar en mí absolutamente». Nada había salido mal. La exorcista le había encontrado un camino de vuelta a casa.

—¿Me está escuchando usted, señora?

Nadine se metió el cañón del arma en la boca y mordió el metal con fuerza para que no se moviera.

KAMILA SHAMSIE



PREMONICIÓN

—No creo en fantasmas —dijo Khalid en su primer día como guarda de seguridad en el castillo de Kenilworth.

—Yo tampoco —respondió el jardinero, que había hecho una parada en la cocina del personal para tomarse un té—. Pero cuando pase algo curioso que no sepas explicar, tú solo acuérdate de que los fantasmas de aquí no son malos. Los chavales de la planta de arriba son traviosos; no paran de mover cosas. Y al del pasillo no le gusta que la gente ocupe su espacio, aunque solo se pone un poco escandaloso. O eso cuentan quienes pueden verlo de verdad. Pero nunca hay que lamentar daños.

—Pues yo de noche me mantendría lejos del lago —intervino la gerente mientras les pasaba un paquete de galletas integrales—. Por el asedio de 1266: cuerpos catapultados sobre los muros, gente muriendo de hambre, enfermedades... Si de verdad hay fantasmas de soldados en el lago, no estarán muy contentos.

—¿Qué hacen los fantasmas cuando no están contentos? —preguntó Khalid, intentando evitar que se percibiese en su tono voz algo de lo que estaba pensando. «Cuando has vivido guerras, no te hace falta inventar historias que te asusten. La memoria da más miedo que la imaginación».

—No lo sé. Yo, por las noches, me mantengo alejada del lago —respondió la gerente, y soltó una risotada que daba por bueno creer o no creer, siempre que te lo tomas con humor.

Más tarde ese mismo día, cuando todo el mundo se había ido, Khalid cogió la linterna y salió del cuerpo de guardia, donde se encontraban las oficinas del personal, para recorrer el jardín isabelino y subir las escaleras al torreón fortificado, donde estaban las mazmorras. «¿Fortificado para qué?», se preguntó, e iluminó el panel que describía el edificio, aunque no le aclaró el asunto. ¿Para fortalecer la defensa de los de fuera? ¿O de los de dentro?

Algunos días le seguía pareciendo un milagro que ese idioma, que en otros tiempos no había sido más que una serie de garabatos feos sobre una página leídos de izquierda a derecha, se hubiese convertido en un amigo, que le abría una puerta tras otra en este país tan lejos de su hogar. Pero en momentos así — cuando se encontraba con palabras que no conocía bien, y se sentía un incompetente por no poder desentrañarlas—, recordaba que ese idioma nunca sería para él lo que era para su hermana. Para ella se trataba de un gran amor, rico en acertijos, dobles sentidos y ambigüedades. Su hermana se había deleitado con él casi desde que empezaron a aprenderlo en la escuela que abrieron en los primeros días de la guerra, cuando «liberación» parecía una posible consecuencia de «ocupación». *¡Arroz al revés es zorra! ¡Un montón de peces es un banco! ¿Dónde has dejado el bombín? ¡En el cañín!* Algunos días, Khalid pensaba que la razón de que su hermana se hubiese enfadado tanto cuando él se había ido de casa para venir aquí eran los celos: celos de que él fuese a vivir inmerso en ese idioma y ella nunca pudiera hacerlo. Tras apagar la linterna, se dio la vuelta y se puso de cara al jardín. La luna estaba llena e iluminaba la fuente de mármol y las estatuas de los osos con bozal, que le parecían propias de su antigua vida. Aunque su antigua vida se había quedado muy atrás. Nada lo evidenciaba tanto como aquellas ruinas provocadas por el tiempo y no por las bombas.

Volvió a encender la linterna. Era un guarda de seguridad sin arma: su sola presencia bastaba para ahuyentar a cualquier intruso (jóvenes enamorados, adolescentes en busca de aventuras...). Allí, hasta los fantasmas eran benignos. Se rio en voz baja y dio unos golpecitos con los nudillos en el muro de piedra del torreón. «¿Algún fantasma por ahí?», preguntó, y resonó el eco. Ninguna respuesta, ni siquiera el viento entre las ramas.

Cerca de la medianoche, Khalid estaba sentado en un murete de piedra al otro lado del torreón, terminando la lectura atenta de su guía. La luna se había ido ya y, al apagar la linterna, las estructuras de alrededor dejaron de ser piedra para convertirse en una oscuridad concentrada. Un frío gélido le atravesó los huesos.

Por supuesto, ese frío lo provocaba lo tarde que era, y se le filtraba incluso a través de la gruesa chaqueta. Se puso en pie, agitó las manos y los pies para quitarse el hormigueo —nunca antes había estado sentado en un sitio tanto tiempo como para terminar con hormigueo en manos y pies— y se movió en la oscuridad, volviendo a encender la linterna justo a tiempo para ver una única palabra que se alzaba ante sus ojos: PREMONICIÓN. Dio una vuelta entera, con la linterna pasando rápidamente sobre piedra y hierba y piedra, y cuando se detuvo de nuevo sobre el panel, Khalid vio que en realidad ponía: «PARA MUNICIÓN», seguido de un denso texto explicativo.

«Idiota», se dijo Khalid, sonriendo. Deseó poder llamar a su hermana para contarle la confusión de su lectura, pero no le hablaba desde que se marchó —o, según decía ella, «desertó»— de su tierra natal. Y no había nadie más a quien pudiera revelar tranquilamente su miedo que tuviese el suficiente nivel del idioma como para apreciar lo gracioso del momento. En ese instante la echó de menos, muchísimo, pero al menos a esas alturas ya podía pensar en ella sin sentir dolor ni culpa; su hermana se beneficiaba, junto al resto de la familia, del dinero que él mandaba a casa, que aumentaría con ese nuevo trabajo (el tipo de cambio convertía su salario en una suma espléndida). Echó a andar con pasos seguros y ligeros para llevar a cabo una exploración.

Ahora que conocía la historia de las ruinas, Khalid las veía transformadas. Paseó lentamente por todas las estancias rotas en las que habían bailado reinas y se habían maquinado conspiraciones, se había ofendido a reyes y se habían rechazado propuestas de matrimonio que habrían cambiado la historia, y donde aquellos cuyas vidas se ignoraron habían preparado grandes banquetes. Qué bonito el cielo estrellado como sustituto de las vidrieras en las enormes ventanas del salón principal...

A lo largo de los siglos, los hombres que ostentaron la propiedad del castillo compartieron un mismo amor por la luz. Era algo que Khalid había entendido leyendo la guía: primero, una referencia a las ventanas del torreón fortificado, de un tamaño considerable para el siglo XII; luego, una mención a las ventanas de altura excepcional en el salón principal del siglo XIV; y a continuación, una descripción detallada de las luminosísimas ventanas del siglo XVI en los aposentos privados de Isabel I. Que entre la luz y que siga entrando.

En la cabeza de Khalid, una voz —no la suya, una voz de mujer— dijo: «¿Les gustaba la luz o es que había algo en la oscuridad que trataban de mantener a raya?».

Khalid tiritó (era por el frío, nada más, por supuesto) y emprendió el camino

de regreso al cuerpo de guardia, apretando el paso.

La alarma lo despertó a las once de la mañana siguiente, en el desván del *pub* donde trabajaba en el turno de tarde. Se incorporó en la cama, tratando de ignorar las protestas de su cuerpo por levantarse tan poco tiempo después de haberse acostado. Las protestas de su cabeza eran más insistentes. Qué clase de idiota se asusta con voces de fantasmas que sabe que no existen, y qué clase de idiota se sienta a leer fuera una noche de octubre en Inglaterra. Normal que se hubiese despertado con dolor de garganta.

Pese a hacer gárgaras con agua con sal y chupar pastillas de limón, la molestia no había remitido llegada la noche, motivo por el cual redujo al mínimo sus rondas por el perímetro. Permaneció la mayor parte del turno de noche en la espaciosa cocina del personal, en el cuerpo de guardia. Estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo una de esas novelas románticas que eran su placer inconfesable, cuando olió algo que no supo identificar del todo, algo que le resultaba familiar aunque levemente alterado, como una flor que empezara a pudrirse. Alzó la vista hacia la ventana que tenía enfrente (no encajaba bien en el marco, así que era el origen más probable de un olor nuevo en la estancia), pero el olor le llegaba desde atrás. Era agradable y desagradable al mismo tiempo. Cerró los ojos y se puso las manos sobre las orejas para intentar aislarlo, y entonces fue cuando lo notó moverse. Ni flotar ni vagar: moverse. El olor iba hacia él, acoplado a algo —a alguien— que para entonces se encontraba ya a su espalda. Khalid notó esa debilidad en las extremidades que conocía bien, que significaba «bomba» o «alguien está echando abajo la puerta» o «por qué mi tío está tumbado en el huerto, lejos de la sombra de un árbol». Pero aquello era Inglaterra. Estaba en Inglaterra. La puerta de la cocina se habría abierto sin él oírla y habría entrado alguien, y ese alguien estaba tras él, educadamente, esperando a que Khalid se percatase de su presencia. Sin embargo, a la puerta de la cocina le chirriaban las bisagras. La habría oído. Y la presencia tras él era muy cercana. En Inglaterra nadie se acercaba tanto.

«Date la vuelta», se dijo, y una voz en su cabeza —no la suya, una voz de mujer— repitió: «Date la vuelta».

No lo hizo. Ocurriera lo que ocurriese, no debía darse la vuelta. Lo sabía del mismo modo en que uno sabe cuándo no acercarse a un perro con el que siempre se ha llevado bien. Algo había cambiado. Volvió a venirle la misma palabra: «alterado». Agarró el libro por el canto. No iba a darse la vuelta.

En la estancia no se oía nada más que el tictac del reloj sobre la repisa de la

chimenea. Iba demasiado lento, tanto que entre segundo y segundo cabían dos latidos del corazón de Khalid. *Tic pom-pom pom-pom tac. Tic pom-pom pom-pom pom-tac.* Levantó el libro y se lo lanzó al reloj, que cayó contra las losas. Ya solo perturbaban el silencio su corazón y su respiración. El aroma que le venía desde atrás le resultaba tan familiar... Trató de encontrar el camino en su memoria que lo llevase a él... Pero esa alteración era una máscara, imposible de quitar.

—Seas lo que seas, lo que quiera que puedas ser, me he enfrentado a cosas peores —dijo Khalid en voz alta.

Y al hacerlo se sintió valiente. No, algo más útil: furioso. Apretó las palmas de las manos contra la mesa de madera, notó que le penetraba la fuerza de un roble y, en un movimiento rápido y seguro, se levantó y se dio la vuelta.

La habitación dio la vuelta con él. Seguía de cara a la mesa de roble y a la ventana desencajada. El aroma continuaba tras él. La cosa, que lo observaba, seguía a su espalda.

Se sentó. Esperó. También eso sabía hacerlo bien. Esperar en medio del terror. Esperar en medio de tu propia impotencia ante el terror. Esperar y confiar en que el terror se contente con aterrorizarte. Algunos días, los días buenos, era todo cuanto necesitaba.

Mucho después —¿una hora?, ¿dos?, ¿tres?—, seguía sentado a la mesa, tenso, con aquella cosa tan cerca que no se atrevía a recostarse en la silla por miedo a rozarse con ella. Y entonces, de golpe, volvió a quedarse solo. La presencia, sencillamente, se alzó y desapareció. Khalid olisqueó el aire. Ni rastro quedaba de lo que fuera que hubiese estado ahí un instante antes. Inhaló hondo por la nariz. Nunca había olido nada más dulce que el café rancio de su taza medio llena y el lavavajillas líquido de la botella abierta en el fregadero. Los músculos se le destensaron y el cuerpo se permitió a sí mismo sentir el agotamiento. Al poco, Khalid se quedó dormido sobre la mesa de la cocina.

Cuando se despertó, no sabía qué recuerdos de la noche anterior habían sido sueños y cuáles los había provocado la enfermedad que estaba incubando. Esa mañana le molestaba más la garganta; sentía una estrella luminosa de dolor detrás de la nuez. Se puso en pie, barrió los fragmentos rotos del reloj y esperó a la gerente (a quien le gustaba llegar mucho antes que el resto del personal) para disculparse por lo del reloj y preguntarle dónde podía comprar otro.

—No hace falta —le dijo la gerente cuando Khalid le explicó sin explicarle

—. Era un trasto viejo y barato y, de todas maneras, tengo uno de sobra en casa al que solo le hacen falta pilas. ¿Lo tiraste tú o fue uno de los fantasmas? — Sonrió al decirlo, aunque algo en la expresión de Khalid la llevó a acercarse a él y ponerle la mano en el brazo—. Las noches aquí pueden ser raras. Que sepas que en el cuerpo de guardia es donde está la mayoría de los fantasmas, no en el castillo.

Le explicó que eso se debía a lo poco que quedaba de las puertas y del mobiliario original en el castillo en sí. Los fantasmas se vinculaban a ese tipo de cosas. En el cuerpo de guardia había piezas procedentes de toda la propiedad, aparte de sus propios elementos originales. La chimenea de Leicester, la escalera isabelina, mobiliario... La gerente le hizo un recorrido, señalándole los lugares en los que el personal y los visitantes se habían encontrado fantasmas: el aroma a tabaco tan frecuente en esta estancia, la percepción de sentirse observado en aquel rellano, las escaleras que crujían bajo los pasos de algo invisible... Y aquella puerta de madera vieja —nadie sabía de dónde procedía—, tras la que un grupo de visitantes una vez había oído voces hablar en francés.

—¿Y no podía haber gente que hablase francés al otro lado?

—La puerta siempre está cerrada con llave. Y yo tengo la única llave que hay, pero no se ha usado desde que empecé a trabajar aquí, hace catorce años. Me asomé una vez para comprobar que no había nada digno de ver: solo un espacio de almacén, lleno de polvo.

Khalid sabía que la gerente estaba tratando de tranquilizarlo, y seguramente cualquier otro día habría entendido que no era nada inusual dejarse llevar por la imaginación en aquel lugar —o toparse con «lo inexplicable pero inofensivo»—, pero le dolía muchísimo la garganta, el agotamiento le había llegado hasta los huesos y la sensación de alteración lo seguía acompañando. Lo que quería, lo que necesitaba era familiaridad. *Famileidad*. Su hermana se había inventado ese término.

Se excusó ante la gerente y subió las escaleras hasta la estancia revestida en madera de roble que estaba bañada por las primeras luces de la mañana, donde había más cobertura de móvil.

No era la hora a la que solía llamar a casa, y quizá no hubiese nadie: su padre y sus primos estarían en los huertos; su madre y su tía, cocinando fuera; su hermana, trabajando en su antiguo colegio. Pero el padre cogió el teléfono al segundo tono.

—¿Hijo? —dijo el padre, en respuesta al respetuoso saludo de Khalid—.

¿Eres tú? ¿Te has enterado ya?

—¿De qué?

Su hermana estaba muerta. Había estallado una bomba en el edificio del colegio. Quizá pegada al cuerpo de alguien, quizá no, ¿importaba eso? Las ventanas habían reventado y un trozo de cristal, como una lanza, había atravesado a la hermana. La llevaron al hospital, pero había perdido demasiada sangre. Había ocurrido el día antes. Iban a contárselo a Khalid cuando hiciese su llamada semanal a casa, al día siguiente.

—¿Estaba consciente en el hospital?

—Al principio, sí.

—Deberíais haberme llamado. Podríamos haber hablado.

—El cristal le atravesó el cuello, le dañó la zona que nos permite hablar.

—La laringe —dijo Khalid en el idioma extranjero, mientras se palpaba la garganta con tres dedos.

Unos minutos después, estaba de vuelta en la planta de abajo, buscando a la gerente para decirle que lo sentía, pero que iba a tener que buscarse a otra persona para esa noche porque él debía irse. Adónde, no lo sabía. ¿Al aeropuerto, con los documentos que ya tenía y que le permitían regresar aquí legalmente? ¿A la ciudad donde vivían unos primos que llorarían la pérdida con él? Irse... irse lejos de allí. Eso era todo. Lejos de otra noche en aquel sitio y de su silencio, tan pleno que te hacía oír voces en tu cabeza.

La gerente no estaba en la habitación con la chimenea de Leicester en la que la había dejado, ni tampoco en la cocina del personal. Pero cuando Khalid volvía hacia las escaleras, vio que la vieja puerta de madera estaba entreabierta. La gerente debía de haber decidido echar otro vistazo al almacén lleno de polvo. Abrió la puerta de un empujón y entró. Algo suave, empalagoso, le acarició la cabeza, el lado de la cara. Khalid dio un salto de vuelta al pasillo. Telarañas, telarañas nada más. Volvió a entrar, las apartó, dijo en alto el nombre de la gerente. No, no estaba allí. Pero qué frío hacía. Se adentró más, para demostrarse a sí mismo que no tenía miedo. Era un frío de lo más común y corriente en una estancia con muros de piedra sin ventanas.

La puerta se cerró de golpe tras él. No quedaba ni un espacio entre la puerta y el marco que dejase entrar siquiera un haz de luz. Aquel olor, antes fuera del alcance de su memoria, floreció en la oscuridad. Ya sabía qué era. Era tinta y limón y axilas almizcleñas: el aroma de su hermana. Y la máscara que lo cubría

era sangre, metálica y cortante.

El olor le entró por la nariz y por la boca, por los poros de la piel. Era casi un sabor, casi una textura. La piel de Khalid se le pegó a los huesos, la lengua se le dobló sobre sí misma. «Date la vuelta», lo retó ella. Pero si lo hacía, la estancia daría la vuelta con él, con la puerta siempre a su espalda. Khalid nunca había caído en las bromas de su hermana dos veces, ni siquiera cuando eran bromas buenas, antes de que ella lo culpase por haberse marchado, antes de que él dijera: «El trabajo de un hombre es mantener a su familia». Y ella respondiese: «No, el trabajo de un hombre es proteger a su familia. Solo te vas porque es más seguro y porque puedes hacerlo».

Khalid bajó la vista al móvil que llevaba en la mano. Por supuesto, no había cobertura. Pero al otro lado de la puerta, la gerente lo estaba llamando a voces. Lo único que tenía que hacer era gritar como respuesta y la gerente buscaría la llave de la puerta, para dejar entrar la luz y la vida.

«No puedes retenerme, no eres mi carcelera, ni viva ni muerta», le dijo mentalmente a su hermana. «Lo siento».

La gerente se había acercado más a la puerta y volvió a llamarlo. El dolor rasgó la garganta de Khalid cuando gritó para responderle. No salió sonido alguno.

Una voz en su cabeza —no la suya, sino una modulada igual— dijo: «La puerta de esta estancia, ¿sabes de dónde procede?». Una risita, y luego pura maldad y triunfo: «Al fin y al cabo, nunca he sabido resistirme a un juego de palabras, ¿eh?».

Es del torreón fortificado. El de las mazmorras.

STUART EVERS



NUNCA MÁS SALIÓ[6]

De pequeña estaba siempre imaginándose castillos: castillos lejanos, fantásticos, de piedra fría, construcciones imposibles. Torretas y cresterías, torreones fortificados de mil metros de altura y fosos sin fondo, con estandartes de dinastías imaginarias ondeando al viento y el cielo siempre al borde de la tormenta. En oscuras estancias los tacones de sus botas pisaban losas pulidas, sus manos recorrían leyendas en tapices que cubrían paredes enteras, sus espadas mataban ogros, gigantes y dragones. En grandes salones comía muslos de pollo y tiraba los huesos a perros granujas y ratas de cola rosa; en sótanos y mazmorras rescataba a reyes y reinas, ayudada por caballeros con cotas de malla y doncellas con sayos blancos. Sentía el frío gélido incluso en su casa del caluroso Nuevo México; la oscuridad, incluso con aquella permanente luz cegadora.

Con veinte años ya cumplidos, era toda una mujer, y sin embargo nunca había visto un castillo de cerca. El productor le había dado el sí definitivo a la localización. Quería que se sintiese cómoda, que el castillo fuese para ella su Elsinor particular. Le había dado dos opciones: una en Serbia y otra en Inglaterra. Le enseñó unas fotografías, repartidas por la mesita de su despacho. Le señaló directamente el castillo serbio, repitiendo el nombre varias veces. Ella miró las fotografías con toda diligencia. Se imaginó en el castillo inglés: se vio allí de niña, correteando por las cresterías, abriendo las puertas, matando al diablo que habitaba dentro. El productor le preguntó si estaba preparada para aquello. Pero preparada en serio. De verdad. Le recordó que era su última

oportunidad. Que él solo podría interceder hasta un punto. Que estaba ahí para ayudarla, que todos lo estaban, si lo necesitaba en algún momento.

Un mes antes de que comenzara el rodaje de *Ofelia*, ella le pidió ayuda. Quería llegar con una semana de antelación. Para hacerse con el sitio. Para sentir el aura. Para meterse de lleno.

—Mi locura será metódica —le dijo, y esperó una risa que no llegó.

El productor ni siquiera sonrió: parecía alarmado de verdad.

—Pero si estás muy bien aquí... ¿Por qué no te quedas?

—Estaré igual de bien allí. No te preocupes.

Pese a no parecer nada convencido, la muchacha estaba haciendo bien las cosas, así que se merecía una recompensa. Después de algunas llamadas, el productor le reservó una casa en los terrenos del castillo. Insistió en que se llevara a su ayudante. Ella aceptó. Su ayudante era una persona fácil de sobornar, y acostumbrada a ello.

—Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos llegar a ser —dijo Maya mientras le daba a su ayudante el dinero y los detalles del hotel de Londres—. En el castillo sabré lo que puedo llegar a ser, aunque no si estás tú conmigo. Gracias por entenderlo.

La joven asintió y se metió en el taxi. Maya observó el vehículo alejarse. Ya se notaba cambiada. Desde la parte de atrás del coche, mantuvo la mirada fija en las ventanillas, en busca de castillos, esos castillos que había creído que poblaban Inglaterra como ocurría en Nuevo México con los locales de comida rápida y los centros comerciales. Los vio también, tal y como los había imaginado, en lo alto de colinas, contemplando el mundo a sus pies.

Había empezado a anochecer cuando llegaron. El castillo lucía iluminado en tonos verdes y rosas, como encendido para ella: su almenara particular. Dos hombres uniformados abrieron las enormes puertas de acceso. El coche avanzó por un camino serpenteante, sorteando la Gran Torre dentro del perímetro amurallado. El chófer no decía nada, pero ella no podía parar de hablar. «¡Mire eso! ¡Fíjese!».

Desde la ventana de la cocina de la casa, Maya veía el castillo. Estuvo contemplándolo un rato: su temeridad, su mera autenticidad. Le lanzó un beso. Investigó la cesta de bienvenida y encontró una botella de vino. La sacó, cogió una copa y salió de la casa; cruzó el sendero y se apoyó en la muralla exterior, mirando a Dover. El mar estaba en calma, había unas barcas en la distancia. Volvió la mirada al castillo, a su vanagloria y su pompa cuadrangular. Vio la

bandera de Gran Bretaña sobre las cresterías e impuso su propio escudo de armas sobre las costuras desplegadas. Se bebió el vino mientras cantaba canciones de Ofelia a las murallas del castillo y a su recién hallado Elsinor, cantó hasta que se agotó el vino y el viento le hizo notar el frío suficiente como para irse a dormir.

Al día siguiente, con un pañuelo en la cabeza y unas gafas oscuras, recorrió la Gran Torre y los túneles, y siguió los pasos de un aviador herido en la Segunda Guerra Mundial por el hospital subterráneo. Escuchó las leyendas y la historia, y vio los planos, las escenas y los instantes que iban a filmarse, y que la capturarían a ella en un momento exacto en el tiempo. Sería Ofelia para siempre, captada para siempre habitándola, llevándola vigorosamente a la vida. Ella era eso. Ella era ella. Sintió que se deslizaba en Ofelia, en el papel, en la sensación ya familiar de descomponerse en algo distinto.

Su ayudante la llamó después de la siesta: un intercambio rápido, formal, para confirmar que Maya seguía existiendo. Maya colgó el teléfono y vio una furgoneta parada ante la puerta de la casa: su compra para la semana. Se puso las gafas oscuras y dejó que el conductor descargase el vino y el resto de cosas. En apariencia, no la reconoció.

—Esta noche tengo invitados —dijo Maya.

El hombre sonrió y llevó las cajas vacías de vuelta a la furgoneta.

Maya se despertó después de las diez. Abrió el grifo de la ducha, pero lo volvió a cerrar sin meterse bajo el agua. Ofelia no se ducharía. Ofelia olería a ella misma, no a coco ni a manteca de karité. Del baño regresó a la habitación principal. Sacó el traje del armario. Ella misma había ayudado en el diseño: un vestido suelto blanco, con brocados en el cuello, flores brillantes en azul y rojo arremolinadas por el pecho y el dobladillo de encaje. Tomó las margaritas que había cogido ese mismo día y se las dispuso a modo de corona en torno a un moño retorcido.

«Sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos llegar a ser», dijo mirándose en el espejo.

Sacó una botella de la nevera y salió por la puerta de atrás.

Durante más de una hora, le dio vueltas a la Gran Torre, evitando cafeterías y quioscos de helados, esos modernos puestos de avanzada situados en el perímetro del terreno amurallado. Fue repasando sus frases. Se le habían alojado dentro, esas frases y escenas, de una manera que llevaba mucho tiempo sin experimentar. No necesitaba que le dieran ningún pie, su voz resonaba en el aire:

su voz teatral, con un acento británico ya natural, le salía desde lo más hondo del abdomen. Su saliva salpicaba el aire fresco, sacudía los brazos y las manos salvajemente, incluso con la botella agarrada. Estaba en la entrada del castillo, bajo los escudos de armas, mirando la Gran Torre, y en mitad de una tempestad de palabras encontró a Ofelia.

—Me agarró por la muñeca y me apretó con fuerza —gritó.^[7]

Y otra vez.

—Me agarró por la muñeca y me apretó con fuerza.

Mejor. Más rencor, menos desconcierto.

Y otra vez.

—Me agarró por la muñeca.

Halló ira en las palabras, una furia abrasadora. Bailó en plena noche, enloquecida interpretando aquel papel, hasta que acabó tirando la botella vacía al suelo. El cristal se rompió en pedazos con estrépito y Maya se deleitó escupiendo en ellos.

—Repelí sus cartas y no le permití llegar a mí —gritó, y dejó atrás a Maya definitivamente, la dejó borracha y sola en la casa vacía.

Estaba de rodillas, cerca, muy cerca del cristal. Jadeaba, exhausta por el esfuerzo, y vio entonces unas botas que se le acercaban, unas botas que no sonaban sobre la gravilla. Oyó una voz de hombre, un acento estadounidense, un brillo en sus palabras. Del sur, quizá, con un toque de confederado.

—¿Va todo bien, señora?

Estaba ahí de pie, preocupado, meciéndose en unas botas lustradas. Un uniforme de aviador, el pelo impecable, engrasado, la cara de galán de cine, de esas que los hombres ya no tienen. La muchacha tuvo que apoyarse para levantarse y se sacudió las manos.

De haber sido Maya, habría entrado en cólera. Lo habría amenazado. «Me dijeron que aquí no había nadie», le habría espetado. «Firmaron un documento. Firmaron un contrato de confidencialidad. Van a rodar cabezas. ¡Y tanto que van a rodar!».

Eso habría dicho, pero las palabras, la mera idea de las palabras, no surgieron. El hombre se le aproximó. Instintivamente, ella se retiró, aunque no pareció que se apartase ni un milímetro.

—No se asuste, señora. Soy de las Fuerza Aéreas estadounidenses. Estamos aquí por su seguridad.

—No estoy asustada, señor. No hay nada en usted que me cause miedo.

Sorpresa, quizá, pero nada más. Le falta altura.

El hombre se echó a reír, con un sonido casi transparente, como si careciese de eco, igual que el graznido de un pato.

Ella se miró el vestido. Estaba manchado, tenía las rodillas picadas por la gravilla, los dedos sucios. Enderezó la espalda y se puso las manos en las caderas.

—¿Es que no se va a presentar, caballero?

—Disculpe, señora. Edward es como me llaman.

Ella ladeó la cabeza, lo miró de reojo.

—¿Edward es como lo llaman? ¿No es su nombre entonces?

—Así es como me llaman. ¿Y a usted, señora? ¿Cómo debo dirigirme a usted?

—Puede llamarme Ofelia.

El hombre entrecerró los ojos. También ladeó la cabeza.

—¿Y no es ese su nombre, señora?

Se acercó a ella unos pasos más. Olía a madera de sándalo y a escaramujo. Le tendió la mano. Ella la miró y se la estrechó. Él le besó la suya. El contacto fue leve pero real, evidente en la piel de ella, una ligera calidez de los labios de él.

—Parece usted estadounidense, por el acento. ¿Lo es, Ofelia?

—No. O de lo contrario, no soy consciente de ello.

Durante un momento pareció abatido, desolado, y luego volvió a mirarla.

—Creí haber detectado un rastro, aunque a lo mejor me equivoco. Echo de menos escuchar a mujeres estadounidenses.

El hombre le ofreció el brazo.

—Las vistas desde el castillo son preciosas en las noches despejadas. Se ve Francia, con el brillo de las luces en el continente. ¿Le gustaría ver las luces, Ofelia?

—Ver luces en la distancia es muy melancólico. Como una fiesta a la que no te han invitado.

El hombre se echó a reír.

—¿Es eso un sí?

Ofelia se detuvo, pero al instante deslizó la mano por el brazo de él. Caminaron hacia el castillo. Vieron Francia, sus puntos de luces y el resplandor. La muchacha apoyó la cabeza en el hombro de él y lo escuchó hablar sobre

cuánto había deseado tener compañía, compañía de verdad, mientras la noche se agotaba y el sol blanqueaba la cresta de la colina rocosa.

Se despertó en mitad de la oscuridad, con el día acabado por completo y el traje de Ofelia todavía puesto. No había pasado nada fuera de lo común y no se censuró demasiado por ello. Preparó café y se comió una rodaja de mango. Tenía el teléfono metido en un armario; inmersión total, nada de distracciones. Leyó el guion de principio a fin: las palabras, familiares como la letra de una canción. Se comió otro trozo de mango, sacó una botella de vino de la nevera y salió a ver si encontraba de nuevo a Edward.

Estaba sentado en la muralla, con las largas piernas colgando. Ella no se enamoraba de los hombres. Los hombres se enamoraban de ella. Sin embargo, Ofelia era distinta. Tenía otra edad. Era de otra época. Ofelia se sentía segura con él; veía refugio y seguridad entre sus brazos. Ella no lo cuestionaba. No había nada que cuestionar. Edward le tendió la mano.

—Mi señora —le dijo en tono de dulce mofa—, ¿dedicaría un rato a pasear conmigo?

Saltó de la muralla. Ella se rio al verlo tropezar.

—Sería todo un honor, señor.

—Muy bien. Paseemos pues hasta el castillo y reunámonos con los ancianos que allí están.

—¿Es que hay más gente?

—Nadie que la iguale a usted en encantos, pero más de la que se imaginaría.

Cogidos del brazo, avanzaron por la cuesta, rodearon la Gran Torre por detrás y entraron en ella por una puertecita. Dentro hacía un frío gélido, como en los castillos que se imaginaba de pequeña, aunque había ruido y parpadeaban luces de antorchas. Se oían música, risas y arrastrar de pies. El hombre la condujo con impaciencia por las distintas estancias hasta el origen de esos ruidos. El calor aumentaba a cada pasillo que cruzaban. Delante del salón principal, cinco hombres jugaban a las cartas y bebían whisky, fumando cigarrillos sin filtro, vestidos como Edward. Los hombres no les hicieron ningún caso cuando pasaron junto a ellos.

En el salón principal el ambiente era sofocante, lleno de humo, repleto de hombres y mujeres: era todo un banquete. Bajo las mesas correteaban niños, había mujeres dando placer a hombres, estalló una pelea que luego remitió. En la luz parpadeante brillaban tonos de rojo, azul y oro, la comida amontonada sobre

las mesas desaparecía en las bocas o se desechaba sobre la paja del suelo. El vestuario era incoherente: un aviador bailaba con una muchacha con toca; dos hombres de Wellington competían con un fraile medieval a ver quién bebía más; un rey hablaba sabiamente con un hombre gordo ataviado con bermudas y una camiseta en la que se leía «Soy viejo, pero he visto a todos los grupos buenos». Edward la condujo hasta una mesa y llamó a un joven, que les llevó unos cálices y una jarra de vino.

—El mejor vino que probará usted nunca —le dijo el hombre.

Ella le dio un sorbo al cáliz y fue como beber por primera vez. Un escalofrío de sabor, a ciruela damascena y ciruela común, luego un toque de licor, de canela y especias, después tabaco y chocolate. Los hombres le lanzaban besos, pero ella se mantenía renuente. Edward soltó su risa sin eco y le fue hablando de los que conocía, historias espantosas y trágicas. Sirvió más vino y se inclinó para acercarse a ella. Olía diferente esa noche, como a algo ahumado, a diésel.

—Bueno, cuénteme, ¿cómo ha llegado aquí, señora?

—Siguiéndolo a usted.

Edward hizo un movimiento asertivo con el índice.

—Buena respuesta. Venga. ¡Vamos a bailar!

Algunos aviadores estaban tocando la trompeta, mientras la multitud reunida bailaba al ritmo de un jazz monótono. Edward se le acercó y ella cayó en esos brazos de un modo que nunca antes se había planteado. Su camisa estaba más sucia que la noche anterior. Se le veían manchas en la piel. Bailaron y bebieron hasta que, exhaustos, volvieron a sentarse a la mesa. Edward le puso una mano sobre la suya y la miró a los ojos; sus ojos, un líquido en el que sumergirse. Se besaron. Y el mundo se derrumbó. Fue un beso que le pareció el primero de todos, como el vino. Al deshacerse el abrazo, sintió que la sacaban del fondo del mar justo antes de ahogarse.

Edward sirvió entonces más vino. Parecía estar a punto de decirle algo, pero se distrajo. La muchacha miró donde habían virado los ojos de él. Una mujer con un vestido rojo y largo atravesaba el salón. Ofelia la observó coger un cáliz, vaciarlo y abrirse paso hasta el fondo de la estancia. Cuando la mujer llegó a la escalera, se dio la vuelta y atravesó a Edward con una mirada pálida. A continuación, desapareció en la oscuridad.

—Por favor... ¿Quién era esa dama? Con esa cara podría hacer llorar a todo un tirano.

El aviador bajó la vista y miró el cáliz, lo agarró por el tallo y negó con la

cabeza.

—Una historia triste, la suya. Estaba enamorada de un hombre privilegiado, con buena posición, pero ella no era de alta alcurnia. Se veían en secreto, vivían como hombre y mujer en tanto que podían. A él lo mandaron a la guerra, una guerra de la que no regresó. Para unirse a él, ella se arrojó por las murallas del castillo. Y ahora está condenada a recorrer la Gran Torre todas las noches, esperando algo que la libere. Lo cruel es que no sabe qué puede ser. Todos nosotros... —y extendió el brazo para abarcar la estancia entera— nos podemos ir cuando queramos. Pero ella no. O eso cuentan. Está ligada a este lugar. Atrapada. Figúrese...

Edward bajó la mirada hacia la copa y se la acabó. Volvió a poner la mano sobre la de ella. La expresión del rostro le cambió de tristeza a levedad.

—Bueno, Ofelia, ¿qué le parece nuestra casita de libertinaje?

Ella sirvió más vino.

—Me gusta bastante, señor. Más que bastante, a decir verdad.

Soñó que estaba golpeando las puertas del castillo, exigiendo entrar, gritando para que la dejaran pasar. Se despertó con ese mismo ruido. En la entrada de la casa se encontró a su ayudante, un tanto alarmada.

—¿Qué es tan urgente? —preguntó Maya, mientras su ayudante pasaba apartándola de un empujón y se ponía a revisar todas las habitaciones.

La ayudante se detuvo en la cocina. Maya la siguió. Había hormigas en los restos del mango. Botellas por el suelo, café derramado en la mesa.

—Llevo dos días intentando ponerme en contacto contigo.

—Pues aquí he estado. Preparándome. Metiéndome en el papel.

La ayudante le pasó un teléfono. Se veía un vídeo de Maya reventando una botella de vino, gritando al viento, hablando animadamente consigo misma, tratando de abrirse paso a la fuerza hasta el castillo, cayendo redonda junto a la puerta y luego levantándose con trabajo.

—Tienes suerte de que no lo hayan colgado en ninguna parte —le dijo la ayudante.

Maya se observó ahí en mitad de la noche, con el pelo indómito y salvaje; el vestido, casi negro en algunos sitios.

—Te lo he dicho. Todo esto es la preparación. Y lo has echado a perder. Lo has echado a perder. Todo.

Maya tiró los desperdicios de la mesa al suelo. La ayudante negó con la

cabeza.

—Necesitas ayuda, Maya.

—No necesito nada de eso. Lo que necesito es que te largues y necesito prepararme.

La ayudante cogió el teléfono.

—Voy a tener que llamar al productor. Lo sabes. Y sabes qué significa eso, ¿verdad?

—Haz lo que tengas que hacer, lo que te dicten tu corazón y tu conciencia. Pero ahora lárgate. ¡Fuera! ¡Fuera!

La ayudante se marchó. Maya volvió a la cama. Estuvo durmiendo hasta que cayó la oscuridad.

Ofelia cogió una botella de vino y abrió la puerta.

—Oh, Dios mío. ¡Edward!

Él estaba de pie junto a la muralla, con la guerrera en llamas, la cara ennegrecida de hollín y ceniza, el pelo humeante. Se llevó una mano a la cara.

—¿Ve usted las llamas? —le preguntó Edward.

Ofelia corrió hacia él y echó el vino sobre el fuego, sin lograr apagarlo. Edward negó con la cabeza. Una única lágrima le abrió un surco en la mejilla.

—Confiaba en que esta vez no ocurriese —continuó—. En que nuestro amor le empañase la vista, mi señora. Pero no. —Edward se acercó a ella y le puso la mano en el hombro—. Nuestro mundo es cruel, Ofelia. Los pocos que pueden vernos, nos ven tal y como a nosotros nos gustaría: con toda nuestra pompa y grandeza. Tal y como nos vemos unos a otros. Pero eso no dura mucho tiempo. El velo siempre se levanta y entonces nos ven como somos. Como éramos en el momento de morir. Por eso no buscamos ninguna comunión con los vivos. La decepción es demasiado furibunda. —Se pasó la mano por la mejilla. Se le desprendió algo de piel, que cayó al suelo. Acercándose a ella, añadió—: No tenemos mucho tiempo, así que vamos. Los muchachos han prometido hacer algo especial esta noche. Unos números nuevos que han estado preparando. Seguro que son magníficos, o espantosos, no sé. Pero eso sí, ¡serán dignos de ver!

Se echó a reír, aunque la risa le salió solo por un lado de la boca. Sonó a risa afligida.

Edward plegó el brazo. Ofelia metió la mano por entre las llamas. Eran cálidas, como el aliento de un niño, pero no quemaban ni prendían. Caminaron y

hablaron como si nada hubiese cambiado.

En la antecámara del salón principal, los compañeros aviadores iban perdiendo extremidades. Estaban todos chamuscados. A uno, Ofelia le vio la mandíbula bajo la piel abrasada. En su mesa de siempre, al joven que repartía los cálices y el vino le faltaba la mayor parte del cráneo. Los hombres de Wellington tenían las tripas abiertas, la muchacha de la toca estaba acribillada por la viruela. No parecían notar nada. El alboroto y el baile eran tan estruendosos y animados como siempre. La mujer de rojo volvió a pasar junto a la mesa; magullada y rasguñada, con los huesos rotos y deformados bajo la piel. Ofelia la observó. De repente, la mujer se dio la vuelta y le siseó a Ofelia, que vio su cara igual de roja que el vestido y los dientes destrozados como roca vieja.

Edward estaba ya envuelto por completo en llamas, con la piel llena de ampollas y cuarteada. Le tendió la mano desde el otro lado de la mesa y Ofelia se la cogió; le cogió la mano y no sintió miedo. Ningún miedo en absoluto. Hasta que sí lo sintió.

Ofelia empezó a llorar. A llorar entre suspiros y con un nudo en el estómago. Por haberlo perdido. Por haber tenido esa oportunidad y que se le escapara así, de manera tan irrevocable y terrible. No podía mirarle a la cara. No podía mirar a quienes tenía a su alrededor, sus formas cadavéricas, su dolor y sufrimiento. Lloró y sintió la mano de él sobre la suya.

—Ofelia. Nos hemos querido, ¿no es así?

—Ay, sí, Edward. Nos hemos querido. Nos hemos querido, señor. Y ahora estoy rota. Me moriré sin usted. Lo sé, en el fondo de mi corazón. Sin usted me moriré.

—¿No le tiene miedo a la muerte, Ofelia? ¿Ningún miedo?

—He estado más cerca de la muerte que nadie. La muerte me ha acompañado en silencio toda la vida. No se puede temer a un pariente tan cercano y permanente.

Edward se bebió el vino. Se acercó a ella.

—Voy a decirle lo que veo yo. Veo a tres hombres vestidos con túnicas, comiendo muslos de pollo. A un soldado besando a una moza de servicio. A un niño acariciando un gato. Dígame, ¿qué ve usted, Ofelia?

La muchacha miró el salón principal. Vio tres cadáveres carcomiéndose hasta los huesos. A un hombre con una herida en el pecho, sangrando sobre una mujer con las venas de las muñecas cortadas, a un niño con el cordón umbilical enrollado al cuello y una rata en la mano. Sonrió.

—Ay, Edward. La veo.

—¿El qué?

—Veo una posibilidad —dijo, aliviada de repente—. Veo claro lo que hay que hacer.

—Ay, Ofelia —respondió él arrugando la cara—. Mi amor, no. Se lo prohíbo, mi señora. Se lo prohíbo tajantemente.

Ofelia sonrió y se bebió lo que quedaba en la copa. Lo besó con pasión en la boca, con los ojos cerrados, recordando el primer beso, y corrió hacia las escaleras. Edward la siguió, cojeando con las piernas rotas, arrastrándose lentamente tras ella.

Desde lo más alto de las cresterías, Ofelia veía Francia. Decidió tomar esa dirección.

—Que entre la doncella, que doncella nunca más salió —dijo.

¡Oh, la ligereza de esa ráfaga! ¡El disfrute de la caída! ¡La dulce oleada del amor entre la brisa!

Se despertó en la oscuridad. Veía una luz distante y melancólica. Se movió y miró a su alrededor. Estaba en unos aposentos, unos que ya había visto antes, en la Gran Torre. Paredes de piedra irregular y tapices, un fuego muriendo en la chimenea. Oyó movimiento fuera y entonces vio allí a Edward, igual que al principio: acicalado y pulcro, un galán de cine con su uniforme de aviador, el pelo engrasado y perfectamente peinado, la piel suave y blanca. Edward se sentó en la cama y le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Gracias —le dijo—. Gracias por este regalo. Este milagro. Esta salvación.

Ella trató de besarlo, de incorporarse. Él le colocó la mano en el pecho.

—Tiene que descansar. No se mueva de ahí.

Edward se puso en pie y volvió hacia la puerta, mientras entraba por ella una mujer vestida de blanco, que rodeó con el brazo al soldado por la cintura.

—Gracias —dijo la mujer en dirección a la cama—. Cuántos años he estado esperando... Cuántos años esperando este momento...

Edward le puso el brazo a la mujer en los hombros. Sonrió. Desde la cama, la muchacha se apoyó para levantarse.

—¿Edward? ¿Edward? —lo llamó.

—Chiss. Es tarde —respondió él.

—Sí, es tarde —añadió la mujer—. Es tarde y es hora de emprender el camino.

Agarrados de las manos, sonrieron hacia la cama y volvieron a darle las gracias. Y entonces se marcharon. La dejaron sola y dolorida. Sola, dolorida y con un vestido rojo y largo.

KATE CLANCHY



EL MURO

«La terapeuta de la familia ha recomendado un descanso», escribo en el riguroso Formulario de Absentismo en horas lectivas del colegio.

No escribo: «Desde el incendio, soy incapaz de hacer frente al hogar familiar y hasta mi hija está desesperada por salir de ahí». No hace falta. En el colegio ya saben lo del incendio. Los bomberos fueron al colegio el día que la cocina ardió, en busca de Alison y su llave. Y después se presentaron allí más funcionarios, porque los incendios provocados son un delito y los trabajadores sociales y profesores tienen que tener conocimiento de ello. Aunque creo que «incendio provocado» son palabras mayores para referirse a un fuego prendido en un cubo de basura; incluso aunque la yesca fueran unos cuadernos de ejercicios.

Antes de que los cuadernos ardieran, los profesores los habían evaluado, así que además creen que conocen a Alison. Conocen a la Alison de los últimos seis meses, a la niña con *piercings* y pelo rosa llamada «Ali». Conocen sus cuadernos: los garabatos grandes llenos de faltas, las respuestas satíricamente equivocadas y las fantásticas entradas de diario en los márgenes, que parecen escritas por un extra de la serie *Home and Away*: «No puedo seguir soltera... Angie me ha prestado su *wonderbra*». Ali, que garabatea la palabra «Vida» en letras góticas rojas y luego la emborriona con círculos grandes. Ali, que escribe «¡Jaja!» bajo las notas negativas del profesor y luego le prende fuego al cuaderno.

En el Formulario de Absentismo en horas lectivas no escribo: «Siento la

necesidad de alejarme de esta versión de mi hija», porque el colegio cree que la niña de pelo rosa es la Alison de verdad, no una versión. El colegio no conoce a la niña que era antes, hace solo dieciocho meses, la niña con trenzas, un vestido de verano a cuadros y los brazos llenos de libros de la biblioteca; la niña con buenas notas, una ortografía perfecta y una letra redondeada, cuidada, muy elogiada. Esa Alison nunca ha aparecido en este colegio, o al menos lo hizo tan solo unos meses, muy al principio. Creo que las amiguitas de Alison de antes — ¡ay, Eleanor, Martha, Nicola, con la comba y las estrellas doradas, cómo os echo de menos!— tampoco creen ya en esa Alison, no después de los violentos ataques verbales que les ha lanzado la nueva Ali, no con lo lejos que están ellas de incendios provocados y *wonderbras*.

Lo que he escrito en el formulario ni siquiera es verdad. Cuando dije que nos íbamos, y que nos íbamos al Muro porque ya habíamos estado allí en familia, la terapeuta no nos dio su aprobación. Por el contrario, dejó caer unas frases de cautela: «la aceptación de la rutina y de una nueva realidad», «mirar hacia delante, no atrás» y «aceptar la vida como viene, con todo su caos». Pero no la escuchamos: son las típicas frases que a Simon le dan horror, e incluso yo, que quería ir a terapia, estoy ya harta de ellas. La terapeuta es muy pulcra, con sus gafas de leer relucientes y rebequitas de cachemir de color vino, y también lo son su sofá beis y su habitación cuidadosamente neutra. Dudo que en su vida haya nada tan caótico como Alison, que se pasa la mayoría de las sesiones agachada sobre sus botas nuevas, tocándose el flequillo rosa, tocándose la nariz dolorida y agujereada, suspirando como un border collie al que mantienen encerrado demasiado tiempo.

Probé a hablarle a la terapeuta de aquella vez que llevé a Alison a Rollright Stones,^[8] cuando tenía seis años. Se mareó durante el viaje en coche y estaba quejosa. Simon había llevado dos perchas y le fue marcando el paso a Alison por aquel terreno cubierto de maleza, entre las piedras pequeñas y musgosas. Era alto como un druida, con su anorak viejo, y ella, diminuta como una seta venenosa, con su abrigo rojo. Y desde luego que funcionó la magia: las perchas desplegadas se retorcían y entrecruzaban entre las manitas rechonchas de Alison cada vez que cruzaba la línea ley. Recorrieron las piedras cientos de veces y Alison brotó de su mal humor como una campanilla de invierno sale de la tierra. Se pasó un año convencida de que era una bruja buena.

«Pero ahora Alison es una niña distinta», respondió la terapeuta. Y lo es, aunque esa niña-campanilla de invierno más pequeña está en algún lugar dentro de ella, lo creo de verdad, y estoy segura de que Simon también lo cree. Nuestras

creencias me parecen importantes, y con todo lo que está pasando —el incendio provocado, los trabajadores sociales, las charlas de la terapia—, las hemos dejado demasiado de lado. A lo mejor Simon y yo no creemos en Dios, pero sí en la historia. Como dice Simon, el pasado no es una vía de escape, es todo un mundo de lecciones: ¿dónde si no vamos a aprender algo? Simon cree que el pasado sana. Siente algo especial por el pasado encarnado en un paisaje, como en Rollright Stones. Dice que el paisaje tiene sus propios misterios y sus curas. Hay lugares cuya sola mención sirve para que se levante las gafas y se pase los dedos por el pelo, y me hace feliz —proporcionadamente feliz— verlo así. Pronunciamos esos nombres juntos: Malmesbury, Caerleon, Glastonbury Tor.

Dice Simon: «El muro de Adriano es mejor que China. Está al mismo nivel que las pirámides». Y estoy de acuerdo. Así que vamos a ir, y escribo en el formulario: «Es un destino educativo», lo cual es cierto, y «Supervisaré las tareas escolares», lo cual es mentira, y firmo. Probablemente nada de esto sea necesario, ni las mentiras ni las verdades. Probablemente el formulario lo autoricen sin mirarlo. Probablemente el colegio esté encantado de deshacerse de Alison un par de días, igual que Alison aceptará incluso un viaje como este para alejarse del colegio; y esa idea —que alguien no quiera a mi hija— me parte el alma.

Así pues, vamos al Muro. Vamos en coche. Es un camino largo, y solitario, con Simon callado todo el tiempo y Alison enchufada a sus auriculares, mirando el móvil con la capucha puesta, incluso cuando paramos a comer en las estaciones de servicio. Me había olvidado de que, cuando llueve en el noreste, llueve como una televisión, una televisión rota: el parabrisas no es más que oscuridad con *flashes*. Por el camino, no paramos en el templo de Mitra, como había esperado. Llegamos al albergue del pueblo de Once Brewed por la noche; corremos hacia la puerta cubriéndonos la cabeza con los abrigos.

También me había olvidado de los albergues, del dormitorio de mujeres en el que tenemos que dormir Alison y yo, compartido con dos cordiales chicas alemanas que iban a recorrer a pie el St. Oswald's Way. Alison todavía es lo bastante joven como para dormir en cualquier parte, pero yo me paso la noche despierta bajo el bulto de su cuerpo en la litera de arriba, y pienso en lo injusto que es estar tan sola. Me cabrea mucho estar metida en el dormitorio de mujeres, con lo que detesto yo las cosas femeninas: menstruación, pendientes,

wonderbras... No veo por qué tengo que ser yo, y no Simon, quien la ayude con todas esas cosas ahora.

Al día siguiente no llueve, aunque hay una nube plantada en el largo valle en el que nos encontramos, según mi memoria y el mapa. Fuera del albergue está todo blanco a causa de las nubes: apenas vemos la carretera y el *pub* de al lado se cierne sobre nuestras cabezas de forma inesperada, como un castillo místico flotante. De todos modos, es temprano, solo son las ocho. En el pasado perdido de nuestra familia, Simon habría dicho: «Pronto clareará, Ali. Avísame cuando veas el azul suficiente para hacer un par de pantalones de marinero», y Alison habría sonreído. Entonces nos habríamos sentado a jugar a las cartas en la mesa de pino barnizada, los tres juntos, con tazas de café de sobra y chocolate caliente para Alison, esperando a que se levantara la nube; o Simon habría jugado al ajedrez con su hija, con el tablerillo portátil que teníamos para excursiones así, el que iba con unas piezas tan pequeñas que Simon tenía que ponerse las gafas de leer para distinguir el rey del peón; pero Alison ya no juega a nada, ni sonrío, ni cree en pantalones de marinero, así que a los cinco minutos de desayunar me veo incapaz de sentarme con ella y el chirrido de sus auriculares, y dispongo que nos metamos en el coche.

Conduzco muy despacio al principio, con todas las luces encendidas. Pero la niebla empieza a levantar casi de inmediato y las gastadas colinas doradas se van revelando a ambos lados. «Es una calzada romana, claro», me dice Simon al oído. «Se distingue por lo recta que es». Sonrío al escucharlo, y para cuando llegamos al desvío de Housesteads, hace buen tiempo, muy bueno: un día maravilloso para estar tan poco avanzada la primavera, con el cielo recuperando su elevación y claridad, y el largo valle despejándose al este y el oeste. Vemos el fuerte grabado en color gris sobre la cumbre del monte, encima del aparcamiento, mientras la neblina se levanta.

Desde aquí recuerdo el Muro, porque los tres hicimos este camino juntos en nuestro mejor verano, el verano en el que Alison tenía nueve años. A una milla romana del fuerte hay una pequeña fortificación con un acceso en arco al que solo le falta el remate. Durante la mayor parte del camino, el Muro te llega por encima del hombro y está cuidadosamente cubierto por piedras talladas en forma cuadrada. De repente, me entra la desesperación por estar allí arriba, bajo el sol y el viento, la desesperación por estar con Simon, caminando al aire libre. Nos veo a los dos, a los dos juntos con nuestras botas de andar, ligeras y caras, y con nuestras chaquetas de neopreno, él perfilando el lugar en el que duermen las construcciones bajo una manta de turba, con sus manos marrones y largas y el

bastón de caminar que compramos en Austria.

Pero Alison no viene. Alison ha cambiado de opinión con respecto a las vacaciones, al Muro y a ver cualquier cosa, y no se va a poner las botas de andar. Ni siquiera se va a mover de la parte de atrás del coche donde está sentada, doblada sobre el teléfono para tapar la luz. «Estoy viendo un vídeo», grita, «un vídeo». Y cuando tiro de ella, se enrosca sobre sí misma con fuerza, como un embrión, como una concha, y pesa demasiado como para levantarla. Cuando estás con una adolescente, te vuelves adolescente, igual que cuando estás con un niño de dos años y te dan rabietas. Me oigo chillar: «Pues iré yo sola, sola». Y lo hago: echo a correr sendero arriba con mis botas, jadeando cada vez que tengo que girar, ahuyentando a los pájaros.

Y así, aquí estoy sola en el fuerte. Se oye el sonido intenso y exquisito de las alondras, sopla un viento fresco y suave, no hay nadie en ninguna parte: es demasiado pronto, en cuanto a hora del día y época del año, incluso para que el museo esté abierto, incluso para comprar una entrada. Me gusta el museo. Hay maquetas del fuerte en sus diferentes encarnaciones y unas cuantas piezas expuestas, entre ellas la talla de tres figuras encapuchadas con lo que parecen unos anoraks puestos, y un letrero que explica que los abrigos son de lana tejida de buena calidad, un producto muy británico.

Decido no preocuparme por Alison durante un rato. Me calmaré y haré una visita por el lugar. No llevo la guía encima, pero me acuerdo de todo. Recorro el contorno de la urbe, por fuera de las murallas del fuerte, recordando. En una de esas casas encontraron los huesos de una mujer y de un hombre, el hombre con una daga entre las costillas, los dos escondidos bajo la arcilla del suelo, como el cuerpo que aparece enterrado en el patio en aquel capítulo de *Brookside*.

Accedo al fuerte por la entrada sur, dejo atrás el camino de carros ya gastado y el hueco de la poterna, y trepo pasando junto a los restos de la casa del comandante hasta el hospital. Es mi sitio favorito. Resulta facilísimo imaginar el patio limpio, pequeño y enlosado, con el sistema de alcantarillado hundido, la alacena fría de medicinas y la letrina limpia, inclinada. Siento cómo sería que te trajesen aquí, rota o herida por la batalla, a una celda fría, encalada, y tumbarse bajo una manta de lana hasta sanarse, o no. Los romanos sabían recolocar huesos, cauterizar y coser heridas: tantas y tantas cosas que olvidamos después...

Me siento en una piedra. Las vistas son magníficas: el Muro incrustándose al este, colina arriba, en la médula del monte, con intención y determinación, como una serpiente a gran escala. En la otra dirección, bajando hacia el valle, veo que

Simon por fin ha intervenido y está haciendo que Alison suba por el sendero, desde el aparcamiento. Incluso la ha convencido de que se ponga el abrigo y se deje la capucha quitada, aunque no, según veo, de que se plante las botas. La llevará hasta el acceso este, lo sé, insistirá en que entre al fuerte «por donde hay que entrar», por el acceso de doble arco planificado por los romanos; la puerta que te lleva frente al cuartel general, con los pilares, las oficinas y los dioses; la puerta construida para impresionar a la gente, para ser exactamente romana. Más tarde bloquearon uno de los arcos y construyeron un almacén de carbón en el pasaje; la gente empezó a utilizar el acceso sur con mayor frecuencia, porque era más fácil y estaba protegido del viento, más cerca del *vicus*, la urbe, siguiendo la indisciplinada voluntad que tiene siempre la gente.

Me gusta la ciudad: sus construcciones irregulares, nada romanas, levantadas en los pliegues de la colina; sus víctimas de asesinato; sus dados trucados y monedas falsificadas; todos sus caóticos apaños. También me gustan los testimonios del último fuerte, el interior, el no planificado; todo lo que ocurrió con la decadencia del Imperio: los lúgubres dormitorios en barracones convertidos en chozas de madera para albergar a una familia cada uno, los pórticos gélidos del cuartel general cerrados a los vientos marinos y reconvertidos en oficinillas cálidas para oficiales probablemente corruptos. Es como una familia que se hace a una casa, o una religión que se acopla a unas cómodas hipocresías; o un matrimonio que encuentra su propia forma perversa predilecta.

El baño se construyó dentro del fuerte después, lo recuerdo, porque se estaba volviendo demasiado peligroso salir para lavarse. También es muy pequeño. Tardo solo cinco minutos en encontrarlo: no pudo dar cabida a más de dos o tres personas a la vez. Pero se conserva tan completo que aún se ven las manchas de la calefacción del subsuelo y el sitio donde se ubicaba la caldera. Las marcas de quemaduras nos los acercan mucho: a esos romanos ansiosos, desesperados por recordar cómo era sentir calor; el criado enseñado a avivar la caldera; el carro cargado de carbón dando tumbos por la vía militar desde Newcastle; el hombre que conducía el carro, esa misión tan importante.

Alison ha entrado ya en los límites del fuerte. La tengo a menos de cien metros, en las letrinas del rincón más alejado, pero no la llamo ni trato de ir con ella: quiero observarla. Está sonriendo de verdad. Es porque su padre está ahí, sonriendo también, con el viento agitándole el pelo suave y castaño, el sol arrugándole la piel suave y marrón, apoyado en las piedras, explicándole todo a su Ali. Cómo funcionan las cosas. La cisterna del agua de lluvia sobre la

letrina, con la piedra de lavar pulida por la erosión y el canal aún operativo, para activar la descarga de agua. La letrina en sí, con los lavatorios y el canal de agua para limpiar la esponja, con el desagüe hondo, sólido, inclinado.

Perder todo eso, si te paras a pensarlo, es inconcebible. ¿Cómo puede ser que permitiesen que la letrina se llenase de gravilla y fango, y que la gente sencillamente se olvidase de cómo era batir el cobre, colocar huesos, secar el maíz y hacer hipocaustos? ¿Cómo puede ser que en el año 400 hubiese aquí una sauna caldeada con carbón, con una caldera de cobre, un granero con calefacción de subsuelo y la infraestructura que eso requería, y que luego todo quedara destrozado y derruido, y que no se construyese nada durante mil años, hasta que unos escoceses muertos de hambre montaron un fuerte caótico con las piedras del acceso sur, una torre primitiva sin chimenea ni escalera interior? Debe de ser lo que dice siempre Simon: el clima tuvo que cambiar, el clima. Algo fundamental tuvo que ocurrir. Una muerte.

En fin. Bajo hacia donde está Alison. Está sentada en un murete, dándole golpecitos con las deportivas, con la cara hacia arriba, hacia el poco sol que hay. Tiene los ojos cerrados, pero cuando me acerco los abre.

—Mamá. Papá ha estado aquí —me dice.

—Lo sé. Lo he visto.

—Lo echo de menos. Echo de menos a mi padre. ¿Tú lo echas de menos? ¿Qué es lo que sientes? No sé qué es lo que sientes.

¿Que qué siento? No me lo ha preguntado ni una sola vez en los meses que han pasado desde la muerte de Simon.

Le digo que me siento como un cuerpo apuñalado y enterrado bajo la arcilla de una casa en ruinas, o como el hueco de una poterna abierto en la piedra, vacía, o como un joven soldado tiritando en la celda encalada del hospital, o como un manto de lana con una capucha recia, colgado de una percha, vacío, vacío.

—Estoy triste, Ali. Triste de verdad porque se ha muerto.

—No incendié el cubo de la basura a propósito. En realidad, estaba intentando apagar el fuego.

Pero yo eso ya lo sabía. Aún es pronto, así que pasado un rato, mi hija y yo salimos por el lado oeste del fuerte y empezamos a seguir el Muro hasta Steel Rigg. En el camino, vemos el pequeño fuerte romano con su arco casi perfecto, el falso plátano que crece en Sycamore Gap, y el precioso campo silvestre que se extiende hasta Kielder y que en época romana estaba plagado de animales de

caza. Los pictos salvajes ya se han ido, y los lobos, además de los castores y las nutrias, y el ciervo que huía del cazador por los bosques, como las semillas que se soplan de la palma de una mano, y Simon, mi esposo, el padre de Ali, también se ha ido ya; pero los acantilados, el cielo alto y las nubes blancas, y la tierra, el agua y el Muro que lo atraviesa todo: eso sigue ahí.

JEANETTE WINTERSON



FUERTE COMO LA MUERTE

La ciudad de Falmouth [...] no queda a mucha distancia del mar. Está defendida en el litoral por dos castillos, St. Mawes y Pendennis, extremadamente bien planeados para molestar a todo el mundo, salvo al enemigo [...]. La ciudad alberga a muchos cuáqueros y pescado en salazón; las ostras tienen un cierto sabor a cobre, a causa del suelo de esta tierra minera; a las mujeres [...] las azotan en la parte trasera de los carros cuando hurtan y roban, como le ocurrió a una del sexo débil ayer a mediodía. Fue pertinaz en su comportamiento y maldijo al alcalde.

(Lord Byron, *Falmouth*, 1809)

Dejé el libro para ir al baño.

Esa noche no tenía compañía. Durante los tres días que duraban las celebraciones de nuestra boda, Tamara y yo habíamos decidido seguir la costumbre de dormir en habitaciones separadas hasta la noche de bodas en sí. Fue idea suya: crear un espacio en el que deseáramos estar para luego encontrarlo.

Yo había estado bebiendo con nuestros amigos. Me había ido a la cama tarde. No podía dormir, así que me eché con los almohadones a la espalda a leer sobre la historia de aquel lugar.

Cuando abrí la pesada puerta de paneles cuadrados que daba al baño, oí una

voz: «Cruza. Y no vuelvas».

Encendí la luz del baño. Me quedé inmóvil. No se oía nada.

Era un baño anticuado, con una ventana de guillotina alta, abierta un poco por abajo. La abrí más, calibrando su peso, y me asomé a la oscuridad. Hacía una noche ventosa y agitada. El viento era como una conversación que no logras escuchar. Ni una estrella. Un poco más allá, camino del castillo en sí, vi una luz vacilante, tenue y temblorosa.

Sonreí. Habrían sido un par de nuestros invitados que volvían a su alojamiento haciendo esos después de estar bebiendo. Los habría escuchado por la ventana. Todo estaba muy silencioso. Por eso había percibido la voz tan próxima, aunque la luz pareciera estar tan lejos.

De todos modos, el mar y la noche hacen que las cosas resulten misteriosas, ¿no?

Mi mujer nació en Falmouth. Ese fue el motivo de que eligiéramos casarnos en el castillo de Pendennis. El castillo y su pareja, el de St. Mawes, están uno frente al otro, separados por la desembocadura del río Fal, como gigantes de piedra que guardan un tesoro.

Enrique VIII construyó un fortín a cada lado del estuario para atacar con fuego cruzado a cualquier barco enemigo que se escabuliese por el agua. A Enrique le preocupaban los belicosos españoles y su hija Isabel acabó con la Armada, pero fue Bonaparte, con la mirada puesta en la recompensa de tomar tierra por la costa, quien incitó a los británicos a construir su disparatada guarnición aquí, con sus estruendosos cañones lanzando balas a la historia. El lecho de la bahía está plagado de ellas. Pendennis lo defendían veintidós cañones de 24 libras y catorce de 18 libras.

—Ni que en vez de balas disparasen hamburguesas de cuarto de libra...

—A ver, Tamara, que es así como se distinguen los cañones.

—Me hace gracia pensar en todos esos soldaditos de plomo echándoles mayonesa a los cuartos de libra antes de lanzarlos.

—¿Te estás riendo de la historia o te estás riendo de mí?

—Pues de ti. Por eso nos vamos a casar: para poder reírme de ti el resto de mi vida.

Por la mañana. Tomando té en su habitación. Está sentada en la cama, incorporada, y yo en una silla, junto a la ventana.

—No hay nada que puedas contarme del castillo de Pendennis que no sepa ya. Mi padre fue guía turístico aquí durante años.

—Siento que hoy no pueda estar aquí.

—Lo estará, en espíritu.

—Quizá sí. Es Halloween.

—Tú no crees en fantasmas, ¿no?

Vino y se me sentó en las rodillas, y me besó. Tiene los ojos grises, como el cielo que hoy cubre el mar, y tras ellos, no siempre visible, pero siempre ahí, está el sol.

—Alguien entró en mi habitación anoche.

—Yo no fui.

—La lluvia caía muy fuerte y me despertó... O creo que fue la lluvia. Sabía que había alguien sentado en el borde de la cama, mirándome.

—¿Y cómo lo sabías?

—Todos sabemos cuando nos están mirando.

—Estarías soñando.

—No estaba soñando. Era mi padre.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Quién más iba a ser?

Estoy pensando que es ridículo. Ella no cree de verdad en fantasmas, ni yo tampoco. Aun así, ¿qué daño va a hacer que crea que su padre fue anoche a desearle lo mejor? Y lo cierto es que nadie aquí tiene ni la menor idea de lo que ocurre cuando morimos.

Los materialistas no están mejor informados que los médiums.

—¿Vamos a dar un paseo? Mientras todo el mundo duerme.

Se va a lavarse y a vestirse. Conozco su rutina, sus sonidos, sus movimientos, los conozco bien. Pero hoy me quedo escuchando como si fuese nueva para mí. No quiero acostumbrarme a ella. No quiero perderla por la

costumbre.

Sale del baño, con el pelo recogido, sonriendo. Me coge de la mano. Está caliente.

Paseamos bajo el cielo gris metálico hacia la parte más antigua de los terrenos. El fuerte tudor es muy pequeño, como un fuerte de juguete para soldados de juguete. El tiempo está instalado en la piedra. Cuánto tiempo ha pasado por aquí... Y no es solo el transcurso de meses y años, no solo el transcurso del tiempo, sino cuánto ha pasado aquí en ese tiempo.

El príncipe Carlos se escondió en el castillo en 1646 durante la guerra civil inglesa, camino de ponerse a salvo en las islas Sorlingas. Hizo que le abrieran una puerta de acceso propia. Hoy está bloqueada, aunque se distingue el contorno. ¿Se nos bloquea la puerta cuando estamos muertos? ¿La puerta de nuestro propio espacio-tiempo, que se abre cuando nacemos y vuelve a abrirse cuando morimos?

Cruza. Y no vuelvas.

—¿Qué has dicho?

—Estaba pensando en la puerta.

—Cruza. Y no vuelvas... Eso es lo que has dicho.

—¿Sí? Ah. Anoche alguien estuvo rondando por fuera de mi habitación... Dijo algo de una puerta.

Tamara me miró con gesto extrañado.

—Tengo frío.

—Yo también. Es el viento. Vamos a entrar al castillo.

Recorrimos las estancias aún recubiertas de paneles de madera al estilo georgiano, sitios en los que bien podría aparecer un oficial con bombachos blancos y una levita, de espaldas a la chimenea de leña, estudiando un mapa de las posiciones francesas.

Cuando mataron a Nelson en la batalla de Trafalgar, la noticia llegó a Falmouth en barco; un jinete montó a caballo en mitad de un vendaval y partió a Londres para contárselo al rey.

Vida y muerte. Ambas se sienten aquí. No me dejo llevar por supersticiones, pero las sientes.

En la pared del modesto salón hay un retrato del capitán Philip Melvill,

gobernador del castillo de Pendennis desde 1797 hasta su muerte, en 1811.

Según cuentan, algo le ocurrió en la India mientras estuvo preso cuatro años en Bangalore. Padecía de emociones extremas, o eso dicen: un hombre tan volátil como el clima de aquí; un hombre de nubes rápidas y destellos de rayos. La niebla se hacía a veces tan densa en él que no reconocía su propio rostro.

Se sentaba junto a la ventana, en una silla Windsor con respaldo curvo, observando el clima y las aguas. Todos los guías turísticos lo han oído arrastrar la silla por el suelo.

Y algunos dicen que, si por la noche apartas la silla de la ventana, por la mañana habrá regresado a su sitio.

Has seguido adelante, has salido del castillo, al viento, tu liviana figura lucha por mantenerse en pie. Te voy siguiendo. No vamos a vivir para siempre. Desapareceremos en el tiempo, regresaremos por nuestras puertas separadas, y si tú te vas primero, no seré capaz de encontrarte. Pasaré las manos una y otra vez por la pared en la que solía estar la puerta; tú llegando a casa, tú entrando, la puerta que me abriste, tan inesperada y bienvenida. La puerta al sol.

Es todo lo que tenemos ahora. Quédate donde pueda verte.

¡TAMARA!

¡JAMIE!

La he visto meterse por el túnel, hacia la batería en medialuna. Anoche nos asustamos tontamente con nuestros amigos, imaginando que oíamos el sonido de unas botas pasar marcando el paso. En un lugar como este, repartido en capas creadas por las vetas del tiempo como un registro fósil, es fácil creer que el tiempo es simultáneo.

Si las apariciones existen, quizá sean eso: el tiempo en el lugar equivocado.

El reloj estaba dando la hora. Te giraste hacia mí, con el rostro terso y serio.

—Quiero casarme contigo, Jamie —me dijiste.

—Te vas a casar conmigo.

—Cuando me he despertado me sentía... no sé... inquieta.

—Son solo nervios. Yo apenas he dormido.

—¿En serio?

Me rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en mi hombro.

Y entonces lo sentí claramente: un peso que me hundía, un movimiento descendente, algo que me apretaba entre los omóplatos, la sensación exacta de que alguien estaba apoyando la frente contra mi cuerpo.

—Me gusta cuando me pones las manos en las caderas —dijo Tamara.

Yo tenía las manos sueltas, a ambos lados del cuerpo. No se lo dije, ni tampoco que notaba frío y humedad entre los omóplatos.

—¿Nos vamos?

La he rodeado con el brazo y hemos echado a andar, de vuelta a nuestro alojamiento. Faltaba poco para el inicio de nuestra vida en común. Pese al tiempo que llevábamos de relación, esto parecía distinto. «Nos pueden los nervios», pensé. «Nos estamos imaginando cosas».

Cuando pasamos junto al puesto de observación de la batería, cerrado a las visitas ese día y desierto bajo la lluvia de la mañana temprana, el teléfono empezó a sonar. Salté hacia un lado. Tamara se echó a reír, abrió la puerta y me arrastró al interior, besándome de repente apasionada, con aquel techo bajo, contra la ventana panorámica larga y horizontal, mientras el teléfono de baquelita chillaba en la mesa. «Forma parte de la visita», me dijo, «es una instalación sonora».

Habían reformado el espacio para que pareciese hecho durante la Segunda Guerra Mundial: cascos y tazas de latón, linternas, petates, gráficos, equipos de radio. Un chisporroteo de voces bramaba órdenes por unos altavoces ocultos.

La máquina del código morse se activó. «Eso es nuevo», dijiste.

PUNTO RAYA PUNTO RAYA RAYA...

El *staccato*, el sonido monótono, urgente y agudo que salía de la caja metálica generaba un rollo de cinta de teletipo con los puntos y las rayas escritos. Nos quedamos observándolo, con fascinación e incertidumbre. El sonido paró tan repentinamente como había empezado. En un impulso, arranqué la cinta.

—¿Sabes leerlo?

—No, pero mi tío Alec va a venir a la fiesta. Estuvo en la Marina y tiene como cien años. Enséñaselo, que le va a encantar. Seguro que pone: «Bienvenidos al castillo de Pendennis».

Volvimos corriendo entre el viento y la lluvia para unirnos al desayuno, a los amigos y a las risas, y al placer del día que comenzaba. Subí a dejar la chaqueta húmeda y decidí ponerme un jersey más calentito. Cuando me quité el que llevaba, sentí la humedad fría del lugar en el que se me había apoyado la cabeza. Aunque no sería una cabeza, ¿no? Una cabeza necesita el cuerpo de alguien, y allí no había nadie.

Una repentina racha de viento cerró de golpe la puerta del baño.

—Vaya, los Killigrew... Sí, eran todos piratas. Las mujeres también, igual que los hombres. Unas muchachas tremendas, todas ellas. El linaje se extinguió en el siglo XVII. No quedó ni un hombre. Aunque para ti eso no habría sido problema, ¿eh, cariño? Jajaja.

El tío de Tamara, Alec. Es lo típico que pasa en las bodas. Está tratando de ser agradable, me digo. No le resultará fácil que su sobrina se case con una mujer.

—Kitty Killigrew se vistió de hombre y se echó a la mar, tal cual. Y no pasó nada. Era lo bastante alta y estaba lo bastante plana como para salirse con la suya. Imagínate más una tabla de planchar que un reloj de arena, no sé si me explico, pero bueno, que me zurzan si no volvió a casa y empezó a rondar a una chiquilla del pueblo, a una de las ostreras. De primeras, la historia no tenía ningún futuro, y tampoco lo tuvo de segundas ni de terceras. Aquellos eran otros tiempos, claro.

—¿Qué le pasó?

—Una cosa horrible, horrible. De helarte la sangre. No es una historia propia para una boda. Desde luego que no.

—Y entonces ¿por qué me la está contando?

El tío parecía sorprendido, como un hombre que se da cuenta de que ha cogido el tren equivocado.

—Ah, ¿te la estoy contando? Bueno, a lo mejor sí. De todas formas, es toda mentira. Una tontería.

—¿Sabe usted leer morse? —dije, tratando de cambiar de tema. Pero el tío Alec estaba sordo.

—No podría alegrarme más por vosotras. Hace años tuve un amigo que era igual. Es una cosa que ha pasado de siempre, claro, claro que sí, hombres con hombres, mujeres con mujeres, aunque lo de casarse es un poco sorprendente,

¿no? Porque bueno, ¿dónde acaba la cosa? Si no se pone el límite en algún sitio, ¿qué? Me atrevería a decir que cualquier día voy a poder casarme con mi perro.

—Pobre perro —repliqué.

—¿Qué?

Me levanté. No quería iniciar una discusión con uno de mis nuevos parientes.

El resto del día transcurrió felizmente. Fueron llegando más amigos. Esa noche íbamos a dar la fiesta y a la mañana siguiente, en la víspera de Todos los Santos, nos casaríamos.

Habíamos quedado en pasar algún tiempo juntas, tranquilas, antes de la fiesta. El celebrante quería hablar con nosotras de nuestro compromiso, y nos parecía oportuno dedicar un par de horas a reflexionar sobre nuestro matrimonio. Yo había salido a almorzar con mi madrina y llegaba tarde.

Mientras corría hacia el salón, vi a Tamara por delante de mí, caminando junto a alguien: un joven alto con botas, pantalones caqui y un abrigo rojo.

Doblaron la esquina antes de que les diese alcance.

—¡TAMARA!

Se dio la vuelta. Estaba sola.

—¿Quién era ese?

Parecía perpleja.

—¿Quién?

—Estabas con alguien.

—No, qué va. Antes he estado con Sara, pero...

—Con un hombre...

—Jamie... Se suponía que este momento nos lo íbamos a tomar en serio... Lo primero, llegas tarde. Y lo segundo, deja las bromitas. Me voy arriba.

—¡Tamara!

La seguí. Entró en su habitación sin mirarme. Decidí darle un poco de tiempo para que se relajara. Mi habitación estaba al fondo del mismo pasillo.

También podía ponerme a sacar mi traje de boda.

Abrí la bolsa en la que llevaba las cosas de la boda, todo prensado y doblado, separado del resto de mi ropa. Muy bien colocado encima de la funda de plástico había un botón cobrizo descascarillado: el botón de un uniforme. Lo cogí y lo acerqué a la ventana. En el borde tenía una inscripción grabada: «PUER SEMPER SEMPER PUELLA».

Volví directamente a la habitación de Tamara. Estaba junto a la ventana, mirando hacia fuera.

—Ahí está el muchacho del abrigo rojo —me dijo.

—No veo a nadie.

—Debe de haberse metido en el torreón de las mazmorras. No tengo ni idea de quién es.

No me estaba haciendo ni caso. Tenía la mirada fija en las tierras de fuera, como si de aquel espacio vacío pudiera salir algo. Le puse el botón en la mano.

—¿Qué significa esto? —Le dio una vuelta entre los dedos, con el ceño fruncido—. ¿De dónde lo has sacado?

—¡Estaba en mi equipaje!

—Dice: «Para siempre un niño siempre una niña».

—¿Y qué significa eso?

Se echó a reír.

—Alguien nos está gastando una broma. Bueno, eres una niña que es un niño que es un niño que es una niña, lo típico que sale en todas las obras de Shakespeare, vamos. —Me besó en la nariz—. Será cosa de mi tío Alec. Está haciendo lo que puede, pero le cuesta.

De nuevo nos habíamos acercado. La tenía entre mis brazos.

La fiesta fue un éxito. Tamara había contratado a un grupo de siete componentes, The Deloreans. No sé qué de regresar a nuestro futuro.

—Tengo la sensación de conocerte de siempre —me dijo.

—No me habías contado que creyeses en la reencarnación, además de en fantasmas.

—No creo. Pero te conozco.

El tío Alec estaba borracho para cuando me topé con él más tarde. Me sentó en una silla.

—Le pegaron un tiro, mal asunto.

—¿A quién?

—A Kitty. La niña que es un niño...

—Que es un niño que es una niña...

—Considérate afortunada.

—Ya lo hago... por casarme con Tamara.

—La otra se mató ahogándose. La sacaron del fondo del mar. Te dije que no era una historia para una boda.

No sé si la historia me hundió el ánimo o si solo estaba cansada, pero le di un beso de buenas noches a Tamara y me fui a la cama. Me quedé dormida de inmediato: profundamente y sin soñar.

Me desperté en algún momento, en plena noche. Tenía la nuca empapada. Habría estado sudando, pese a que en la habitación hacía frío. Me incorporé apoyada en los codos. El aire de la habitación estaba cargado de humedad. Me pasé una mano por la cabeza... ¿Por qué tenía el pelo pegado al cuero cabelludo? ¿Y qué era ese olor? Olía a algas...

Me puse de lado en mitad de la cama y entonces lo noté: un brazo. Un cuerpo. Un brazo húmedo. Un cuerpo húmedo. Contra mi propia voluntad, pasé la mano por aquella forma quieta y tumbada junto a mí. El cuerpo que palpé estaba empapado de agua, era pulposo, como algo que ha pasado demasiado tiempo en el agua. Y entonces palpé la cara y las cuencas vacías de los ojos.

No grité. No podía. Gimoteando, como si me hubiesen dado una paliza, logré salir de la cama y acercarme a la ventana. Descorrí las cortinas. La luna brillaba. Al volver los ojos hacia la cama, vi que estaba vacía. Vacía.

Pero cuando miré por la ventana, distinguí a Tamara, como una sonámbula, caminando hacia el castillo.

—¡TAMARA!

Para cuando le di alcance, había llegado a la entrada del castillo. El lugar tenía una iluminación tenue. Había luces de señalización en las paredes.

Tamara me miró, como despertándose.

—¿Dónde estamos?

Antes de alcanzar a responder, el joven alto del abrigo rojo apareció detrás de nosotras. Llevaba un sombrero de tres picos y una pistola enganchada al cinturón. Pareció no vernos. Me acerqué a él y se pasó la mano por delante de la cara, como si sintiera mi movimiento pero no me percibiese a mí.

Oímos un sonido llegar desde atrás y una joven, oculta por completo bajo un manto, entró corriendo en la estancia y se quitó la capucha. Incluso con la tenue iluminación de las luces de señalización distinguí lo guapa que era, aunque se le

notaba el miedo en el rostro.

Rodeó con los brazos al joven, que se quitó un anillo para ponérselo a ella en un dedo. Entonces, juntos, se arrodillaron frente a frente y empezaron a recitar sus votos nupciales... Con este anillo yo te desposé, con mi cuerpo yo te honro...

—La muerte no podrá separarnos —dijo ella—. El amor es...

No terminó lo que tenía que decir. Una patrulla de hombres irrumpió en la estancia. El muchacho —apenas era más que un niño— echó mano de la pistola, pero rápidamente lo doblegaron.

—Corre —gritó él.

Ella echó a correr y a los demás no pareció importarles: era a él a quien querían. Con las manos a la espalda, lo empujaron escaleras arriba. Los siguió. Sabía que no podían verme.

Arriba, la puerta. La puerta que da al tiempo. Lo sacaron a empujones, lo hicieron cruzar, oí un disparo y olió a pólvora, un olor acre y crudo. Y las siguientes palabras:

—Cruza. Y no vuelvas.

Y ahí acabó todo. El castillo quedó a oscuras.

Abrazadas con fuerza, salimos del castillo. Una voz dijo:

—Los habéis visto, ¿verdad? Joder.

Era el tío Alec.

Estuvimos bebiendo whisky los tres juntos buena parte de la noche. Se decía que los espíritus de Kitty, asesinada, y de su novia vagaban por ahí y repetían la terrible noche de su separación.

—Yo los veo a todos, a todos los fantasmas —nos contó el tío Alec—. Me pasa desde niño.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Tamara.

El tío Alec se quedó pensando un rato, hasta que dijo:

—Invitarlas a la boda.

—¿Y cómo? Están muertas —respondí.

—La muerte nunca ha detenido a nadie —declaró el tío Alec.

La mañana de nuestra boda.

No había dormido nada. Me había quedado tumbada totalmente despierta, con Tamara dormida entre mis brazos. ¿Hay una puerta entre la vida y la muerte? ¿Están la vida y la muerte tan separadas como creemos?

La mañana de la boda.

Me bañé y me vestí. Sobre la mesa estaban el botón y la cinta de teletipo en código morse. Cogí el botón y lo froté con los dedos. «Venid con nosotras. A un tiempo que no es la muerte», dije. Entonces dejé el botón en la mesa, me metí el papel en el bolsillo y bajé al salón, donde nos esperaban nuestros invitados.

La mañana de nuestra boda.

Estaba al lado de Tamara, cogiéndole la mano mientras decíamos nuestros votos. Cuando giramos la cabeza para mirarnos, las dos desviamos la vista por encima del hombro de la otra, y las dos vimos —una tras ella, la otra detrás de mí— las figuras del joven del abrigo rojo y de la hermosa mujer cuyo pelo se derramaba como el mar.

Fue después, no obstante, cuando le di al tío Alec la cinta de teletipo en morse.

—¿De dónde has sacado esto? —me preguntó.

—¿Qué pone?

—El amor es tan fuerte como la muerte.

MAX PORTER



LA SEÑORA CHARBURY EN ELTHAM

¿Quién es el hombre de la capa marrón que está todas las noches a los pies de mi cama?, preguntó mi hermana con seis o siete años.

Yo respondí: Un fantasma; nuestra madre: Una pesadilla; y nuestro padre: Menuda tontería. A nadie le importan tus miedos inventados.

Nuestro padre murió y la nuestra se convirtió en una casa de mujeres. Aunque no nos hicieran gracia, nos acostumbramos a las perturbadoras declaraciones de Delia.

A veces decía: *¡Es él!* cuando estábamos en una galería o en una calle abarrotada, refiriéndose a su hombre vestido de marrón. En una ocasión, corrimos escaleras arriba al oírla gritar y nos la encontramos señalando la silla que tenía junto a la cama.

¡Estaba sentado en mi silla!

Estoy en el camino cubierto de grava que da acceso al palacio de Eltham. Alguien llamado Rory Kippax, del English Heritage, ha aceptado enseñarme el lugar, pero llega tarde. Mi taxi se ha ido y está lloviznando. Soy muy mayor y no me gusta la lluvia, ni tampoco esperar. No tolero los retrasos.

Les daré hasta mediodía. Quizá debería cancelar mi suscripción a su sociedad.

Delia no paraba de quejarse.

Algo malo pasa en el palacio de Eltham, dijo, no voy a sacar nada bueno de ir allí. Prefiero quedarme en casa y trabajar en mis pinturas.

Vamos, Delia, espabila, le respondí. Mamá está mala y nos han invitado. Los Courtauld nos esperan, así que vamos a ir. No se te puede ir la vida holgazaneando, desgastándote con tus pinturitas naif.

Casi mediodía y todavía no ha llegado nadie. Veo que las enormes puertas de madera están entreabiertas.

Llamo a la puerta con el bastón. Asomo la cabeza por la rendija.

—¿Hola?

Entro. Hace un frío gélido.

—¿Hola? ¡Soy la señora Charbury, tengo una visita reservada!

Me asomo a los baños.

Ah, sí, recuerdo esos grifos de plata espantosos. Diseño «moderno», afilados y angulosos, a la ultimísima moda por entonces, aunque no te cabían las manos debajo para que les cayese agua. Típico de esa gente.

Eso sí, me encantaban los toalleros con calefacción.

No me gusta, dijo Delia.

Anda, cállate.

Y allí estábamos, secándonos las manos y acicalándonos, cuando oímos a Virginia decirle a alguien: *Sí, y acabo de ver llegar a las hermanas Bush. Sí-í-í-í, eso. Una, guapa y tonta y la otra, rara y fea. Una, la manzana dorada y la otra, la compota de manzana.*

Y sé que Delia lo escuchó, porque se puso colorada y aceleró sus esfuerzos con el lavado de manos. Pobre y extraña Delia. Rechoncha y taciturna.

Entro en la estancia abovedada con el techo en ojo de mosca: el orgullo y la alegría del nuevo Eltham.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Hubo una época en la que yo lo llamaba el Templo del Gusto Cuestionable. Me daba envidia, supongo.

—¿Hola? —insisto. El edificio murmura.

Creo que oigo pasos acercarse, así que me asomo expectante a todos los pasillos, pero no aparece nadie.

—¿Hola?

Había champán, muchísimo champán. Charlas y estallidos de risas. Humo de tabaco. Jazz. Seda.

No me gusta estar aquí, me dijo Delia. *Tengo un mal presentimiento*. Me alejé con un aspaviento para flirtear, bailar y embriagarme.

En aquella época, estaba siempre muy borracha. Todos lo estábamos. Fumaba hasta que me era imposible tragar. En Eltham te atiborraban sin parar. No había un sitio al que pudieras ir sin que saltara alguien desde detrás de alguna puerta, algún criado sonriente con más bebidas, más opciones para la ebriedad.

¿Un Dubonnet Cassis, madame?

Joder, perfecto, sí, por favor.

Yo era joven y atractiva, y nos invitaban a fiestas en las que se reunían personas muy famosas, y se emborrachaban. Me encantaba ponerme piripi con la gente bien.

Bienvenidos al buque de Su Majestad el Vulgar Italiano, dijo alguien.

¡Jaja!

Hoy no hay champán. Solo la enorme alfombra circular, tonos marrones y beis, y cruceros. Me pregunto por qué demonios no está aquí Rory Kippax.

Recorro el pasillo hasta el salón principal medieval. Está desierto. Al pasar digo:

—¿Hola?

¡Virginia y Stephen!, exclamé, y ella respondió: *¡Llámame Ginie, por favor!*, y mi mísero espíritu de mujer de sociedad flotó hasta las vigas de madera que teníamos encima.

No recuerdo que el salón fuese tan grande. Lo recuerdo repleto de cuerpos pegajosos. Un calor infernal, siempre. Me acuerdo de la gente susurrando: *¡Está aquí Rab Butler!*

Delia estaba a mi lado, rígida como una tabla. *Algo ocurre en Eltham. No me siento bien. Algo malo pasa.* Alguien dijo: *¡Paso ligero!*, y yo solté un grito, unas risas y me alejé corriendo de Delia.

Los terribles poemas de Edith Sitwell, comentó alguien, y yo: *Ay, mira, ahórramelos.*

El gusto no llega por casualidad: supone una ardua y larga tarea llegar a adquirirlo, dijo alguien, y todas nosotras, terribles damas esbeltas, nos reímos a carcajadas.

Tenían una obsesión con la electricidad y el calor. Una mujer guapa con unas bailarinas de terciopelo verde me dijo: *El suelo está más caliente que un peñasco en verano a pleno sol. ¡Calefacción de suelo, no escatiman en nada!*

Hoy, el suelo está frío como el hielo. Hay trozos de confeti viejo pegados a las losas. Este lugar es una sala que se alquila para fiestas. Supongo que siempre lo fue.

Hablo al vacío medieval:

—¿Hola?

Me imagino a Delia cruzando aquel suelo enorme para decirme que estaba asustada, o preocupada. Me imagino a Eduardo IV espiándome desde detrás de una cortina. Una historia siniestra. Siento una oleada de miedo, sola en este salón de recuerdos, así que grito «¡Hola!»; mi nerviosismo repentino me resulta vergonzoso, y lo apago con ruido, gritando «¡HOLA!», gritando «¿Hay alguien aquí? Tengo una cita».

De pronto, me siento muy consciente de mí misma. Ojalá no hubiese hecho ruido. Siento que he podido despertar a la casa y quizá no haya sido sensato hacerlo.

Un hombre vestido de bufón dijo: *¿Le relleno la copa con sabrosura?*

Tenía demasiado calor y estaba demasiado mareada, achuchándome o algo similar con un piloto de carreras, amigo de los famosos sobrinos italianos, y de repente Delia estaba allí, helada. Temblaba como un pajarito.

El hombre ese está aquí, el hombre vestido de marrón, el hombre que veo siempre, me dijo.

Menuda chorrada. ¿Es que no puedes relajarte nunca? ¿No puedes disfrutar?

No me va a dejar tranquila. Me... me conoce. Por favor, estoy asustada y quiero irme a casa.

Delia estaba temblando, pálida, con la piel de gallina. De verdad que parecía la hermana menos guapa, de manera muy agudizada, más de lo normal.

Deja de ser tan rara, Delia. Es complicado que alguien pueda quererte así.

Yo estaba bailando y sudando, y luego besuqueándome con el piloto de carreras.

¡Enchúfate una por mí, muchacho!, dijo un actor famoso, y todos nos echamos a reír a carcajadas.

Regreso al vestíbulo abovedado, por si el hombre del English Heritage está allí esperando, pero no hay nadie. La puerta está cerrada. ¿He cerrado yo la puerta?

—¿Hola?

Me siento en un sillón de la sala de estar en el que pone «Prohibido sentarse». Llevo años pagando mi cuota y he tenido que estar de pie de mala manera, así que me voy a sentar de muy buena gana. Juro que oigo música en algún sitio. La cabeza me está jugando malas pasadas. Sin fuerzas, digo:

—¿Hay alguien aquí?

Se oye un ruido de rasguños en las paredes, aunque ocurre lo mismo en todas las casas viejas, que se desplazan y ajustan. Crujen. Cientos de años de historia se van filtrando. Es de lo más normal.

Recuerdo que fuimos todos a ver al lémur, la infame mascota, que no estaba mordiendo a la gente ni acurrucado con su amante, como contaban las leyendas, sino roncando, hecho un fétido gurrúño.

Que me aspen, Mah-Jongg, eres un aguafiestas, dijo un francés deslumbrante con pantalones de golf, y todos estallamos en carcajadas.

Delia estaba ahí de nuevo conmigo, tirándome de la manga, y la seguí.

Nos colamos en el gabinete de Virginia. Yo iba borrachísima. Había gente tirada por el suelo, en cojines, fumando. Las dos miramos el mapa de piel. Zumbaba. Una maquinaria oculta tras las paredes. Eltham, el juguete eléctrico.

Te he dicho que este sitio estaba encantado, me aseguró Delia.

Ah, ¿sí?

¿Estás borracha?

Totavillosamente, respondí entre risitas.

Suspiró.

¡Me conoce! Me ha dicho que me observaba cuando era niña, mientras dormía. Me ha descrito el interior de mi habitación. Me ha dicho que le gustaban mis cuadros, que tengo que pintar para él. Señaló la cortina del rincón del gabinete.

Entrando por ahí se va a la sala de los mapas, pero es un gran secreto. Está muy enfadado conmigo.

Recuerdo que Delia se multiplicaba delante de mis ojos.

Dos Delias, las dos parloteando frenéticas sobre ese maldito tipo y sus cuadros.

Tres Delias, asustadas, pálidas y borrosas.

Hice mi mejor imitación de nuestro pobre y difunto padre. Miré a Delia y, tambaleándome, dije: *A nadie le importan tus miedos inventados.*

Y entonces me puse a gritar, montada en los hombros de mi piloto para atravesar el césped hasta los invernaderos para ver las mundialmente famosas orquídeas de Stephen Courtauld.

En algún momento, muy temprano por la mañana, Delia estaba en el césped y parecía luminosamente blanca, y la envolví en el chal de alguien.

No sé qué hacer, dijo. Ha venido a por mí. Tengo que irme con él.

Me miró a los ojos y me dijo: *¿Vendrás a buscarme? Por favor, ven a buscarme.*

Yo iba muy ciega. No sé lo que le respondí.

Supongo que fui desagradable.

Supongo que le dije: *Menuda tontería.*

Eltham se alzaba en la oscuridad, centelleante y ruidoso, como una enorme nave eléctrica hecha de joyas, y yo me quedé mirando cómo mi extraña hermana pequeña volvía a entrar allí.

Me muevo incómoda en el sillón de la sala de estar. No me siento segura en esta casa. Son los recuerdos. Toda la gente con la que estuve aquí seguramente haya muerto, se haya ido. Solo quedo yo en el palacio de Eltham, con mis recuerdos. Yo, la despreciable en 1937, rodeada de pompa. Yo, la despreciable ahora, completamente sola.

En algún momento, a primera hora de la mañana, me vi envuelta en la chaqueta del piloto y había un hombre tocando el clarinete; alguien me dio un chupito de licor de hierbas en un vasito de cristal, y todos nos metimos en coches y alguien dijo que mi hermana se había ido; luego mi hermana no estaba en casa, y luego en algún momento, más tarde, llamamos a la centralita y nos pusieron con Eltham, nos dijeron que no quedaba ningún invitado en la casa, y luego, de un modo caótico y algo avergonzado, llamamos a la policía.

La buscaron, y a mí me preguntaron millones de veces por la fiesta; yo no recordaba gran cosa, y durante esos primeros días me estuvo doliendo tantísimo

la cabeza que me limitaba a sollozar y a repetir que el ruido lo había envuelto todo y que mi hermana había conocido a un tío que vestía de marrón.

Drenaron el foso y buscaron en las alcantarillas tudor.

Pararon a un tipo por un campo que iba vestido con una especie de túnica de monje, con pintas de Eric Gill, pero resultó ser un auténtico excéntrico que nunca había puesto un pie en el palacio.

Delia se había ido, sin más.

«Hija de la alta sociedad desaparece en Eltham».

Mi madre nunca se recuperó. La noche después de la fiesta, antes de comprender de verdad que Delia había desaparecido con todas las de la ley, tuvo una pesadilla con Eltham. Dijo que había soñado que Delia estaba atrapada entre la parte antigua y la parte nueva del palacio. Perdida. Vio su cara en un cuadro. Deliraba y gritaba que su hija estaba prisionera en Eltham. En su lecho de muerte, me dijo: «Encuentra a tu hermana», y yo ni siquiera lo intenté. Nunca lo he intentado, joder.

Nunca volví a Eltham, hasta hoy.

Me levanto del sillón y regreso al vestíbulo, golpeando el aire viciado con el bastón.

Percibo algún tipo de olor químico o médico. La mocedad huele. Partículas de mi yo joven. Nostalgia.

Avanzo por el pasillo de servicio de color verde y giro a la izquierda para bajar al sótano. Estoy muy frágil últimamente. Los escalones de uno en uno. Desciendo y voy dejando atrás la sombra de mi yo más joven en esas mismas escaleras.

Nunca fui a ninguna otra fiesta en Eltham. Me casé con un escocés y hui de mis llanos condados natales. Me convertí en la esposa anodina y rica, propietaria de tierras, de un terrateniente. He tenido docenas de nietos que a veces me llaman y me agradecen que les dé dinero.

Mi esposo me decía que era una flor frágil. Yo le decía que él era un buey.

Las flores sobreviven a los bueyes, como es sabido.

Los Courtauld se deshicieron de Eltham cuando cayó la bomba que colmó el

vaso en el salón principal al que de manera tan incansable habían devuelto su fingida autenticidad. Terminaron por instalarse en Rodesia del Sur y supuestamente vivieron sus días recordando la algarabía de este lugar.

El sótano está pintado de rojo, como las tripas de un animal. Juro que oigo música.

—¡Ah! ¡Me cago en...! —grito, porque hay un maniquí vestido como un encargado de seguridad frente a ataques aéreos.

Enfadada, le doy un golpe con el bastón.

—Que te den —le digo al pasar.

Mi pobre y viejo corazón tintinea en su jaula. Detesto los sustos. Camino de puntillas hacia la sala de billar. El pulso me palpita en los oídos y me pone nerviosa.

Aquí abajo hace calor y estoy inquieta.

Ahí está, el mural de estilo italiano. Tan incongruente ahora como lo era entonces. Un pastiche. El anuncio de un jabón de la región de Umbría aferrado a la pared de por vida.

¿Es con esto con lo que soñó mi madre? Debió de haber visto el mural en alguna fiesta.

Me fijo en el cuadro. Hay dos niñas que llevan palanganas en la cabeza.

De repente, me siento desconcertada y confusa, con desesperación. Este sitio me está poniendo mala.

Tengo lágrimas en los ojos.

—¿Delia? —le digo a la criada del mural. Por Dios bendito, no se parece en nada a Delia.

Me siento completamente sola, miserablemente sola. Quiero a mi esposo. Quiero a Delia. Fui una hermana horrible. Sollozando, apoyo la cabeza en el mural y susurro:

—Siento haber sido tan implacable y cruel. Perdóname, Delia.

Noto que una mano me toca el hombro.

Grito.

Me revuelvo, me doy la vuelta, sacudo el bastón y me caigo contra el mural.

Hay un hombre menudo con un traje marrón.

—Tranquila, señora, no es más que un cuadro bonito —dice.

El susto me ha dejado muda, sin habla. Estoy a punto de perder el control de mi vieja vejiga. Trato de recuperar el aliento.

El hombre se limita a mirarme fijamente y dice de nuevo, con su extraña voz avinagrada:

—Tan solo es un cuadro bonito.

Me tiemblan las manos de una manera bastante ridícula. Estoy blandiendo el bastón contra él.

—¡Llega usted tarde! —le espeto.

—Bueno, parece que sabe usted moverse por aquí. Bienvenida de nuevo.

—¿De nuevo?

Tiene unos ojos redondos peculiares, este tipo del English Heritage. Unos ojos como bombillitas eléctricas, dorados, brillantes. Su cara me trae a la mente a aquel maldito y horrible lémur. Miro el retrato de la mascota en el mural que tengo junto a mí. Sí, este hombrecillo se parece a Mah-Jongg. Probablemente por eso lo contrataron.

—Sí, doy por hecho que ya ha estado antes en Eltham, dado que sabe moverse por aquí, ¿no?

—Estuve, sí, hace muchos años. De todos modos, lo que quería ver en realidad era el mapa de piel, en el gabinete de Virginia.

—Sígame, señora.

Va delante y yo lo sigo, a paso lento. Aún tengo el pulso a un ritmo absurdamente alto y se me pasa por la cabeza que un susto así, a mi edad, podría haberme matado. Pienso para mí que no solo voy a cancelar mi suscripción, sino que además voy a escribir una carta muy tajante de queja al English Heritage. Detesto los sobresaltos.

Estoy a punto de expresar en voz alta mi malestar cuando me doy cuenta de que el hombrecillo va mascullando algo.

Está soltando una peculiar sarta de cotilleos inconexos y a medio acabar sobre trivialidades de Eltham, y algunos me llaman la atención por su absoluta falta de sentido.

—Dicen que el fantasma de Thomas Wolsey se aparece, a veces, y se puede oír al busto de mármol de Virginia Courtauld gritar del susto, algunos cuentan que de noche el busto cobra vida, y aquí arriba, en el ala del servicio, es donde Erasmo debió de sentarse a hablar largo y tendido con los cortesanos de...

—Bueno, gracias, pero creo que no necesito nada de folclore ni habladurías.

Cruzamos el vestíbulo y bajamos hacia el gabinete de Virginia. El hombrecillo va toqueteándose los bolsillos. Se retuerce y se revuelve como si tuviese pulgas dentro del traje. Huele mucho a tintura de yodo y ese olor me hace sentir... vulnerable. Llevo años sin oler a tintura de yodo.

—Hemos llegado, señora.

No me encuentro bien. El susto que me ha dado el hombre en el sótano me ha provocado una rigidez en el pecho. Noto la respiración superficial.

Está sonando música de jazz y siento calor, estoy sofocada. Me duelen los huesos y este hombrecillo tan peculiar no me gusta nada.

—¿De dónde viene esa música?

—¿Música, señora?

Y tiene razón, no suena ninguna música.

Estoy aturdida, eso es todo.

—Aquí en la pared puede ver el famoso mapa de piel, que incluye...

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en Eltham? —lo interrumpo.

—Ah, mucho tiempo. En realidad, siempre he estado aquí. Bueno, señora, veo que se le van los ojos a la cortina de terciopelo que está en ese rincón. ¿Quiere ver la sala de los mapas?

Dice «sala de los mapas» en voz suave, con una mueca especialmente repelente en su menudo rostro simiesco.

—No se moleste, creo que debo irme ya, en realidad, tengo un taxi...

—NO PUEDE —me chilla y revuelve las manos en los bolsillos—. Es decir, que tiene que ver la sala de los mapas, hay pinturas en las paredes, las acaban de descubrir, son de la década de 1930. Es una de las salas más notables del palacio de Eltham.

Tengo el estómago del revés.

—¿Pinturas?

—Venga, señora, vamos —me dice, y descorre la cortina—. Esto le va a encantar.

Cruzo al otro lado.

Es una estancia pequeña, con mapas manchados y rotos por todas las paredes. En torno a los mapas, hay unos pequeños motivos pintados. Un irlandés gracioso con un traje verde. Corales, joyas, algunos aviones casi imperceptibles, palmeras, camellos y un dragón verde con espinas.

Tengo la boca horriblemente seca y siento que estoy a punto de vomitar. Al fijar la mirada en esos motivos, me doy cuenta con una certeza absoluta de que son pinturas de mi hermana. Es la Britania con el escudo, la encantadora firma de Delia, la misma Britania que ponía en los membretes. Reconocería su curioso estilo en cualquier parte. Mi hermana hizo estas pinturas, pero ¿cómo? ¿Y

cuándo? ¿La noche de la fiesta? Mi cerebro vuela, da saltos. No sé qué pensar. Temo estar teniendo algún tipo de alucinación inducida por la emoción. Estoy a punto de preguntarle al guía cuando me doy cuenta de algo. Encima del mapa de Europa hay dos muchachas jóvenes, dibujadas juntas, con unos vestidos. Una es esbelta y guapa, con el pelo rojo al viento; está sonrojada y sonríe. La otra es más baja, más rechoncha, menos guapa y parece asustada. Tiene una mueca en la cara y está señalando la parte de arriba del mapa.

—Va a hacerle compañía a Delia —dice el hombrecillo, detrás de mí.

—¿Qué ha dicho? —Me doy la vuelta y lo miro de frente.

—He dicho que va a hacerle gracia esa.

Me noto tan mareada que en realidad no entiendo qué está pasando. Me giro para mirar las pinturas y me apoyo con una mano temblorosa en la pared.

¿Qué es eso? En la pared. Me cago en todo Dios mío qué...

No puedo creer lo que ven mis ojos, pero la muchacha más alta está más pálida que hace unos segundos. Parece menos segura de sí misma. El dibujo está cambiando. No estoy bien, sin duda. Sigo mirando. La otra señorita menos guapa tiene la boca abierta, plena de intencionalidad, señalando la parte superior del mapa. Sigo con la mirada el brazo extendido y allí, apoyado en el extremo del mapa, hay un hombrecillo vestido de marrón, con la cara como un lémur.

¡CRIIIICH!: desde detrás de mí, una atroz explosión de ruido.

Me doy la vuelta blandiendo mi ridículo bastón y el hombre da un salto y entonces es el lémur, el odioso Mah-Jongg, con los ojos de color naranja encendidos de ira, girando y dando vueltas en sus órbitas, con unas hileras de dientes afilados que le llegan hasta la garganta, negra; empiezo a gritar y salta sobre mí y me tira contra la pared, golpeándome con fuerza el pecho con dos puños como garras. Lucho con él, le pego y me muerde la mano, y siento como si una docena de alfileres me penetraran la piel, el dolor es sencillamente increíble. Suelto un aullido. El susto de verme atacada me resulta atroz, aunque la pura sorpresa de la violencia se funde con una incredulidad aplastante, porque al darme contra la pared no me he detenido. La pared es blanda. Parece estar absorbiéndome. Siento que tiran de mí poco a poco, luego noto un tirón más

fuerte y no puedo impulsarme hacia delante; a estas alturas grito como una loca, chilló, respiro con dificultad «¡DIOS MÍO!» escupo jadeos aterrorizados de pánico «¡AYÚDAME!» babeo ataques de sollozos, no soy lo bastante fuerte, voy a hundirme, la pared parece estar tirando de mí hacia dentro, el hombre-lémur ha desaparecido, y ahora algo me gruñe y me da tirones desde atrás, me sisea, me ruge, me arrastra hacia dentro de la pared, doy patadas y me revuelvo y desgarró el aire con las uñas, pero todo es líquido, la habitación está oscura y no puedo agarrarme a nada; entonces, de repente, entre mis lamentos suena una voz familiar, una voz de mujer joven que dice «No», está enfadada y decidida y está diciendo «¡No, NO!», me uno a sus gritos desesperados y empiezo a chillar «¡No, por favor, no!» y noto dos manos en los hombros que me empujan hacia delante, unas manos fuertes pero pequeñas, que me empujan de vuelta, para salir de la pared, para salir a la habitación; grito en mitad del dolor y la confusión «¡¿Delia? ¿DELIA?!» y percibo un golpe fuerte a dos manos, un empujón final en los hombros, y salgo despedida al suelo, hecha un ovillo, más allá de la pesadilla me derrumbo absolutamente.

Estimado señor Porter:

Gracias por su carta.

Ya no trabajo para el English Heritage, pero sí, recuerdo a la señora Charbury.

Ocurrió en 2012. Iba a enseñarle el palacio. Me la encontré en el acceso de la entrada principal, en un estado lamentable. Me dijo que su hermana Delia estaba atrapada en unas pinturas de la sala de los mapas y que llevaba ahí desde 1937, y me contó que el lémur la había atacado. Admito que pensé que aquello no tenía ningún sentido. Creí que estaba chiflada. Para empezar, el palacio estaba cerrado con llave y con las alarmas activadas.

Abrí la puerta después de que se llevaran a la señora Charbury en una ambulancia. No había nadie dentro. Grité el nombre de Delia varias veces, porque le había prometido a la señora Charbury que lo haría. Me dio vergüenza, y estaba un poco desconcertado, allí dentro solo, llamando a otra persona. La sala de los mapas estaba cerrada y no mostraba señal alguna de altercado. Inspeccioné bien todo el lugar. Me pregunta usted si se percibía alguna mala sensación. Sí, tuve un mal presentimiento allí aquel día. Lo único destacable era que uno de los disfraces del sótano

para las recreaciones de la Segunda Guerra Mundial, un traje de lana marrón, estaba arriba, en la *suite* Mah-Jongg. Seguramente lo dejasen allí después de alguna fiesta de instituto de fin de trimestre. Y eso fue todo.

En 2014, cuando los restauradores descubrieron las pinturas en la sala de los mapas, admito que me inquieté bastante y recordé los aterrorizados desvaríos de la señora Charbury sobre su hermana. Intenté ponerme en contacto con ella, pero había cancelado su suscripción al English Heritage. Di con ella después de hacer unas búsquedas en internet y vi que había fallecido en 2012, tras su visita a Eltham. Pobre señora: murió por la mordedura infectada de un animal en la mano. Un asunto muy feo.

En cualquier caso, Eltham es un sitio algo extraño.

Buena suerte con su relato,

RORY KIPPAX

DICCIONARIO GEOGRÁFICO DE SITIOS ENCANTADOS DEL ENGLISH HERITAGE

A lo largo y ancho de toda Inglaterra se han visto —o sentido— fantasmas en lugares protegidos por el English Heritage. A continuación, se recoge una selección hecha a escala nacional (en ningún modo exhaustiva) de propiedades que, según se dice, están encantadas, acompañadas por las escalofriantes historias que tienen detrás. Entre ellas se incluyen las ocho localizaciones que han inspirado los relatos recopilados en este libro.

LONDRES

Palacio y jardines de Eltham

Este opulento palacio, que en su época de esplendor superaba en tamaño a Hampton Court, empezó siendo la mansión del obispo Odo de Bayeux, hermanastro de Guillermo el Conquistador. En 1296, el obispo Antony Bek de Durham construyó una casa señorial —de la que se han excavado algunas partes— y a principios del siglo XIV, Eduardo II le regaló a su esposa esta casa rodeada por un foso. La mansión se convirtió en una residencia predilecta de la realeza y pasó por importantes ampliaciones. El salón principal que se visita hoy lo construyó Eduardo IV en la década de 1470: un espacio espléndido para que el rey recibiera hasta a dos mil invitados, como ocurrió en 1482. Enrique VIII pasó gran parte de su infancia en Eltham, aunque con Isabel I el palacio empezó a quedar en ruinas. No fue hasta 1933 cuando recuperó su esplendor; en ese año la popular pareja formada por Stephen y Virginia (Ginie) Courtauld le arrendó la finca a la Corona. Stephen era increíblemente rico gracias a la fortuna que había

heredado del negocio textil de su familia, que le permitía vivir sin trabajar, dedicado a sus intereses culturales y filantrópicos. Si bien conservaron el salón medieval, Stephen y Ginie contrataron a los arquitectos Sealy y Paget para construir una casa nueva, equipada con todas las comodidades tecnológicas: un espacio glamuroso y ultramoderno para sus colecciones de arte y su mobiliario, y para sus frecuentes fiestas.

Ginie tenía una mascota a la que adoraba, un lémur llamado Mah-Jongg, tristemente célebre por morder a la gente que no le gustaba. Mah-Jongg disponía de unos aposentos propios en Eltham, con calefacción y decoración de diseño, que pueden visitarse actualmente. El mapa de piel de la finca que se menciona en el relato de Max Porter se lo hicieron ex profeso a los Courtauld y sigue estando encima de la chimenea, en el gabinete. Los dibujos descritos se encuentran en la contigua sala de los mapas, donde los conservadores han descubierto recientemente pegados a las paredes (bajo un papel pintado puesto *a posteriori*) grandes mapas de zonas a las que viajaron los Courtauld. Los dibujos están pintados en las paredes junto a los mapas y representan escenas y personajes de todo el mundo.

No obstante, el fantasma más famoso de Eltham es, según parece, uno de los guías del palacio, que estaba muy vinculado al lugar y murió tan solo una semana después de jubilarse. Posteriormente se le ha visto guiando visitas mientras en teoría la casa estaba cerrada. El personal ha comunicado muchos otros incidentes; son tan frecuentes que un trabajador se rio ante la sugerencia de que les puedan resultar inquietantes y afirmó estar acostumbrado a todo: los susurros y los pasos que se oyen al cerrar la casa por la noche, y las puertas que se abren y se cierran misteriosamente. Estos fenómenos ocurren con frecuencia en la galería de los juglares, encima del salón principal, y en uno de los aposentos contiguos, utilizado por los sobrinos de Ginie.

Otro caso intrigante es el de una mujer con ropa medieval a la que los guardas de seguridad han visto de noche, en varias ocasiones. La han observado caminar por los arcos del pasillo, al fondo del salón principal, entre los armarios que ahora ocultan los arcos y las instalaciones eléctricas modernas allí dispuestas.

Casa y jardines de Chiswick

La casa de Chiswick es uno de los ejemplos más importantes —y exquisitos

— de arquitectura británica del siglo XVIII. La diseñó y construyó el tercer conde de Burlington en la década de 1720: se trata de un trabajo pionero de arquitectura neoclásica inspirado por el arquitecto italiano del siglo XVI Andrea Palladio y por las villas, templos y palacios de la antigua Roma. Los interiores ornamentados y los jardines formales fueron creación de Burlington y del arquitecto, pintor y paisajista William Kent.

Los jardines los restauraron en 2010, en el marco de un gran proyecto. Según parece, en 1958, durante una obra previa de conservación, se restauró algo bien distinto: la cocina. Los trabajadores empezaron a oler a beicon frito en la zona donde antiguamente se emplazaban las cocinas. Los hombres lo achacaron a un cocinero fantasma, dedicado todavía al parecer a sus labores en los fogones.

Jewel Tower

Discretamente enclavada entre las Casas del Parlamento y la abadía de Westminster, esta torre es una valiosa superviviente del palacio medieval de Westminster. La Jewel Tower la construyó en 1365 Eduardo III en la esquina suroeste de su palacio, junto a sus aposentos privados y al jardín. Estaba destinada a albergar su colección personal de joyas, oro y plata.

Durante la excavación del foso, llevada a cabo en la década de 1950, se descubrieron varios objetos, entre los que llamaron la atención (por su curiosidad) dos cabezas: la de un hombre y la de un gato. El gato era especialmente interesante porque tenía el cráneo despellejado y pintado de verde. ¿Superstición? ¿Un familiar de una bruja? Sin embargo, no es ni hombre ni gato lo que parece acechar la torre (aunque el cráneo del gato está expuesto): se ha visto a una mujer atravesar la muralla y entrar al patio de la torre. Vestía ropas del siglo XVII, época en la que existía efectivamente una puerta en la muralla que daba al patio.

Kenwood

Esta casa espléndida, magníficamente restaurada, se levanta al borde de Hampstead Heath, en una zona del parque diseñada por Humphry Repton. Robert Adam se ocupó de la remodelación de Kenwood entre 1764 y 1779 para William Murray, primer conde de Mansfield, y la casa cuenta con algunos de los interiores más exquisitos entre las creaciones de Adam que siguen en pie. En

1925, Edward Cecil Guinness, primer conde de Iveagh, compró Kenwood, para después donar la casa al Estado, junto con una notable colección de pinturas británicas y obras de maestros antiguos, que incluía cuadros de Rembrandt, Vermeer, Turner, Reynolds, Gainsborough, Constable y Romney.

En el salón de arriba, junto a la escalera principal, están los deslumbrantes retratos de cuerpo entero de la colección Suffolk. Allí, sin nadie más presente que el guarda de sala, cuentan que la puerta se ha cerrado a veces de golpe con cierta violencia. Hay quien sugiere que podría ser el fantasma de uno de los residentes más famosos de Kenwood, Dido Elizabeth Belle, la sobrina nieta mulata de lord Mansfield.

EL SURESTE

Castillo de Dover, Kent

Este castillo se encuentra en lo alto de los blancos acantilados de Dover (White Cliffs), sobre el canal de la Mancha, en el punto más cercano entre Inglaterra y Francia. Estuvo en activo de manera ininterrumpida desde su construcción —bajo el mandato de Guillermo el Conquistador, después de la batalla de Hastings en 1066— hasta la Guerra Fría. En 1216, soportó uno de los sitios ingleses más terribles de la Edad Media, tras el cual se construyó una destacable serie de defensas nuevas, unidas entre sí por túneles subterráneos, y ampliadas y extendidas en los siglos XVIII y XIX.

En 1797, durante las guerras napoleónicas, se excavó una nueva serie de túneles en los famosos acantilados blancos para alojar allí al gran número de tropas necesarias para cubrir las defensas. Durante la Segunda Guerra Mundial, dichos túneles acogieron el centro de mando que controlaba las operaciones navales en el canal. Fue ahí donde, en mayo de 1940, se planeó y coordinó el «milagro» de Dunquerque, que tuvo como resultado la evacuación de 338.000 soldados aliados desde la costa de Francia.

A lo largo de su prolongada historia, Dover ha dado refugio entre sus muros a muchos miles de vidas. No sorprende que abunden las historias de fantasmas. En la torre principal, dos miembros del personal vieron la mitad inferior del cuerpo de un hombre a la puerta de los aposentos del rey. Otro trabajador, mientras limpiaba el sótano, vio la figura de un caballero leal a Carlos I,

mientras que otro más ha divisado la figura de una mujer con vestido rojo en las escaleras y en la galería del muro. No existen historias asociadas a ninguno de los fantasmas de Dover, salvo la del tamborilero: cuentan que el muchacho llevaba encima una importante suma de dinero para hacer un recado en el castillo cuando lo asaltaron y lo decapitaron. Numerosas personas han asegurado oír el redoble de su tambor cerca de las cresterías del castillo.

Pese a que no existen registros de la aparición de ningún aviador estadounidense, como ocurre en el relato de Stuart Evers, sí se han visto fantasmas de oficiales de la Marina en los túneles de la guerra. También ahí son frecuentes experiencias relatadas por personal y visitantes que incluyen portazos, pasos y voces, además del curioso avistamiento de un piquero del siglo XVII. Una pareja estadounidense comentó con el personal lo realistas que eran los gritos y lamentos de la recreación sonora dentro de los túneles... pero no había entonces ninguna recreación de ese tipo.

Intrigados por la frecuencia de estos fenómenos, en 1991 un equipo de investigadores visitó el castillo de Dover y registró varios sucesos. Lo más notable fueron las sacudidas que dieron un par de puertas en el hueco de la escalera de la torre principal, que se grabaron en una cinta de vídeo; las imágenes salieron más adelante en la serie de televisión *Strange but True?* Y hay otra rareza más. Durante la grabación de ese episodio, invitaron a un vidente. Mientras estaba en la sala del repetidor de los túneles de la guerra —supuestamente, la parte más encantada del castillo—, al vidente «le fue dicho el nombre de Helen». Unos días después, una turista australiana dijo haber visto a un hombre en los túneles que parecía agobiado y que le preguntó «¿dónde estaba Helen?». Años después, durante un ejercicio en los túneles en una excursión escolar, un niño dibujó una figura con un bocadillo de habla: «¿Dónde está Helen?». Le contó al personal del castillo que se lo había preguntado un hombre con el que se había cruzado en los túneles.

Casa de mercader medieval, Southampton, Hampshire

Construida en torno a 1290 para un comerciante de vino, un tal John Fortin, la casa se levanta en la que fue en otros tiempos una de las calles más ajetreadas del Southampton medieval, cerca de las murallas. Southampton se había convertido en un puerto grande y próspero, enriquecido gracias al comercio con el continente. La casa de Fortin incluía una bodega en la que almacenaba el vino, una tienda en la fachada de la planta baja y un dormitorio en saliente sobre la

calle.

La casa se ha restaurado para devolverle el aspecto que tenía a mediados del siglo XIV, bodega incluida. Hace unos años, el personal estuvo rastrillando el suelo de la bodega, que por entonces estaba cubierto de gravilla, antes de marcharse y cerrar al término de la jornada. A la mañana siguiente, se sorprendieron al ver una serie de huellas claramente marcadas en la gravilla. Las pisadas empezaban en mitad de la estancia y desaparecían en una pared: la última solo se veía en parte, como si las suelas fantasmales hubiesen atravesado las piedras.

Abadía de Netley, Hampshire

Las ruinas de la abadía conforman los restos más completos de un monasterio cisterciense en el sur de Inglaterra. La abadía la fundó en 1238 el poderoso Peter des Roches, obispo de Winchester, y después de la disolución de los monasterios Enrique VIII se la cedió a sir William Paulet, su tesorero, que convirtió la abadía en una mansión. No obstante, en 1704 la casa se vendió como material de construcción. Los restos poco a poco quedaron en ruinas, y hacia finales del siglo XVIII, su romántico estado de abandono inspiró a muchos escritores góticos y espíritus afines al romanticismo.

Cuentan que uno de los muchos fantasmas registrados en Netley es el hombre a quien le vendieron la casa como material de construcción en 1704: un constructor de Southampton llamado Walter Taylor. Tras firmar el contrato, Taylor soñó que una piedra de una de las ventanas de la iglesia se le caía en la cabeza y lo mataba. Habló sobre el sueño con un amigo, temeroso de que fuese una advertencia, pero al final decidió seguir adelante con la demolición. Mientras trabajaban en el extremo oriental de la iglesia abandonada, le cayó en la cabeza una piedra de una ventana en arco, que le fracturó el cráneo y lo mató.

Castillo de Portchester, Hampshire

Se encuentra en el extremo norte del puerto de Portsmouth, en el interior de las imponentes murallas de un fuerte romano del Litus Saxonicum (el ejemplo más completo que queda de su tipo en el norte de Europa). Bajo el dominio normando se construyó un torreón fortificado, con lo que el fuerte costero se transformó en un castillo, que se amplió y modernizó a lo largo de la Edad

Media. Seguía siendo residencia en el siglo XVII y se utilizó para albergar a prisioneros durante las guerras napoleónicas. El último de ellos salió de allí en 1819.

Dada su prolongada y variada historia, no sorprende que los fantasmas de Portchester sean también diversos: un monje que deambula por la orilla junto a la muralla exterior (en el siglo XII se fundó aquí un priorato agustino), un centurión romano vigilante en el cuerpo de guardia y una mujer victoriana vestida de blanco. En una ocasión, un miembro del personal y un visitante vieron un caballo al galope cruzando el patio de armas. Se habría podido confundir con una criatura viva, de no haber sido por el hecho de que el caballo surgió de las murallas del castillo y sencillamente desapareció en el patio de armas.

Castillo de Upnor, Kent

Se construyó en 1559 por orden de Isabel I a orillas del río Medway, para defender a la flota real y el nuevo astillero que estaban levantando cerca del pueblo de Chatham, a poca distancia río arriba. A finales del siglo XVI ampliaron el castillo, y en 1667 los valientes esfuerzos de su guarnición contribuyeron a evitar que los barcos de guerra holandeses se acercasen y destruyesen Chatham durante su incursión por el Medway, por lo demás victoriosa. Upnor se convirtió seguidamente en un polvorín para suministrar a la Marina y a una serie de defensas nuevas que se estaban construyendo a lo largo del río. En 1691, este castillo era ya su mayor almacén de pólvora. Para proteger semejante suministro de explosivos, emplearon a una pequeña compañía de soldados, que poco después de 1718 se alojó en los barracones nuevos, de los primeros que se construyeron en el país.

«Fantasmas de verdad, no de cuento», es la descripción que hace un trabajador actual sobre la situación en Upnor. Hay toda una lista de sucesos frecuentes. Esta misma persona, mientras barría un día antes del cierre, vio a un niño con ropa de la época georgiana a la entrada de los barracones, con la mano extendida, como entregando un mensaje en la puerta; al minuto, el niño había desaparecido. Más inquietante fue la visión de un rostro por encima del hombro de otro trabajador, en el cuerpo de guardia: un hombre con el pelo largo y enmarañado, de unos cuarenta años. Sin embargo, es la tienda, en los barracones, la que genera los mayores problemas. Allí, el personal ha visto con sus propios ojos cómo caían puñados de folletos al suelo, como si alguien los hubiese tirado, y al abrir por la mañana se han encontrado cajas de mercancía volcadas, con el

contenido esparcido por la tienda. Una vez —con menos mal humor, parece— una cesta de anillos de juguete, con el diseño de la calavera y los huesos de los piratas, pero la cesta estaba muy bien colocadita encima del montón de anillos.

Fuerte Tilbury, Essex

Este fuerte costero en el estuario del Támesis es el mejor ejemplo de bastión del siglo XVII que existe en Inglaterra, con el circuito completo de fosos y dependencias exteriores aún notablemente conservados. Se empezó a construir en 1670, bajo el dominio de Carlos II, en el lugar de un fuerte anterior levantado por Enrique VIII. Estaba diseñado para detener a los barcos de guerra que se dirigiesen río arriba y tenía una guarnición equipada para evitar el ataque por tierra. En 1716, se construyeron dos polvorines para almacenar grandes cantidades de pólvora destinada a las fuerzas gubernamentales del Imperio emergente. En Tilbury encerraron a los prisioneros escoceses después del levantamiento jacobita de 1745, y mucho más tarde, durante la Primera Guerra Mundial, las armas modernas del fuerte ayudaron a derribar un zepelín de asalto.

En Tilbury se conserva un diario que perteneció a un tal James Bowley, que se alistó en el ejército en 1838. En él, Bowley describe un hecho acaecido en el Támesis después de que enviasen al Cuerpo de Ingenieros Reales a retirar un bergantín, *The William*, que había chocado con un vapor de ruedas y se había quedado varado en las rutas de navegación del Támesis. Los ingenieros hundieron un cajón de explosivos bajo el buque para volarlo y dejarlo hecho piezas que pudieran retirarse. Pero uno de los hombres, el cabo Henry Mitchell, falleció en la operación. Llevaba puesto el voluminoso y pesado equipo de buceo de la época y el tubo del oxígeno se le enrolló. No salió a la superficie a tiempo y el bergantín explotó, entre los vítores de la gente apostada en la orilla del río, ajena aún al accidente. A Mitchell lo encontraron entre los restos y lo llevaron ante el cirujano del fuerte, pero no había nada que hacer. Cuentan que la figura de este desafortunado joven vaga por el fuerte en el que murió.

A veces se oyen también en la capilla la voz susurrante y los pasos de un hombre; se cree que es el fantasma de un antiguo capellán. Asimismo, se ha visto a unos soldados con casacas rojas marchar junto a los muros de protección, además de oírse voces diversas de hombres y mujeres.

EL SUROESTE

Castillo de Pendennis, Cornwall

Esta fortaleza tudor —junto con su gemelo, el castillo de St. Mawes— se alza cerca de Falmouth, a la entrada de Carrick Roads, el enorme puerto natural situado en la desembocadura del río Fal. Los dos castillos están colocados frente a frente, separados por kilómetro y medio de agua. Durante más de cuatrocientos años, sus armas apuntaron al sur, al canal abierto, y al interior, bloqueando el acceso al río. Pendennis y St. Mawes se construyeron en la década de 1540 como parte del extenso programa de defensa de Enrique VIII, ante el temor nacional a la invasión de las potencias católicas de Europa. El peligro pasó, pero las fortalezas siguieron armadas hasta 1956 y desempeñaron un papel activo en la guerra civil inglesa, las guerras napoleónicas y las dos guerras mundiales.

Desde octubre de 1645, Pendennis estuvo acondicionado como alojamiento de invierno para el príncipe Carlos, el futuro Carlos II. El monarca pasó varias semanas allí a principios de 1646, pero a principios de marzo por motivos de seguridad se marchó a las islas Sorlingas. (Su madre, la reina Enriqueta María, también se alojó fugazmente aquí en julio de 1644, antes de escapar a Francia).

Los Killigrew eran una antigua y prominente familia de Cornwall que vivía en la casa señorial de Arwenack, al abrigo de Pendennis. En la década de 1540, John Killigrew (m. 1567) fue el primer gobernador del castillo de Pendennis. Su hijo mayor, llamado también John, lo sucedió en el cargo y, al igual que su padre y muchos otros caballeros marinos del momento, conspiró con los propios piratas a quienes tenía el encargo de desafiar. Parece que su esposa, Mary, participó en las actividades de su marido. En 1567, los Killigrew reconstruyeron la casa, Arwenack, para incorporarle algunos elementos defensivos, como las troneras.

En lo que a fantasmas se refiere, Pendennis no defrauda: un niño que fue de visita con sus abuelos dio una descripción detallada de un soldado en el almacén de proyectiles de la batería en media luna; un antiguo jefe de conserjes veía con frecuencia a una joven en las escaleras del torreón fortificado cuando lo abría por las mañanas; de todos modos, parece que el que fuera gobernador del castillo, el capitán Philip Melvill, es quien protagoniza las apariciones más regulares. Lo nombraron gobernador en 1797 y permaneció en Pendennis hasta su muerte, en 1811. Con diecinueve años, a Melvill ya lo habían enviado junto a su regimiento a la India, donde resultó gravemente herido, lo hicieron prisionero

y pasó cuatro años encerrado en unas condiciones crueles. Las heridas, que nunca le trataron, jamás se curaron del todo y quedó invalidado para el servicio activo. A Melvill le gustaba sentarse en una silla junto a la ventana de sus aposentos de Pendennis a observar los barcos de la bahía. Según el personal que trabaja hoy en el castillo, es frecuente encontrar una silla desplazada hasta esa ventana de los antiguos aposentos de Melvill, en la primera planta de la barbacana. Además, se oye el ruido que hace la silla al arrastrarla hasta allí. Pero, tal y como señala un miembro del personal, ¿por qué ese arrastre? ¿Acaso Melvill no la habría levantado? Las viejas heridas sufridas por el capitán en la India le dejaron un brazo inutilizado: el izquierdo lo llevaba en cabestrillo.

Castillo de Berry Pomeroy, Devon

Esta fortaleza, oculta en los bosques de Devon, se encuentra entre las ruinas más pintorescas y románticas de Inglaterra, y se ha labrado también reputación de ser de las más embrujadas. El castillo de Berry Pomeroy lo construyó la familia Pomeroy en el siglo XV, durante las guerras de las Rosas. Más adelante, a mediados del siglo XVI, lo adquiriría Edward Seymour, «protector de Somerset» —el hombre más poderoso del reino—, y la familia Seymour lo convirtió en una mansión, tan ambiciosa y grandiosa en tamaño que al final el dinero se acabó y el lugar quedó abandonado hacia 1700.

Pese a que muchas de las historias de fantasmas en torno a este castillo podrían atribuirse a la imaginación de los victorianos, sí parece que hay algo que perturba el lugar. Se manifiesta sobre todo en fallos tecnológicos: cámaras y teléfonos móviles que no funcionan, y unas imágenes inexplicables sacadas por un cámara profesional que estaba grabando allí. El cámara descubrió que la película se le había velado por completo, pese a que la pista de audio estaba intacta, aunque alterada por «ocasionales chirridos y otros ruidos extraños». Un visitante recordaba que de joven había acudido allí en coche con sus amigos una noche. Vieron algo blanco entre los árboles y corrieron de vuelta a los vehículos, aterrorizados, pero ninguno de los motores arrancaba, así que huyeron a pie. Regresaron a la mañana siguiente y descubrieron que los coches funcionaban sin problemas. Pasaron veinte años hasta que uno de ellos se atrevió a volver al lugar con su pareja, que al final terminó visitando el castillo sola. Él, declaró, no pensaba «entrar ahí» de ninguna manera.

Castillo de Farleigh Hungerford, Somerset

Sir Thomas Hungerford comenzó la construcción de esta mansión fortificada en la década de 1370. El edificio lo amplió su hijo y siguió en manos de la familia Hungerford hasta finales del siglo XVII, cuando el notable derrochador sir Edward Hungerford lo vendió. En la bóveda de la capilla familiar hay una colección única de ataúdes de plomo con forma humana: es el lugar de descanso de esta familia un tanto plagada de escándalos. A dos de sus miembros los ejecutaron durante las guerras de las Rosas. A otro —que tuvo a su esposa presa en el castillo durante cuatro años, casi la mata de hambre y trató de envenenarla— lo decapitaron más adelante junto a Thomas Cromwell por orden de Enrique VIII, ambos acusados de traición, brujería y homosexualidad. En aquel tiempo, sus contemporáneos lo consideraban una persona muy «inquieta», prácticamente un loco.

Sin embargo, no hay noticias de que ninguno de esos Hungerford aceche los edificios. Es a lady Agnes Hungerford a quien se ha visto a veces en la capilla, quizá arrepentida por sus actos. La condenaron por incitar e instigar a dos de sus criados para que asesinaran a su primer esposo, después de lo cual echaron el cadáver al horno de las cocinas del castillo y Agnes se casó de inmediato con sir Edward Hungerford. Tras la muerte de su segundo esposo, Agnes y los criados fueron ahorcados en Tyburn.

Castillo de Old Wardour, Wiltshire

Esta notable fortaleza, levantada en la década de 1390, se emplaza en un valle remoto. Se construyó por encargo del quinto lord Lovell, John, uno de los barones más ricos de Inglaterra. En aquel tiempo, la sofisticación del castillo estaba a la altura de cualquier otra construcción de Europa. Su diseño hexagonal fue pionero en la disposición de las lujosas *suites* independientes para los invitados, y en su conjunto era un símbolo de la proximidad de Lovell a la opulenta corte de Ricardo II, primo de su esposa. En 1578, el nuevo propietario, sir Matthew Arundell, decidió modernizar la exquisita fortaleza y adaptarla a la vida isabelina. No obstante, en la década de 1640 el castillo sufrió un sitio durante la guerra civil que lo dejó parcialmente derruido y después fue cayendo en la ruina.^[9]

Según cuentan, el fantasma habitual de Old Wardour es el de la esposa de sir

Thomas Arundell, la indomable lady Blanche. Durante la guerra civil inglesa, y en ausencia de su esposo, Blanche reunió a veinticinco hombres y criados y resistió a un sitio frente a mil trescientos parlamentaristas, durante seis días, antes de rendirse. Sin embargo, lo que los visitantes aseguran encontrarse en la escalera de caracol no es la figura de la valiente Blanche, sino una luz, como la de un farol, y el sonido de un profundo gemido.

Castillo de Portland, Dorset

Este fortín de artillería costero, achaparrado y compacto, lo construyeron en 1540 para Enrique VIII, con el objetivo de proteger el importante fondeadero conocido como Portland Roads. Formaba parte de la cadena de fuertes levantados a lo largo de la costa sur en un periodo de amenaza invasora por parte de la Europa católica. Siguió contando con armas y guarnición hasta el siglo XIX, cuando se convirtió en una residencia privada, aunque recuperó su uso militar a finales del siglo y continuó en servicio hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Durante la Guerra Civil inglesa, la isla de Portland era un bastión del bando realista, mientras que la vecina ciudad comercial de Weymouth apoyaba a Cromwell. El castillo fue objeto de numerosas batallas y en repetidas ocasiones lo tomaron y lo retomaron fuerzas tanto parlamentaristas como realistas.

Richard Wiseman —cirujano realista y más tarde cirujano de la corte con Carlos II— recordaba haber atendido a uno de los soldados de la guarnición de Portland en 1645. El hombre tenía una hemorragia y Wiseman le cauterizó la herida con un atizador candente. Aparte de empujones y pellizcos experimentados en estancias por lo demás vacías, algunos visitantes han asegurado haber percibido olor a carne quemada estando en la cocina del castillo, donde cuentan que tuvo lugar la improvisada cirugía.

YORKSHIRE Y EL HUMBER

Búnker de la Guerra Fría de York, York

Inaugurado en 1961, en plena Guerra Fría, el búnker fue el cuartel general del grupo n.º 20 de los Royal Observer Corps, nombre oficial de los cuerpos de

vigilancia civil. En 1949, la inestable relación entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales que siguió a la Segunda Guerra Mundial se vio deteriorada cuando los soviéticos detonaron una bomba nuclear de prueba. Como respuesta, Gran Bretaña intensificó su desarrollo de armas nucleares y empezó a investigar y a planificar un posible ataque nuclear. En 1956, el Ministerio de Fomento comenzó a diseñar búnkeres resistentes a las bombas nucleares. El búnker de la Guerra Fría de York fue uno de los veintinueve construidos para formar una red de puestos semisecretos desde los que observar y supervisar un ataque nuclear. Se construyó bajo tierra, en cemento armado, con tres pisos de profundidad, «blindado» con tres capas de asfalto protegido por un enladrillado, y luego cubierto de tierra. Una vez devastado y contaminado el mundo exterior, un cuerpo de militares hombres y mujeres se encerraría aquí herméticamente tras las puertas de los compartimentos estancos y trataría de entrar en contacto con el mundo exterior superviviente desde la sala de operaciones, situada en el corazón de este refugio enterrado. El búnker siguió contando con personal, preparado para su cometido, hasta que lo desmantelaron en 1991.

Quizá debido a su corta y, por fortuna, nada accidentada vida —solo treinta años y testigo únicamente de actividades en tiempos de paz—, no se conoce ninguna historia de fantasmas aquí. Este baluarte subterráneo helado parece estar acechado tan solo por su propio destino, tan temido en otros tiempos.

Castillo de Scarborough, norte de Yorkshire

Se alza en un promontorio espectacular, con unas extensas vistas panorámicas del mar del Norte y el litoral circundante. Los romanos construyeron aquí una torre de observación en el siglo IV, y la enorme torre del siglo XII de Enrique II sigue dominando el lugar. El castillo fue sitiado varias veces, una especialmente destacable por parte de los barones rebeldes en 1312[10] y en otras dos ocasiones durante la guerra civil. Buques de guerra alemanes lo bombardearon y lo dejaron muy dañado en la Primera Guerra Mundial.

Fue durante el sitio de 1312 cuando capturaron al valido de Eduardo II, Piers Gaveston, que se había refugiado en Scarborough. Pese a la promesa de concederle un salvoconducto si se rendía, su gran enemigo, el conde de Warwick —a quien Gaveston había llamado despectivamente Black Dog, «perro negro»—, lo capturó cuando regresaba al sur y lo decapitó sumariamente. Algunos visitantes han afirmado haber recibido empujones y tirones en estancias

vacías y, según la leyenda local, en el borde del acantilado del castillo el fantasma de Gaveston intenta atraer a la gente a la muerte.

Abadía de Whitby, norte de Yorkshire

Las grandes ruinas de la abadía se ven desde muchos kilómetros de distancia, dominando el promontorio sobre la pintoresca ciudad de Whitby. La primera abadía se fundó en el año 657 bajo el mandato del rey Oswiu de Northumbria, y su primera abadesa fue la formidable princesa anglosajona Hild. Fue aquí donde Caedmon, el pastor de vacas, recibió una inspiración milagrosa y se hizo poeta. El gran sínodo de Whitby se celebró en este lugar en el año 664 para determinar la futura dirección de la Iglesia de Inglaterra. La abadía quedó abandonada en el siglo IX, probablemente después de varios asaltos vikingos. Las ruinas que se ven hoy no son de esa abadía, sino de la fundada en el siglo XI por un monje benedictino, Reinfrid. La nueva abadía creció hasta convertirse en uno de los monasterios más poderosos de Yorkshire, que fue disuelto en 1539. Parte de la abadía la convirtieron en una hermosa mansión, de la que hoy queda una parte. Las ruinas góticas son el inolvidable telón de fondo de la llegada de Drácula a Inglaterra en la novela de Bram Stoker. En el libro, Lucy Westenra siente curiosidad por el fantasma de una «dama blanca» que cuentan que han visto en una de las ventanas de la abadía, aunque un escéptico lugareño le dice sin rodeos que esas historias están «muy bien para forasteros, viajeros y gente así, pero no para una dama joven y encantadora como usted».

Abadía de Byland, norte de Yorkshire

En su época de mayor esplendor, esta abadía cisterciense se consideró una de las tres grandes abadías de Yorkshire, junto con Rievaulx y Fountains. La enorme iglesia de finales del siglo XII era más grande que la mayoría de catedrales del momento. La fachada occidental, que domina las ruinas con los restos de un gran rosetón encima de tres ventanas altas de arco ojival, proclama a Byland como un ejemplo prominente de arquitectura gótica temprana, pionera de este estilo en el norte de Inglaterra. Con la disolución en el siglo XVI, Byland pasó a manos privadas y terminó en ruinas. Sin embargo, uno de los vestigios más notables de la abadía es la compilación medieval de historias de fantasmas escritas en latín por un monje de Byland en torno a 1400. Uno de los cuentos

más extraños perturbó hasta tal punto al escritor que este expresó su esperanza de no sufrir ningún daño por haberlo puesto por escrito. Cuenta cómo, en los días ya pasados, Jacob Tankerlay, antiguo rector de una parroquia cercana a quien habían enterrado delante de la sala capitular de los monjes en Byland, se levantaba de su tumba por las noches para visitar a su antigua amante. Una noche «le exhaló en los ojos a la mujer». No queda del todo claro qué significa eso, aunque el verbo *exsufflare* (literalmente, «soplar») se utiliza en el contexto del exorcismo en el bautismo y también se asocia con ritos de magia. Ocurriera lo que ocurriese, la consecuencia fue que el abad y el cabildo tomaron la decisión drástica de exhumar el ataúd y tirarlo a un lago. El monje concluye rezando para que Dios tenga piedad de Jacob, si este se encuentra entre las almas que recibirán la salvación.

Castillo de Helmsley, norte de Yorkshire

Las ruinas del castillo se levantan sobre un saliente rocoso encima del río Rye. La fortaleza se construyó a principios del siglo XII por encargo de Walter Espec, un barón normando de «estatura gigantesca» con la voz «como una trompeta», famoso por su soldadesca y su religiosidad: Espec fundó la vecina abadía de Rievaulx y el priorato de Kirkham. Helmsley le quedó en herencia al marido de su hermana, Peter de Ros, quien, junto con sus descendientes, levantó la mayoría de las enormes defensas de mampostería que se ven hoy. En 1508, Helmsley pasó a manos de Thomas Manners, quien remodeló parte del castillo para convertirlo en una mansión de lujo. El único desafío militar del lugar — aunque muy importante— fue el sitio sufrido en 1644, durante la guerra civil. Lo contuvo una pequeña guarnición leal al rey durante tres meses antes de rendirse, y en este tiempo murieron cuatro hombres. Más adelante, aún en años de guerra, encerraron a prisioneros realistas en el sótano de la torre oeste. Es uno de esos soldados desgraciados (que murió por el disparo de un cañón o que sencillamente regresa al lugar de un espantoso cautiverio) el que cuentan que aparece sentado entre las ruinas del castillo.

EL ESTE DE INGLATERRA

Audley End, Essex

Esta magnífica casa jacobina se construyó en el lugar que ocupaba la abadía de Walden, un monasterio benedictino del siglo XII que quedó disuelto el 22 de marzo de 1538. Cinco días después, Enrique VIII se lo cedió a su canciller, Thomas, lord Audley, para que lo adaptara para su uso personal. Audley convirtió las alas que rodeaban el claustro del monasterio en una casa patio. Demolió el extremo oriental de la iglesia, que se extendía desde el lado norte del claustro hasta lo que ahora es el parterre o jardín formal. Los cimientos, así como los enterramientos en lo que sería el cementerio de los monjes, se descubrieron durante los trabajos en ese jardín. El nieto de Audley, Thomas Howard, conde de Suffolk, reconstruyó la casa entre 1605 y 1614 a escala palatina. Carlos II le compró el palacio ya hecho al tercer conde en 1667; después Audley End regresó a manos de los Howard en 1701. Más tarde, ese mismo siglo, la condesa de Portsmouth empezó a remodelar la casa y los jardines. Dejó la propiedad en testamento a su sobrino en 1762, y este les encargó a Lancelot Brown —apodado Capability por sus capacidades paisajísticas— la transformación de los jardines y a Robert Adam la adición de una moderna serie de salas de recepción. En la década de 1820, el tercer barón de Braybrooke, erudito y anticuario, redecoró muchas de las estancias al estilo jacobino.

El enorme panel de roble del salón principal, con tallas de bustos y guirnaldas de frutas, probablemente estuviese en sus orígenes pintado en colores vivos. En el siglo XVIII lo cubrieron de blanco para imitar el estuco, entonces de moda. El tercer barón lo retiró todo para dejar la madera desnuda, tal y como está ahora, y compró mobiliario jacobino y una ecléctica colección de armas para exponerlos en la casa. Su hijo, el cuarto barón, sentía pasión por la historia natural; en la casa puede verse su colección de animales disecados.

No se conoce ninguna maldición asociada al panel, como cuenta el relato de Sarah Perry, ni tampoco se ahorcó aquí ningún monje, pero el personal que trabaja en la casa sí ha experimentado algunos sucesos peculiares. Hace un par de años, después del cierre, dos trabajadores estaban haciendo una última ronda en el salón principal cuando olieron a violetas delante del retrato de Margaret Audley. Llamaron a un compañero, que olió lo mismo. El aroma se fue desplazando por el salón y luego, sencillamente, desapareció. En otra ocasión, una trabajadora estaba de pie junto a la ventana, en el exterior de la capilla, y sintió la presencia de alguien tras ella. Se giró y vio a un hombre alto, de porte aristocrático y ropa oscura, que a continuación entró en la capilla. Lo siguió,

pero se había ido ya. Un perro blanco y negro apareció una vez en la despensa: lo vio una empleada nueva mientras les hacía un recorrido a unos visitantes; dio por sentado que se trataba de un perro guía, hasta que se enteró de que no había perros en el edificio. Curiosamente, lord Howard de Walden y su esposa, que alquilaron Audley en 1904, se marcharon en 1912 tras convencerse de que el lugar estaba encantado: mientras jugaba al billar, el lord había visto un perro «atravesar la pared corriendo».

Abadía de Bury St. Edmunds, Suffolk

Fundada en el año 1020, la abadía se convirtió en uno de los monasterios benedictinos más ricos y poderosos de Inglaterra. Las estructuras que quedan son amplias e incluyen la impresionante puerta principal, aparte de restos de la inmensa iglesia y el complejo monástico. En el año 903 se trajeron aquí los restos de Edmund, monarca del Reino de Estanglia (m. 869). La adquisición de una reliquia tan notable hizo del monasterio un lugar de peregrinación, además de convertirlo en receptor de numerosas mercedes por parte de la Corona. Fue aquí, en 1214, donde los barones descontentos se reunieron para debatir sus quejas contra el rey Juan, hecho que desembocó en Runnymede y en la ratificación de la Carta Magna al año siguiente. Pese a que tras la disolución el complejo de la abadía quedó pronto desprovisto de todo material de construcción valioso, la residencia del abad sobrevivió como casa hasta 1720.

Los monjes de Bury debieron de estar profundamente ligados a la abadía. Las visiones de fantasmas monacales son numerosas y variadas. En la década de 1960, Enid Crossley, una mujer que vivía en una casa construida en los restos medievales de la abadía, afirmaba que un monje atravesaba con frecuencia su habitación. A otro se lo ha visto desaparecer por la pared de una carnicería y deambular por el sótano de un *pub* de la zona. Podría tratarse del amante de la espectral monja de gris, que según cuentan mantuvo una relación con uno de los monjes de Bury, y a quien a menudo se ve también por el lugar (a veces, en el *pub*).

Castillo de Castle Rising, Norfolk

Esta espectacular torre fortificada, uno de los ejemplos mejor conservados y de decoración más profusa de Inglaterra, se alza en un amplio promontorio sobre

el pueblo de Castle Rising, junto a las construcciones anexas y rodeada por unos gigantescos terraplenes. El lord normando William d'Albini empezó las obras del castillo en 1138 para regalárselo a su nueva esposa, la viuda de Enrique I. En el siglo XIV, se convirtió en la lujosa residencia de la reina Isabel, viuda de Eduardo II; la serie de edificios al sur de la fortificación seguramente se construyese para ella. Tras su muerte, estuvo en manos del Príncipe Negro, que ordenó y autorizó varias obras de construcción en el lugar. En 1544, Enrique VIII se lo cedió a la familia Howard, en cuyas manos continúa ahora; el propietario actual es además descendiente de D'Albini, el fundador del castillo.

Es la presencia de la formidable Isabel la que se siente con más intensidad en Castle Rising, donde los visitantes creen haber oído el roce de las faldas de su vestido en las escaleras y en la habitación blanca, una de las estancias de la planta superior del castillo. En 2015, durante una investigación, se tomó una fotografía en esa habitación que desveló una forma inesperada: la figura borrosa de una mujer con ropas medievales.

Castillo de Framlingham, Suffolk

Se trata de una magnífica fortaleza de finales del siglo XII, con un llamativo perfil que se refleja en su lago cristalino. La construyó Roger Bigod, conde de Norfolk, uno de los cortesanos más influyentes mientras reinaron los Plantagenet. Framlingham fue residencia de los condes y duques de Norfolk durante más de cuatrocientos años, después de lo cual estuvo brevemente en manos de María Tudor; fue aquí donde la futura reina reunió a sus defensores en 1553, después de morir su hermano, Eduardo VI. A finales del siglo XVI, el castillo —parcialmente en ruinas por entonces— se utilizó como prisión, en la que encerraron a sacerdotes y recusantes católicos. En torno a 1600, acogía a cuarenta prisioneros. El siglo siguiente se construyó intramuros un hospicio, que estuvo ocupado hasta 1839.

En lo que a fantasmas se refiere, el personal de Framlingham afirma haber oído pasos en la habitación superior de la casa solariega medieval que ahora ocupa el Lanman Museum, así como un «murmullo constante» en las escaleras traseras. Una noche de invierno, estando sola en el castillo, una empleada oyó el sonido de una campana justo a su lado: el mismo tipo de campana que se habría usado en el hospicio para convocar a los internos. En otra ocasión, una de las gerentes llegó al castillo por la mañana y, cuando fue a encender las luces, vio a un hombre vestido de negro, con un sombrero como los de los puritanos y un

abrigo largo. Nunca lo volvió a ver —afortunadamente— y asegura que no seguiría trabajando en el castillo si así hubiera sido.

LAS MIDLANDS

Castillo de Kenilworth, Warwickshire

Situada en el corazón de Inglaterra, la de Kenilworth fue una de las fortalezas más poderosas del país: un castillo enorme que resistió a un famoso asedio medieval y que debe su renombre a la vinculación con Isabel I y su valido, Robert Dudley, conde de Leicester, a quien la reina cedió el castillo en 1563. En este lugar se levantó un castillo por primera vez en la década de 1120. Más adelante, ese mismo siglo, Enrique II se hizo con su control; fueron las obras que mandaron hacer él y luego su hijo, el rey Juan, las que ampliaron la fortaleza hasta darle más o menos la forma actual. En 1244, Enrique III cedió este bastión estratégico y espléndido a Simón de Montfort, entonces el gran valido real, que reforzó el castillo e instaló «máquinas [...] jamás vistas» (probablemente fundíbulos, unas catapultas enormes con contrapeso que al poco se usarían durante el sitio medieval más largo ocurrido sobre suelo inglés).

Tras la muerte de De Montfort durante la segunda guerra de los Barones, sus seguidores se retiraron al interior del castillo. El rey envió a un mensajero para exigir la rendición. En vez de eso, mandaron al mensajero de vuelta junto a su amo con una mano cercenada. El gran sitio resultante duró seis meses. La enfermedad y el hambre terminaron obligando a los rebeldes a rendirse.

Posteriormente, Juan de Gante remodeló Kenilworth para convertirlo en un palacio, y el lugar pasó a ser la residencia preferida de los reyes de Lancaster antes de quedar en manos de la familia Dudley bajo el dominio de Enrique VIII. Las últimas grandes obras de construcción en el castillo las llevó a cabo Robert Dudley, conde de Leicester, quien levantó lo que ahora se conoce como el Leicester's Building, un bloque de cuatro plantas tipo torre erigido en 1571 ex profeso para ofrecer alojamiento privado a Isabel I. La reina lo visitó cuatro veces, la última en 1575, y los actuales jardines isabelinos son una recreación de los que Leicester mandó hacer para aquella visita, como parte de sus enormes esfuerzos para impresionar a la reina y ganarse su mano en matrimonio.

El cuerpo de guardia de tres plantas que aparece en el relato de Kamila

Shamsie lo construyó Leicester entre 1570 y 1575. En 1650 se convirtió en una casa y levantaron una ampliación detrás, donde ahora se encuentran las oficinas y la cocina del personal. Los empleados hablan de sucesos curiosos ocurridos en esa casa: cosas que se pierden o se mueven cuando el castillo está ya cerrado a las visitas, y la cuna de época en la sala contigua, que se mece sola. Un vigilante nocturno contó que, mientras patrullaba por las tierras del castillo una noche, presenció cómo una figura fantasmal pasaba a través de su compañero, que en ese instante notó mucho frío. Desde luego, el personal está acostumbrado a que ocurran sucesos sin explicación. Algunos aseguran haber visto pollos fantasmas picoteando por los establos.

Castillo de Bolsover, Derbyshire

Este extraordinario retiro aristocrático del siglo XVII se alza en el emplazamiento de un castillo medieval, posado sobre una cresta montañosa, encima del valle de Scarsdale. Las ruinas medievales se utilizaron como escenario para levantar el exquisito Little Castle, que Charles Cavendish empezó a construir en 1612 para escapar de su residencia principal, cerca de allí. Su hijo William añadió el bancal y el picadero, que sigue siendo el ejemplo más antiguo de los que se conservan completos en Inglaterra. En 1634, Cavendish dio aquí un dadivoso banquete seguido de una fiesta para entretenimiento de Carlos I y la reina Enriqueta María. Aquella fue la época de mayor apogeo del lugar. Hacia finales del siglo, el castillo empezó a entrar en declive, aunque los descendientes de Cavendish lo utilizaron como lugar de retiro hasta principios del siglo XIX. De hecho, actualmente sigue estando ocupado y parece que de forma permanente.

Bolsover es uno de los sitios encantados con más incidencias de los que están al cuidado del English Heritage. Miembros del personal y visitantes cuentan a menudo experiencias de empujones, portazos en la cara y objetos que cambian de lugar de forma inexplicable. Los guardas de seguridad nocturna se han sobresaltado con luces y movimientos misteriosos en la propiedad vacía, y dos trabajadores quedaron aterrorizados al ver a una mujer desaparecer a través de un muro. En varias ocasiones se ha visto a un niño cogido de la mano de mujeres o de otros niños mientras estos paseaban por el lugar, sin ser ellos conscientes de esa peculiar presencia a su lado.

Hardwick Old Hall, Derbyshire

Bess de Hardwick —una de las mujeres más ricas y mejor posicionadas de la era isabelina— mandó construir Hardwick Old Hall entre 1587 y 1596. Para la época, el diseño era increíblemente moderno, basado en las últimas innovaciones italianas en cuanto a residencias. Pese a que ahora no es más que un romántico almacén, permite hacerse una idea de la magnificencia del estatus y las aspiraciones de Bess. Cuando su cuarto y último matrimonio, con George Talbot, sexto conde de Shrewsbury, se rompió amargamente, Bess se retiró a Hardwick, y allí amplió y remodeló la casa señorial medieval para convertirla en lo que ahora se conoce como Hardwick Old Hall. Al morir su esposo —que le dejó una fortuna colosal—, Bess empezó a trabajar en una nueva casa solariega situada inmediatamente al lado de la antigua: debían funcionar como dos alas de un solo edificio. Sin embargo, los descendientes de Bess terminaron prefiriendo Chatsworth a Hardwick, y en el siglo XVIII se desmanteló la casa antigua.

Tanto el personal como los visitantes han oído voces y puertas inexistentes que se abrían y cerraban. Se cuenta que el filósofo Thomas Hobbes, quien disfrutó del mecenazgo de la familia Cavendish y murió en Hardwick Hall en 1679, se aparece aquí. A él se une la propia Bess, de quien la gente asegura que aún se desliza por la que fue su espléndida creación arquitectónica.

Castillo de Pevensey, Derbyshire

El «castillo del Peak» (como llamaban en la Edad Media a Pevensey) se fundó poco después de la conquista normanda de Inglaterra por encargo de William Pevensey, el mismo y poderoso caballero que construyó el castillo de Bolsover. Su espectacular ubicación, sobre un monte, muy por encima de lo que ahora es la ciudad de Castleton, en Derbyshire, le otorgaba un claro dominio sobre las tierras circundantes. El castillo desempeñó un papel importante en la vigilancia de la zona minera del bosque de Peak, donde se extraía plomo. En 1155 pasó a manos de la Corona, se reforzaron las defensas y se construyó el torreón fortificado. La única actividad real de la que el castillo fue testigo ocurrió en 1216, al final del reinado del rey Juan. Pese a la ratificación del Carta Magna el año anterior, muchos de los barones más poderosos del rey seguían en rebeldía, y el condestable del Peak, Brian de Lisle, mantenía Pevensey en su poder en nombre de esos barones. El rey le ordenó insistentemente que lo entregase, De Lisle se

negó y al final lo expulsaron a la fuerza. Se desconoce cuántos de sus hombres, o de los hombres del rey, murieron en aquel suceso, si es que murió alguno, pero supuestamente se ha visto a un caballero con sobreveste blanco junto al torreón y en las murallas, y a un caballo sin jinete y un perro negro en las tierras del castillo (¿acaso serán suyos?). Algunos visitantes cuentan que han oído golpes y sonidos metálicos, que serían las extremidades enfundadas en hierro de ese mismo caballero solitario que aún patrulla las murallas.

Tras la muerte de Juan de Gante, que tuvo el castillo en propiedad a finales del siglo XIV, el lugar cayó en un declive del que nunca se recuperó. Ahora es uno de los sitios más románticos de esta espectacular franja de Inglaterra.

Castillo de Goodrich, Herefordshire

El magnífico Goodrich se ubica en una zona boscosa sobre un peñasco que domina el valle del río Wye. Tuvo una existencia en gran medida pacífica hasta 1646, cuando las fuerzas parlamentaristas, bajo el mando del coronel John Birch, bombardearon y derribaron la torre noroeste antes de asaltar el castillo y a su guarnición realista.

El torreón fortificado se construyó en torno a 1150, seguramente por encargo de Richard de Clare, apodado Strongbow (por su habilidad con el arco); a continuación, Goodrich pasó a manos de uno de los más grandes soldados de aquella época, William Marshall, «el caballero mejor del mundo entero», según afirmaba incluso uno de sus enemigos. Sin embargo, fue probablemente estando a cargo de la nieta de William y su esposo cuando se construyó el espléndido castillo cuyos restos dominan ahora el lugar. Tras su destrucción parcial en la Guerra Civil, la fortaleza quedó en ruinas: un imán para visitantes que buscan algo romántico y pintoresco.

Cuenta la historia que, durante el violento asedio de Goodrich, la sobrina del coronel Birch, Alice, se refugió en el castillo con su amante realista, Charles Clifford. Mientras se intensificaba la violencia del embate por parte de los hombres del tío de Alice, los amantes se asustaron y huyeron; intentaron escapar cruzando el río Wye al abrigo de la oscuridad. Sin embargo, las aguas iban altas y las corrientes los arrastraron y se ahogaron. Cuentan que ahora se los puede ver asomados en las murallas, mirando hacia el otro lado del valle.

EL NOROESTE

Castillo de Carlisle, Cumbria

En el año 1092, Guillermo II construyó este castillo en sus esfuerzos por asegurar la frontera entre Escocia e Inglaterra. Su hermano, Enrique I, dispuso fortificar el castillo en piedra. Sin embargo, durante la crisis nacional por la sucesión, David, rey de los escoceses, tomó Carlisle y volvió a desplazar la frontera escocesa al sur. Probablemente él terminase las obras que inició Enrique I en la fortaleza, donde murió en 1135. No obstante, el sucesor de David no fue rival para el siguiente rey inglés, Enrique II, que recuperó y fortaleció el castillo, y lo hizo bien: en dos ocasiones los escoceses atacaron con fuerzas numerosas y las dos veces Carlisle resistió los asedios.

Bajo el dominio del rey Juan, Carlisle de nuevo sufrió el cerco de los escoceses, que «quebraron de arriba abajo» los muros del cuerpo de guardia exterior, y luego entraron en tropel y bombardearon de forma similar el cuerpo interior. Al norte de este cuerpo de guardia interior se encontraba el «palacio»: los aposentos reales en los que más adelante instalaron un baño para la reina de Eduardo I, Margarita, quien se alojó en el castillo mientras su esposo trataba de conquistar Escocia.

En 1315, los escoceses volvieron a asaltar Carlisle, al mando en aquella ocasión de Robert the Bruce, aunque la fortificación se defendió con firmeza comandada por Andrew Harclay, súbdito que contaba entonces con el favor de Eduardo II. Sin embargo, unos años más tarde, Harclay trató de negociar una tregua con los escoceses sin el permiso del rey. Al desafortunado Harclay lo sorprendieron dentro del castillo, lo arrestaron por traición y lo ahorcaron, arrastraron y descuartizaron fuera de las murallas de la ciudad. Uno de los trozos del cadáver estuvo cinco años expuesto en el torreón fortificado de Carlisle.

Carlisle se reforzó repetidas veces durante el mandato de los denominados Warden of the March, oficiales del rey encargados de mantener la paz en las fronteras, aunque quedó abandonado en el siglo XVI. Sin embargo, el castillo recuperó su importancia cuando Enrique VIII rompió con la Iglesia Católica Romana y se temió una invasión de los escoceses, partidarios de Europa. Construyeron baluartes en el este y la batería en media luna al oeste, y reforzaron las murallas y los tejados para que soportasen armas pesadas. Carlisle disfrutó de unos cuarenta años de respiro tras la unión de las coronas de Inglaterra y Escocia en 1603, pero cuando estalló la Guerra Civil, los escoceses

que apoyaban al Parlamento sitiaron la ciudad entera, con el objetivo de someter a Carlisle por hambre. Los sitiados se comieron todos los caballos, luego los perros y al final, las ratas. Después de nueve meses, desesperados, se rindieron.

Durante los levantamientos jacobitas de 1715 y 1745, encerraron a los rebeldes capturados en la ciudad, castillo incluido. Los prisioneros hechos tras la derrota del levantamiento de 1745 —durante el que Carlisle sufrió un nuevo sitio, en esa ocasión a manos del duque de Cumberland, que iba al norte, camino de su victoria en Culloden— no tuvieron tanta suerte como sus compañeros de 1715. Aquel año, dos prisioneros habían escapado del castillo y a los demás los habían indultado. Pero después de 1745, pese a que a la mayoría los deportaron, a treinta y un rebeldes los ahorcaron en Carlisle. Andrew Hurley menciona en su relato el sorteo que hacían los prisioneros para ver quién iría a juicio, cosa que ocurrió de verdad: los prisioneros se pasaban un sombrero de piel de castor en el que había diecinueve pedacitos de papel blanco y uno negro. El 18 de octubre de 1746 ejecutaron en Carlisle a nueve desafortunados prisioneros. El suceso atrajo a una gran multitud, aunque luego «muchos regresaron a casa plenamente convencidos de no acudir nunca más a presenciar algo así, por lo impactante que había sido».

Carlisle siguió siendo una base militar hasta 1959. Durante ese tiempo, se hicieron varias obras para ampliar y modernizar el castillo, entre ellas la adición de un nuevo y espacioso alojamiento para las tropas. Parece ser una de esas construcciones más recientes —la que hoy acoge el King's Own Border Regiment Museum— la que ha generado la mayoría de sucesos extraños comunicados recientemente por el personal, como la activación de alarmas, pasos, portazos y luces que se apagan de noche y aparecen encendidas por la mañana.

Fuerte romano de Birdoswald, Cumbria

Emplazado en un meandro del río Irthing, con vistas al interior de la garganta, que en una ocasión alguien comparó con la de Troya,^[11] Birdoswald fue uno de los fuertes construidos por los romanos como parte del sistema fronterizo del muro de Adriano. Sus defensas son las mejor conservadas de todo el perímetro del Muro. Durante el siglo XVI, Birdoswald fue una granja fortificada, sometida a los asaltos de bandidos de la frontera de Liddesdale, actualmente en Escocia; la granja como tal estuvo en activo hasta 1984. Aunque existen rumores sobre una dama gris, la familia del granjero que vivió en el lugar

entre 1956 y 1984 nunca la vio. No obstante, eso no fue impedimento para que les tomasen el pelo a los trabajadores que llegaban nuevos, por no hablar de algún que otro arqueólogo; una noche, un hombre se asustó tanto al caerse un cuadro de la pared que a la mañana siguiente se marchó. El fantasma, evidentemente, estuvo más inquieto en los primeros tiempos, ya que la gente que había vivido antes en la granja oía sillas caer de noche. Pensaban que los sucesos guardaban relación con la estatua de la diosa Fortuna, que procedía de los baños romanos y que una vez estuvo colocada en uno de los pasadizos; hoy se conserva en el Tullie House Museum and Art Gallery, en Carlisle.

EL NORESTE

Fuerte romano de Housesteads, Northumberland

Se encuentra más o menos en la mitad del muro de Adriano, cuya construcción comenzó en torno al año 122 y que se extiende algo más de 117 kilómetros, abarcando el tramo más estrecho del norte de Inglaterra. Housesteads contó con una guarnición durante gran parte de su vida activa, compuesta por la primera cohorte de tungros, un cuerpo de unos ochocientos soldados traídos desde la parte del Imperio romano que ahora corresponde al este de Bélgica.

Cuando los romanos se marcharon de Britania en el año 410, el fuerte quedó en gran medida abandonado hasta el siglo XVI, época en la que una banda rebelde de ladrones «de frontera» se estableció allí y prosperó en ese peligroso espacio fronterizo entre Escocia e Inglaterra.

El pequeño fuerte romano que se menciona en el relato de Kate Clanchy se conoce como Milecastle 37. Los llamados *milecastles* eran fuertes de tamaño reducido, cercados, que se levantaban más o menos a una milla romana de distancia unos de otros a lo largo del Muro (de ahí su nombre en inglés, «castillo de milla»). En el espacio intermedio se alzaban dos torres, o torretas, desde las que los soldados que patrullaban el Muro podían vigilar la profunda zanja al norte del Muro e incluso el territorio bárbaro. Los fuertes se construían siguiendo un diseño más o menos estándar: un rectángulo grande con esquinas redondeadas, las murallas hechas de piedra o turba, puertas en los cuatro lados y torres regulares en torno al perímetro. En el centro de cada fuerte se situaba el cuartel general, que albergaba una cámara acorazada, un santuario, edificios

administrativos y un salón de reuniones. Flanqueando el cuartel general estaban los alojamientos del oficial al mando y los graneros, mientras que el resto del fuerte lo ocupaban barracones, talleres y almacenes.

En Housesteads creció una ciudad junto al fuerte, al sur. Muchos hallazgos de esa parte del emplazamiento se conservan en el museo, que se levantó en 1936 sobre la huella de uno de los edificios de la urbe romana, probablemente una posada o una tienda, excavado unos años antes. En cualquier caso, durante las excavaciones en la posada salieron a la luz algo más que dados y monedas: enterrados bajo el suelo de arcilla de la sala trasera había dos esqueletos; uno era de un hombre, con la punta de un cuchillo aún entre las costillas, y el otro, más fragmentado, parecía ser de una mujer. Dado que los romanos enterraban a sus muertos fuera de la urbe, no había duda de que aquello había sido un asesinato. Sin embargo, no son los fantasmas de esta malograda pareja los que se han visto por el Muro. En apariencia, quienes han elegido volver han sido los soldados. Los escépticos creerán que los visitantes se han confundido con actores encargados de hacer recreaciones, pero parece que no es así. Una de las visiones más frecuentes es la de un soldado con armadura romana en el Milecastle 42, unos ocho kilómetros al oeste de Housesteads. Al hombre se lo ve flotando a varios metros de altura, donde llegaba originalmente el Muro.

Priorato y castillo de Tynemouth, Tyne and Wear

Las ruinas de este lugar dominan una soberbia posición defensiva en un promontorio sobre el río Tyne, hoy tan solo rodeadas por lápidas y gaviotas. Sin embargo, durante la mayor parte de sus dos mil años de historia, el promontorio estuvo habitado por comunidades de monjes y soldados. Aquí se estableció una comunidad monástica en el siglo VIII, aunque sus edificios fueron destruidos durante las invasiones vikingas de los siglos IX y X. Las ruinas medievales que se pueden ver hoy pertenecen al priorato de Tynemouth, fundado a finales del siglo XI y consagrado a san Oswino (m. 651), cuyo cuerpo se conservó en este lugar, en un suntuoso santuario. Pese a la disolución del monasterio en 1539, parece que hubo un monje que nunca se marchó de allí y aún sigue rondando por el cementerio.

Debido a su valor estratégico en la protección de la desembocadura del Tyne, el promontorio permaneció fortificado hasta la década de 1950. Pero no es entre los restos del cuerpo de guardia medieval ni en las baterías donde se presenció el último suceso extraño, sino en la estación de radio costera, ya en desuso y que

no suele estar abierta al público. Una compañía de teatro de Tynemouth montó allí un espectáculo hace poco para Halloween; se encontraron con que un proyector, que habían instalado minuciosamente y dejado en una habitación cerrada, estaba volcado.

Castillo de Prudhoe, Northumberland

El imponente Prudhoe se construyó a principios del siglo XII, en el emplazamiento de una antigua fortaleza normanda, para defender un paso estratégico del río Tyne frente a los invasores escoceses. Estuvo ocupado de forma continuada durante más de nueve siglos. Prudhoe fue en sus orígenes el hogar de los Umfraville y resistió a dos asedios, antes de pasar a manos de la familia Percy en 1398. A principios del siglo XIX, la familia construyó intramuros una casa señorial de estilo Regencia para su administrador de fincas.

La leyenda local habla de una dama gris que acecha el antiguo foso y los bosques circundantes, y de un caballo blanco que se desliza en silencio por el patio. Sin embargo, una antigua residente de Prudhoe, que en la década de 1950 vivió con su madre en la torre oriental (sin electricidad ni agua corriente), fue testigo de otros fenómenos más perturbadores. En primer lugar, oía el sonido de unos cánticos procedentes de la capilla y, cosa aún más inesperada, de alguien que botaba una pelota rítmicamente, subiendo y bajando las escaleras exteriores. Según le contaron, allí había vivido un niño que luego sería sacerdote y que se pasaba horas practicando con un balón, escaleras arriba y abajo... Otra residente y su esposo se despertaban a menudo con el ruido de agua golpeando con fuerza la puerta, aunque nunca se halló ni rastro al investigar.

En el vestíbulo había una mesa enorme de roble. Una noche, un ruido atronador despertó a todo el mundo, como si se hubiese producido una explosión. El gigantesco tablero de la mesa estaba en el suelo. Era imposible que se hubiese resbalado o que alguien lo hubiese empujado: se necesitaron tres hombres para ponerlo de nuevo en su sitio.

NOTAS BIOGRÁFICAS

Kate Clanchy nació en Glasgow y es autora de *Meeting the English* («Cómo conocer a los ingleses»), el que fue su primer libro y entró en la preselección del Costa First Novel Award. Escribió asimismo el muy aclamado libro de memorias *Antigona and Me* («Antígona y yo»). Gracias a su poesía, ha llegado a un público muy amplio y ha obtenido tres Forward Prizes y un Somerset Maugham Award, entre otros galardones. El relato que da título a la colección *The Not-Dead and The Saved* («Los no muertos y los salvados») ganó en 2009 el BBC National Short Story Award.

Stuart Evers recibió el London Book Award en 2011 por su primera obra, *Ten Stories About Smoking* («Diez relatos sobre el tabaco»). A este libro le siguió en 2012 la novela *If This is Home* («Si esto es casa»), muy aclamada por la crítica. Su colección de relatos más reciente, *Your Father Sends His Love* («Tu padre te manda su amor»), entró en la preselección del Edge Hill Short Story Prize en 2016. Se han publicado obras suyas en tres ediciones de la recopilación *Best British Short Stories*, además de aparecer en revistas como *Granta*, *The White Review* o *Prospect* y en la emisora BBC Radio 4. Nacido en el noroeste de Inglaterra, actualmente vive en Londres.

Mark Haddon es un escritor y artista que ha publicado quince libros infantiles y ha ganado dos premios BAFTA. La novela *El curioso incidente del perro a medianoche*, un éxito de ventas, se publicó en 2003 en coedición de Jonathan Cape y David Fickling y obtuvo diecisiete premios literarios, entre ellos el Whitbread Award. El poemario *The Talking Horse and the Sad Girl and the Village Under the Sea* («El caballo parlante, la niña triste y el pueblo bajo el mar») lo publicó Picador en 2005. Por su parte, la obra de teatro *Polar Bears* («Osos polares») se representó en el Donmar Warehouse en 2007, mientras que

la última novela de Haddon, *The Red House* («La casa roja»), la editó Jonathan Cape en 2012. Su libro más reciente es *El hundimiento del muelle*, una colección de relatos. Vive en Oxford.

Andrew Michael Hurley ha vivido en Manchester y en Londres, y ahora reside en Lancashire. Su primera novela, *El retiro*, la publicó originalmente Tartarus Press, una editorial independiente muy pequeña con sede en Yorkshire, como edición limitada de 300 ejemplares, antes de que la volviese a editar John Murray y llegara a ganar el Costa Best First Novel Award y el Book of the Year en los British Book Industry Awards, en 2016. En 2017, la editorial John Murray le publicó *Devil's Day* (*El día del Diablo*).

Andrew Martin es autor de una docena de novelas, incluida una serie de nueve *thrillers* que transcurren en los ferrocarriles de la Gran Bretaña eduardiana. Uno de ellos, *The Somme Stations* («Las estaciones del Somme»), ganó el Crime Writer's Association Award en la sección de Historical Fiction en 2011. Su última novela, *Soot* («Hollín»), se desarrolla en York en 1799 y trata sobre el asesinato de un dibujante de siluetas. Asimismo, Martin escribe y presenta documentales para televisión.

Sarah Perry nació en Essex. Ha disfrutado de periodos como escritora residente en la Biblioteca de Gladstone y también en Praga, en el marco del programa de residencia de la Unesco al declarar la capital checa Ciudad de la Literatura. Su primera novela, *After Me Comes the Flood* («Después de mí llega la inundación»), estuvo nominada al Guardian First Book Award y al Folio Prize, y ganó el East Anglian Book of the Year Award en 2014. *La serpiente de Essex* fue el Waterstones Book of the Year en 2016 y ganó el British Book Awards Fiction Book of the Year y el Overall Book of the Year en 2017. El libro entró asimismo en la preselección del Costa Novel Award y del Dylan Thomas Prize, y estuvo nominado a los premios Walter Scott, Bayleys y Wellcome Book. Vive en Norwich.

Max Porter es el autor del superventas *El duelo es esa cosa con alas*, editado por Faber & Faber en 2015, que ganó el International Dylan Thomas Prize, el Sunday Times PFD Young Writer of the Year Award y el Books Are My Bag Readers Award, además de estar preseleccionado para el Guardian First Book Award y The Goldsmith's Prize. La obra se ha traducido a veintiocho

idiomas. Max vive en el sur de Londres, junto a su esposa y sus tres hijos.

Kamila Shamsie es autora de siete novelas, de las que *Home Fire* («Fuego en casa») es la más reciente. Su obra *Sombras quemadas* se ha traducido a más de veinte idiomas y estuvo preseleccionada para el Orange Prize for Fiction. Por su parte, *A God in Every Stone* («Un dios en cada piedra») quedó preseleccionada para el Bailey's Women's Prize for Fiction. Otras tres de sus novelas [*In the City by the Sea* («En la ciudad junto al mar»), *Kartografía* y *Broken Verses* («Versos rotos»)] han recibido galardones de la Academia de las Letras de Pakistán. Pertenece a la Royal Society of Literature y la revista *Granta* la nombró «mejor novelista británica joven». Se crio en Karachi y hoy vive en Londres.

Jeanette Winterson, oficial de la Orden del Imperio Británico, nació en Manchester. La adoptaron unos padres pentecostales, que la criaron para que fuese misionera, cosa que llegó a cumplir, aunque sin éxito. Tras descubrir muy pronto el poder de los libros, se marchó de casa con dieciséis años para vivir en un Mini y continuar con sus estudios. Se licenció en la Universidad de Oxford y posteriormente trabajó un tiempo en el teatro. Publicó su primera novela con veinticinco años: *Fruta prohibida* está basada en su propia infancia y adolescencia, aunque Winterson se usa a sí misma como personaje ficticio. La autora adaptó esta novela para convertirla en una serie de la BBC que terminó premiada en los BAFTA. Veintisiete años después, volvió a recuperar ese material para escribir una autobiografía que acabó siendo un éxito de ventas: ¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal? Winterson ha escrito diez novelas para adultos, además de libros infantiles, obras de no ficción y guiones, y es colaboradora habitual de *The Guardian*. Vive en los montes Cotswolds, en mitad de un bosque, y en Londres. Cree que el arte es para todo el mundo y que su misión es demostrarlo.

NOTAS

[1] Todas las citas y referencias recogidas en el presente libro aparecen en versión de su traductora (que es además la autora de todas las notas al pie que acechan estas páginas)

[2] El conflicto conocido como guerra de las Rosas o de las Dos Rosas enfrentó en Inglaterra, durante la segunda mitad del siglo XV, a las casas de Lancaster y York, ambas pretendientes al trono. El nombre se deriva del emblema de las dos casas: una rosa blanca en el caso de York y una roja en el de Lancaster.

[3] El título de este relato en inglés, «They flee from me that sometime did me seek», corresponde a un verso del poema *They Flee From Me* de Thomas Wyatt, escritor y diplomático inglés del siglo XVI.

[4] En 1536 entró en vigor en Inglaterra una ley promulgada por Enrique VIII según la cual se confiscaban todas las propiedades de la Iglesia católica en el país. Dichas propiedades pasaron a manos de la Corona, que aprovechó para enriquecerse un poco más.

[5] En 1745 tuvo lugar en Inglaterra una rebelión jacobita con la que Carlos Eduardo Estuardo, conocido como el Joven Pretendiente, intentó devolver el trono a la casa de los Estuardo. La derrota final de los jacobitas (principalmente escoceses de las Highlands) llegó en la batalla de Culloden. La actuación posterior de los británicos victoriosos, liderados por el duque de Cumberland, contra los rebeldes fue notable por su crueldad.

[6] El shakespeariano título de este relato, «Never departed more», está sacado de un parlamento pronunciado por Ofelia en *Hamlet* (acto IV, escena V): «[...] Let in the maid, that out a maid / Never departed more». Casi al final de la historia, vuelve a aparecer el título, acompañado por el verso anterior.

[7] Se citan en este fragmento varios versos de otro parlamento de Ofelia en *Hamlet* (acto II, escenas I y II).

[8] El monumento prehistórico de Rollright Stones se encuentra cerca de Long Compton. Está formado por tres conjuntos, del Neolítico y de la Edad del Bronce, que protagonizan diversos relatos de brujería, fenómenos inexplicables, apariciones y otras energías del más allá.

[9] La guerra civil inglesa (1641-1652) enfrentó a los defensores del Parlamento (parlamentaristas) contra los partidarios de Carlos I de Inglaterra (realistas), que apoyaban la existencia de una monarquía absoluta. El conflicto terminaron ganándolo los parlamentaristas en la batalla de Worcester.

[10] Entre los conflictos armados vividos en terreno inglés destacan las guerras de los barones, que se desarrollaron durante el siglo XIII. La primera de ellas estalló en 1215 a raíz de la negativa del rey Juan a ratificar la Carta Magna, que otorgaba ciertos privilegios a los barones. Los rebeldes contrarios a Juan estuvieron liderados entonces por Robert Fitzwalter y contaron con el apoyo del Ejército francés, que comandaba el futuro Luis VIII de Francia. La segunda enfrentó de 1264 a 1267 a los barones liderados por Simón de Montfort contra el rey Enrique III y su hijo Eduardo, por la negativa de la monarquía a limitar el poder de la Corona.

[11] Parece que fue un conde de Carlisle quien hizo la comparación en el siglo XVIII, aunque en 1901 la repetiría un agente inmobiliario en su intento por vender el lugar.